

René Peñalba

Vitaminas

para el

espíritu



PDF

Conceptos fáciles de entender y basados sólidamente en la Palabra de Dios.

Vitaminas para el espíritu

Derechos Reservados

©René Peñalba

Compilación y Edición

Mayra Navarro

Arte, diagramación y diseño

Heber Peñalba

Las citas bíblicas, fueron tomadas de la Nueva Versión Internacional (NVI) y la Reina-Valera 1960 (RVR60).

Primera edición

Diciembre 2015

Impreso en Honduras

Editado por



ÍNDICE

Presentación

EL PLAN B DE DIOS

- Prefacio
- Introducción
- El plan A de los seres humanos
- El "Plan B" de Dios
- Siete maneras de entrar en el "plan B" de Dios

EL PODER DEL PERDÓN

- Introducción
- La incidencia del perdón en la salud integral
- ¿Cómo saber si realmente hemos perdonado?
- ¿Hay que perdonarlo todo?

CINCO EXTRAÑAS LECCIONES

- Miel en un cadáver
- Los cuervos de Dios
- Cuando Dios duerme
- No todo fuego es malo
- Caer para vencer

PRESENTACIÓN

La obra escrita de René Peñalba es vasta, en los 20 años que han transcurrido desde que comenzó su trabajo como autor, ha publicado varios libros sobre temas muy diversos que han tenido una gran aceptación entre el público cristiano.

Lo que está sucediendo en la actualidad con la obra de René Peñalba es algo que solo se puede describir como un absoluto y total respaldo del Señor a su ministerio. Ha publicado tres libros en un espacio de un año, que han sido leídos por miles de personas, y sus conferencias basadas en esos libros han llenado todos los auditorios donde se han presentado.

Llevo cuatro años trabajando al lado de este hombre extraordinario, tuve el privilegio de ser llamada a formar parte de su Ministerio como Gerente General de CCI Media, la división de medios de comunicación del Centro Cristiano Internacional (CCI) y al tener la oportunidad de trabajar en sus proyectos y compartir de cerca tantas experiencias, lo que me impresiona de él es que su mensaje es un fiel reflejo de quien es él como persona.

Sus libros y sus mensajes reflejan la experiencia de su vida personal, que relata con absoluta honestidad, y también tienen el aderezo de la experiencia acumulada como consejero durante más de cuatro décadas.

René Peñalba se coloca de primero en la lista de los imperfectos, habla de sus defectos sin ningún complejo, presentando las debilidades como el terreno fértil que Dios necesita para trabajar en nuestras vidas.

Sus libros están escritos con una sencillez elegante, que responde aquellas preguntas que la gente se está haciendo. Su mensaje es edificante, informativo, motivador, pero sobre todo bíblico.

Las versiones actualizadas y ampliadas de los libros “Lo que debe saber sobre el perdón”, “El plan “B” de Dios” y “Cinco extrañas lecciones”, que hoy estamos recopilando en este volumen de “Vitaminas para el espíritu”, presentan conceptos fáciles de entender y basados sólidamente en la Palabra de Dios.

Recomiendo este libro porque sus enseñanzas han funcionado en mi vida personal y estoy segura de que funcionarán en la suya también.

Mayra Navarro
Editora

El plan B

de Dios

PREFACIO

Todos tenemos un ideal y una aspiración de vida. Formulamos ideas, proyectos y metas de vida con la intención de verlos cumplirse, si es posible, en sus mínimos detalles y en el tiempo más corto posible.

Sin embargo, la vida no se dedica en exclusiva a complacernos y a darnos todo lo que queremos; la vida tiene sus propias rutas y senderos, los cuales, en no pocas ocasiones, resultan caminos accidentados en los que vemos perderse cosas de valor muypreciado y algunos de nuestros sueños más anhelados. En eso consiste precisamente la vida, en un peregrinar en busca de sueños, metas y anhelos, que en ocasiones no vemos cumplirse por causa de inesperados cambios en las circunstancias.

Esto tiene que ver con lo que llamo en este libro el “Plan A” humano, que equivale al plan trazado por el individuo, en el que suelen encapsularse los deseos y las metas de todo lo que quisiéramos ver suceder y lo que quisiéramos alcanzar en nuestra vida.

¿Se cumple el “Plan A” Humano en nuestra vida? En pocas ocasiones. Son realmente pocos quienes pueden decir que alcanzaron lo que buscaban o que lograron más allá de sus deseos originales. Por el contrario, el común denominador de los seres humanos es tener que reconocer la frustración de no haber podido alcanzar las expectativas y sueños formulados.

Este libro, “El plan B de Dios”, tiene como propósito ofrecer la alternativa de Dios para los planes humanos fallidos y frustrados, al exponer cómo en muchas historias

de la Biblia lo que se pensaba era el mejor plan o la mejor propuesta, vino a ser el “Plan A” fracasado, pero resultó a la postre en la oportunidad para que un “Plan B” de Dios surgiera como algo supremamente mejor. ¡Así son las cosas en Dios! Resultan opuestas a lo esperado, pero mejor que las cosas propuestas por el ser humano.

Lo que plantea este libro, es que Dios, por su gracia infinita y por su misericordia que alcanza hasta las nubes, está todo el tiempo a la espera para resolver lo que nosotros estropeamos o lo que por circunstancias fuera de nuestro control se echa a perder, con el propósito de restaurar lo arruinado, encontrar lo perdido y enderezar lo torcido. Con esto tiene que ver lo que llamo El “Plan B” de Dios.

Espero que la lectura de este libro te resulte de provecho para encontrar en Dios, la fórmula para hacer que un “Plan A” humano, echado a perder, abra paso al “Plan B” de Dios, para bendición y satisfacción tuya.

El Autor

INTRODUCCIÓN

Independientemente de nuestro trasfondo, nivel de educación, condición socioeconómica o experiencia en la vida, la realidad humana es que no todo sale bien al primer intento.

Si estás esperando éxito, metas alcanzadas y grandes bendiciones, te tengo una noticia por si no te has dado cuenta: no todo sale bien al primer intento.

De hecho, los personajes que han logrado sentirse plenamente realizados en la historia de la humanidad, que han logrado con creces alcanzar sus sueños y metas, testifican que sus éxitos fueron sólo el resultado de sus fracasos previos.

Sin duda alguna, el mejor éxito es el que resulta de las experiencias que uno ha vivido y ha venido acumulando a lo largo de la vida. Cuando el éxito nos viene como maná que cae sobre nuestra cabeza, con dificultad aprendemos a administrarlo. Y es que la clave del éxito en esta vida, no es solamente llegar a la meta, no es sólo tener lo deseado, tampoco es meramente lograr y alcanzar; el éxito en la vida es saber administrar los logros y las realizaciones, una vez que el Señor los ha puesto en nuestras manos.

Cuando logramos concretar una visión o alcanzar un sueño, no estamos llegando al final del proceso, es sólo el principio de cosas nuevas que están por comenzar. Por ejemplo, cuando los jóvenes se casan, allí no termina todo; por el contrario, allí comienza más bien la parte más compleja y demandante del proyecto del matrimonio.

O cuando nacen los hijos; esa no es la culminación del

proyecto de familia, sino es apenas el comienzo de un proceso de continuación de la vida.

Conseguimos administrar muy bien lo que Dios nos da o entrega, cuando logramos una buena compilación o un resumen esencial de todo lo que ha estado pasando en nuestra vida.

Lo maravilloso cuando algo sale mal es que Dios se encarga de activar lo que llamo el “Plan B” de Dios a lo largo de este libro. ¿Y sabes por qué hay un “Plan B” alternativo? Pues, simplemente, porque hay un “Plan A”, el nuestro, que se echó a perder.

Por lo que ya he vivido, he visto morir o sucumbir el “Plan A” mío en varias ocasiones, épocas y escenarios. Pero lo extraordinario y remarcable ha sido que cada vez que el “Plan A” mío ha languidecido, se ha debilitado, se ha acabado o se ha destruido, he visto también la posibilidad en Dios de volver a comenzar, y he visto las cosas empezar de nuevo sobre la base del “Plan B” de Dios.

Este es, precisamente, el tema central en este libro: Cómo entrar en el “Plan B” de Dios.



El plan A
de los seres humanos

Cuando el “plan A” de los seres humanos se echa a perder

Quiero partir de un pasaje en las Escrituras que describe, en parte, un hecho traumático. Es un pasaje que nos habla de una pérdida dolorosa; una pérdida que sesgó la historia, el escenario y las relaciones de una familia.

Pero antes, un comentario:

Como Consejero, trabajo con las pérdidas de la gente. En esa labor me toca asesorar en procesos de consejería a personas que han experimentado pérdidas en diferentes niveles, sean financieras, relacionales, emocionales, etc. Y he encontrado que no solamente experimenta pérdidas el indigente que está en una esquina o el que vive de hacer trabajos modestos, sino que todos los seres humanos experimentamos pérdidas. Personas de todos los estratos sociales o económicos, desde el nivel más bajo hasta el nivel más encumbrado, experimentan pérdidas.

He visto sufrir pérdidas a las personas más reconocidas, más respetadas, más admiradas; a las que tienen más recursos y posiciones más altas, porque experimentar pérdidas es algo inherente a la condición humana. Tener pérdidas es parte de la experiencia humana.

En Génesis 4:25 de la versión Reina Valera 1960 se lee así: *“Y conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín”*.

Me tocó atender en consejería, hace más de veinte años, a un muchacho muy conflictivo. Me llamaron de su iglesia a sugerencia del pastor, quien quería ayudar al muchacho por estar éste bien potenciado para el liderazgo.

Se trataba de un joven profesional con un gran futuro en la iglesia, pero a la vez era un joven problemático. Era muy inestable emocionalmente, estaba soltero, y tenía mucha experiencia accidentada con las muchachas y muchas caídas sexuales. Al tomar el caso encontré en su cuadro de historia familiar, que en la época de su niñez, su familia había experimentado una tragedia como la que acabamos de leer en el pasaje bíblico; él, cuando era apenas un niño, jugando con un arma de fuego mató accidentalmente a su hermano.

El muchacho de este relato llevaba muy en el fondo una de esas tragedias duras de enfrentar; tragedias que marcan a las personas de por vida, salvo que el Señor haga su llegada oportuna. Y así fue. Dios vino a la vida de este joven, para restaurar lo sucedido y establecer su “Plan B” en algo que se había arruinado de manera violenta y dramática; vino para quitar el dolor subyacente, vino para rectificar la deformidad y sanar la frustración que acompañaba a este muchacho.

El “Plan B” de Dios lo sanó del traumatismo que le afectaba desde su niñez; que le afligía, no solamente a él como protagonista de esa tragedia, sino también a los que estaban a su alrededor.

De eso trata el pasaje bíblico que leímos, de una tragedia familiar semejante. ¡Dios mío! ¿Quién trae a un hijo a este mundo para verlo morir? ¿Quién quiere enterrar a un hijo? La lógica nos dice que vamos a enterrar a nuestros padres, por razón cronológica básicamente. Pero ¿quién está pensando en enterrar a un hijo?

¿Quién ama a un bebé, lo cría con amor, devoción y entera dedicación para verlo morir antes de tiempo? ¿Quién educa a un bebé, y construye sueños alrededor de su vida y persona queriendo verlo convertido en un maravilloso muchacho, para ver de golpe acabarse su vida y tener que entregarlo a la tierra?

De esto se está hablando en ese pasaje, con el agravante de que no era una muerte por causas naturales, ni siquiera producto de un accidente, ¡Caín mató a su hermano Abel!

En la Nueva Versión Internacional este pasaje se lee *“Adán volvió a unirse a su mujer”*. Atendamos a la frase *“Adán volvió”*, que en la versión Reina Valera se lee *“de nuevo Adán”*.

¿Sabes con qué tienen que ver esas cortas frases *“volvió”* y *“de nuevo”*? Tienen que ver con la nueva oportunidad que surge con el *“Plan B”* de Dios, cuando algo se ha arruinado o echado a perder en la vida del ser humano.

¿Cuántas veces pensaste, cuando algo te fue arrebatado de forma violenta, que eso perdido jamás volvería a ti? ¿Cuántas veces al experimentar una pérdida pensaste quedar amputado de por vida, de eso tan importante, valioso y vital? Y creíste que se había perdido la oportunidad de tu vida, que se había ido tiempo valioso que no volvería.

Quizás te dijiste:

—No podré recobrarlo por más que lo intente.

Y pensaste que era, como suele llamarse, la última o la mejor oportunidad de tu vida.

Pero ¡detente!, observa detenidamente lo que estamos leyendo: *“Adán volvió a unirse a su mujer...”* o como se lee en la versión RV60, *“conoció de nuevo Adán a su mujer”* ¡Se trata de la nueva oportunidad! Con esta expresión se va sugiriendo e insinuando el *“Plan B”* de parte de Dios; aquí Dios coloca en el corazón de Adán y Eva la intención de *“volver otra vez”* a aquello que consideraban perdido e imposible; aquí Dios inspira sus corazones para volver y reescribir el capítulo perdido, para volver a encontrarse con esa experiencia traumática y ese capítulo difícil de sus vidas, pero esta vez con actitud esperanzadora.

“Adán volvió a unirse a su mujer, y ella tuvo un hijo al que llamó Set, porque dijo: Dios me ha concedido otro hijo en lugar de Abel, al que mató Caín”.

No sé si notas que en el texto aparece la palabra *“hijo”* en dos ocasiones. En español parece la misma palabra, pero en el hebreo original se emplearon dos vocablos diferentes. La primera vez que se menciona *“hijo”* en este pasaje se traduce del vocablo hebreo *“Ben”*, que en su acepción más

amplia y cabal significa constructor de nombre y de familia. Por eso es que hay nombres hebreos como Ben Gurión, Ben Jamín, y otros nombres acompañados de este vocablo raíz “Ben”, que constituye una especie de nombre genérico para referirse al iniciador de una familia.

¿Qué se está diciendo, entonces, cuando Adán y Eva tuvieron otro hijo? Se está diciendo que con ese hijo nace la esperanza de que la familia sea reparada y reconstruida; que con ese hijo surge la oportunidad de darse a la tarea de rectificar lo que salió mal en la historia familiar.

Todo esto me recuerda a mis antecesores que vinieron de la Cataluña en España a América. Vinieron aquellos dos caballeros que eran hermanos de sangre, me refiero a don Orondates y don Efestión Peñalba en 1857, para establecer por primera vez la historia y la raíz de nuestra familia en este continente. ¡Vinieron a América para construir una familia!

Con asuntos como éste tienen que ver las frases “*volvió a unirse*”, “*tuvo un hijo*”, “*otro hijo en lugar de...*”. Es decir, alguien con quien comenzar a construir otra vez. ¿Sabe qué es esto? ¡Es el “Plan B” de Dios que comienza a germinar, a levantarse y a cobrar vida!

Al leer nuevamente el pasaje bíblico vemos que vuelve a aparecer y a leerse otra vez el vocablo “hijo”. Se lee que Eva tuvo “*otro hijo en lugar de Abel*”. Aquí, el vocablo hebreo que se utiliza para hijo es “Zera”, que literalmente se traduce como “semilla”, o “simiente”, “genealogía”, “posteridad”. Por lo tanto, las dos palabras hebreas, tanto Ben como Zera, están acuñando la misma idea de volver a empezar, la idea del “Plan B” de Dios surgiendo.

Imagínate el corazón de una madre partido por este hecho traumático: El hermano mayor mata al menor. Parece la tragedia máxima que podemos suponer.

En tu caso y situación, ¿cuál ha sido tu mayor pérdida? No creo que se asemeje a ésta, ¿Cuál ha sido tu mayor tragedia? No creo que se compare con ésta. Y si se asemeja, entonces, de igual manera, esta porción bíblica representa tu esperanza.

No importa cuán valioso era lo que hayas perdido, no importa cuán grande haya sido tu fracaso, el “Plan B” de Dios va a sembrarse en la tierra de tu dolor y desesperanza, y hará nacer una nueva semilla, una nueva posteridad, un nuevo fruto en todo aquello que se haya perdido.

¡Maravilloso pasaje bíblico para apropiarse en situaciones de pérdida, fracaso o tragedia! ¡Maravillosa porción de las Escrituras donde se muestra el “Plan B” de Dios!

Vino entonces Dios y se acercó a Adán y Eva, para devolverles la esperanza con su “Plan B”, una vez que el “Plan A” de ellos se había roto en pedazos, se había arruinado y se había echado a perder.

—¡Lo mismo puede hacer Dios contigo!

Esto que hemos leído de la Biblia y que estoy comentando, representa la vida humana, ¡Cosas malas pasan a gente buena! Esta afirmación no es mero pesimismo de mi parte, sino la realidad de que en la vida se experimentan pérdidas. Nadie quiere tener pérdidas, pero las tiene; para quererlas, uno tendría que estar mal de la cabeza o del corazón. Nadie busca pérdidas pues nadie quiere experimentarlas; no obstante tenemos que pasar por ellas, en una medida grande o pequeña tenemos que sufrirlas, ¡Son parte de la vida!

Pero es justo en ese momento, cuando de las ruinas de nuestro “Plan A” Dios construye un nuevo plan, el “Plan B”, con el propósito de cambiar nuestra tristeza en danza y nuestro llanto en canción.

¿Cómo es el “plan A” de los seres humanos?

Para que haya un “Plan B” de Dios, es que hubo un “Plan A” humano que se echó a perder.

¿Cómo es el “Plan A” de los seres humanos?; es decir, ¿cómo suele ser el “Plan A” nuestro?

Ya que estamos en el libro de Génesis, acompáñame al capítulo 16:1 en adelante. Aquí vamos a encontrar un “Plan A” y todos los elementos indicadores de cómo nosotros los humanos elaboramos un “Plan A”.

Génesis 16:1-2 se lee, *“Saray, la esposa de Abram, no le había dado hijos. Pero como tenía una esclava egipcia llamada Agar, Saray le dijo a Abram: El Señor me ha hecho estéril. Por lo tanto, ve y acuéstate con mi esclava Agar. Tal vez por medio de ella podré tener hijos. Abram aceptó la propuesta que le hizo Saray. Entonces ella tomó a Agar, la esclava egipcia, y se la entregó a Abram como mujer. Esto ocurrió cuando ya hacía diez años que Abram vivía en Canaán. Abram tuvo relaciones con Agar, y ella concibió un hijo. Al darse cuenta Agar de que estaba embarazada, comenzó a mirar con desprecio a su dueña. Entonces Saray le dijo a Abram: ¡Tú tienes la culpa de mi afrenta!”.*

¿Sabes qué es esto? Los planes humanos; cómo se elaboran, diseñan y construyen. Yo no sé quién crees que eres, pero sí sé quién creía que era. En mi juventud yo creía —basado en mi ego de artista— que era infalible; que todo lo que decía, proponía y hacía estaba bien todo el tiempo. Creía que mis ideas eran las mejores. De hecho, cuando comencé a visitar las iglesias cristianas a inicios de los años setentas, no encontraba cabida en ninguna iglesia, porque en cada una que visitaba yo pensaba que sabía más

que el pastor. Pensaba que tenía mejores argumentos; le encontraba defectos a todo lo que decían los pastores.

Pero sospecho que ésta es una tendencia del género humano. Creo que los humanos nos equivocamos muchas veces tropezando en esta piedra: creer que somos infalibles y que lo que decimos, proyectamos y proponemos siempre es correcto.

¿Cuántas veces tú habrás dicho, ¡estoy seguro de esto!/?
¿Cuántas veces habrás dicho, ¡esta es mi mejor oportunidad!/?
¿Cuántas veces habrás afirmado, con esto voy a demostrar mi talento? Y todo resultó en fracaso. Tu “Plan A” se hizo pedazos, pedazos, y más pedazos.

La primera característica del “Plan A” se descubre con la corta frase de Saray: “tal vez”, o “quizás” —como se lee en la versión Reina Valera 1960—. Esto está indicando pronósticos, conjeturas, especulación.

Esta pequeña frase “tal vez” —de apenas dos palabras— muestra la manera como los humanos vivimos de conjeturas, y como planeamos nuestra vida basados en los pronósticos derivados de esta frase bien intencionada pero carente totalmente de poder. Así vivimos, conjeturando y especulando con la vida; viviendo de los “tal vez” y “quizás” que, obviamente, nunca serán fuente segura para construir nuestra historia y nuestro destino.

Pregunto:

—¿Cuántas decisiones tomaste basándote en un “tal vez” o en un “quizás”?

Hay quienes se unieron en matrimonio fantaseando con meras especulaciones.

—¿Sabes en qué se basa el “Plan A” de los humanos?

Se basa en pronósticos, en conjeturas, en mera especulación.

—¿Quieres un consejo?

¡No hagas planes de esa manera! Esos planes fracasarán. No puede ser que sobre la base de un “tal vez”, un “quizás”, un “yo me imagino”, o un “a mí me parece” logres tu objetivo final. Tienes que buscar algo más consistente, más

estable, más sólido.

El “Plan A” humano también se basa en la BUENA INTENCIÓN. En el relato bíblico Saray se observa a sí misma, y pensando en Abram dice: *“Pobre hombre, ni hijos he podido darle”*.

—¿Sabes que la mayoría de las mujeres piensan así?

Esta afirmación merece un comentario muy personal. Mi primer nieto es René V, ya que mi suegro se llamaba René, mi yerno se llama René, mi hijo se llama René, yo me llamo René, y mi nieto se llama René. Pues, a mi hija Sara, la madre de René V, le tuve que cambiar su nombre; originalmente se llamaba Saray, tal como la mujer de esta historia.

Sentí la confirmación de Dios de cambiárselo, porque le había puesto el nombre de una mujer que no podía concebir y tener hijos; y se lo había puesto, no conforme a las derivaciones del mismo en español, Saraí o Sarahí, sino tal como es en el hebreo: Saray.

Siete años estuvo mi hija Sara intentándolo y esperando, sin lograr salir embarazada. Ella sufría y me decía:

—Papá, me da vergüenza con mi esposo. Él está ilusionado con tener un hijo, y yo lo he mantenido todos estos años esperando; él va a cumplir cuarenta años y no sé si voy a poder darle un hijo.

Lo que hay detrás de pensamientos como el de mi hija Sara y el de Saray en la Biblia, es simplemente buena intención.

—¿Conectas el porqué de mi comentario personal?

¡Muchas mujeres piensan como la mujer de Abram! Muchos “Plan A” han fracasado porque han estado basados en la sola buena intención de las personas. Se me ocurre que la buena intención no sólo produce frustración aquí en esta vida, sino que el mismo infierno estará lleno de personas que actuaron erróneamente, aunque con buena intención. Es que sólo buena intención, no es suficiente.

Dios no te ha puesto a hacer planes y diseños con sólo buena intención. Vivir sólo de buena intención no es la

voluntad de Dios para ti. ¡Buena intención no es unción de Dios! Buena intención parece cosa buena, aparenta ser algo piadoso, pero la buena intención puede llegar a ser una piedra de tropiezo en el camino de la vida.

—¿Cuántas cosas que fracasaron en tu vida fueron hechas con buena intención?

Y por actuar con buena intención perdiste cosas valiosas e importantes, perdiste relaciones vitales; erraste al tomar decisiones. Y es que actuar con buena intención no es suficiente.

Sácate de la cabeza que Dios te va a bendecir porque tienes buena intención. Déjame decirlo de golpe:

—A Dios no le interesa tu buena intención, a Dios le interesa tu corazón nada más.

Rompe con la buena intención. Déjame decirte que mis mayores errores en la vida, mis peores decisiones han estado llenas de buena intención. Buena intención es sólo ladrillo y cemento con los que se construye el “Plan A” de los humanos; que en muchos casos termina en el rotundo fracaso.

En tercer lugar, el “Plan A” humano se construye con empirismo humano.

—¿Sabes qué es empirismo?

Empirismo es hacer algo con base en la experiencia propia y no en el conocimiento.

Volviendo al texto bíblico, encontramos el empirismo de una mujer y un hombre, al tratar de resolver de la manera en que se les ocurrió hacerlo. Actuaron como ellos creían, basados solamente en su experiencia vivencial. Al final, ese empirismo de experiencia sin conocimiento sólo dejó un fracaso total. El mismo fracaso que resulta de decidir y actuar sobre la base de un “tal vez” o un “quizás”; o el que resulta de la sola buena intención.

Curiosamente, la misma persona que propuso empíricamente su “Plan A”, terminó diciéndole a su esposo: *“Tú tienes la culpa de la afrenta que estoy viviendo”*. Y mira qué interesante: El versículo 2, en su segunda parte dice

que Abram aceptó la propuesta que le hizo Saray. La versión Reina Valera traduce que Abram aceptó *“el ruego”* que ella le hizo.

¿Sabes qué aparece en el hebreo original? Lo que en la versión NVI se tradujo como *“propuesta”* y en la Reina Valera se tradujo como *“ruego”*, provienen del vocablo hebreo *“col”*, que se traduce como alarido, grito, rugido, trueno. Lo que está denotando este vocablo *“col”* es que allí lo que había era gritos, alaridos, verdaderos rugidos, y hasta truenos. Esa fue la *“propuesta”* que ella hizo.

Pero, ¿qué clase de propuesta era esa? Era un grito tras otro, era un constante levantar la voz. Se lo decía en todos los tonos, se lo gritaba, se lo exigía, se lo reprochaba, se lo reclamaba. No era realmente una propuesta, tampoco era un ruego. Fue la acción de alguien que intentó por todos los medios implantar o imponer su *“Plan A”*, y que logró salirse con la suya.

Tal vez tú alguna vez te saliste con la tuya y el resultado fue malo desde todo punto de vista. El resultado de acciones así es frustración. *“Tú tienes la culpa de la afrenta que vivimos”*, fueron las frustradas palabras de la mujer de la historia.



El plan B
de Dios

Cuando el “plan B” de Dios aparece en nuestro escenario de vida

Cuando hay un “Plan A” que termina en ruina, hay también un “Plan B” que redime y trae una nueva oportunidad. ¡Ese es el “Plan B” de Dios!

El Dios de la Biblia, aunque trata con nuestras vidas, nunca destruye. No he visto a Dios destruir algo. Sí Le he visto cambiar cosas; cambiar escenarios, relaciones y circunstancias, pero nunca destruir.

Muéstrame la más dura profecía en la Biblia, y te probaré esto que digo. Por lo general, el profeta bíblico clamaba diciendo: *“Dice el Señor: Ustedes han pecado y me han desobedecido, voy a permitir que los esclavicen, no van a tener las cosechas que esperan, tendrán opresión”*. Pero aun en la más severa de las profecías que se encuentran en la Biblia, el mismo profeta siempre concluye diciendo: *“Y después de aquellos días... dice el Señor: Yo los recogeré como hice al principio y los amaré, y les daré mucho más de lo que perdieron y les fue arrebatado”*.

¡Así es el Dios de la Biblia! Y así es el Dios del “Plan B”. Cada vez que nuestro “Plan A” fracasa, cada vez que nuestro proyecto se echa a perder y se arruina, Dios está listo a hacer aparecer en nuestro escenario de vida Su “Plan B”.

Tú mismo, sin saberlo, estás a punto de entrar en el “Plan B” de Dios. Hay un “Plan B” de Dios que está empujando la puerta de tu vida, tratando de entrar; anda buscando llegar a ti como agua que corre debajo de la puerta, y pretende alcanzarte no importa donde tú estás. Hay un “Plan B” que quiere germinar, que está activándose. ¿Por qué? Porque tu “Plan A” fracasó. Y cuando fracasa tu empirismo, tu buena

intención, tus pronósticos y conjeturas, tus “tal vez” y “quizás” y todo aquello con que construiste tu “Plan A”, es la hora en que aparecerá el “Plan B” de Dios.

El “plan B” de Dios en comparación con el “plan A” del ser humano

El “Plan B” de Dios es maravilloso. En la Biblia encuentro que se pueden caracterizar tres maneras en que se presenta el “Plan B” de Dios.

Jeremías 18:3-4 dice: *“Entonces bajé a la casa del alfarero, y lo encontré trabajando en el torno. Pero la vasija que estaba modelando se le deshizo en las manos; así que volvió a hacer otra vasija, hasta que le pareció que le había quedado bien”.*

¡Éste es el “Plan B” de Dios! Cuando algo se está perdiendo en nuestra vida, por lo general decimos:

—Se acabó mi última esperanza, me tocará vivir en el fracaso el resto de mi vida por esto que me ha pasado.

Pero quiero objetar a esta forma de pensar y sentir. Yo he visto, en mi propia vida, vasijas estropearse y echarse a perder, pero también he visto a Dios restaurándolas. La esencia de la enseñanza de este pasaje es que en las manos de Dios, cosas que se arruinan, cosas que se reparan.

Permíteme ir todavía más lejos:

—Yo he arruinado vasijas —no que se arruinaron por sí solas o que otros arruinaron—; iyo mismo las he arruinado!

Pero también he visto las manos de Dios rehacerlas, y de tal manera que resultaron mejor que las que yo había arruinado. Esto, en el contexto del “Plan B”, tiene que ver con hacerlo de nuevo y a la manera de Dios.

Quiero sembrar en ti una semilla de esperanza. Quiero decirte, como por el Espíritu de Dios, que Él quiere reparar algunas vasijas que tú seguramente quieres mandar directo a la basura. Quizás tú, al ver ciertas vasijas quebradas, has renunciado a ellas; pero en este minuto, y por orden de Dios te digo que no vas a renunciar a nada, sino que con la ayuda del Espíritu del Señor vas a tomar los pedazos de tu

vida que llegaste a considerar inservibles y sin remedio, y los entregarás a Dios para que Él trabaje de nuevo sobre todo ello, y lo repare, y lo restaure, para gloria Suya y bendición tuya.

Repito lo que ya en muchas ocasiones he testificado:

—En edad escolar vi mi vida arruinada, vi mi vida inservible. No sé si sabes del infierno que puede padecer la persona que experimenta abuso sexual en la infancia. Eso la convierte en una persona disfuncional por causa del traumatismo emocional vivido, la lleva a sentimientos de indignidad y de culpa de manera crónica, y al pensamiento de que nada en la vida volverá a funcionar normalmente otra vez.

¿Sabes qué pensaba yo en esos años en que experimenté abuso? Pensaba que ese abuso era por causa de que yo era un niño malo que desobedecía a mis padres; que yo era el culpable de que mis padres no se entendieran ni llevaran bien, y que por eso Dios me estaba castigando con las formas de abuso que experimentaba. Y me declaré inservible y en pedazos, cuando ni siquiera había comenzado a vivir.

Ahora, mucho tiempo después de esos aflictivos eventos, después de haber experimentado una restauración total de los efectos del trauma vivido, a través de las páginas de este libro me acerco a ti para testificarte que nada de lo que propongo en este libro es teoría. Me he acercado a ti, a través de esta lectura, para decirte con toda veracidad y determinación que la vasija rota en tu vida puede ser hecha de nuevo.

Estoy cerca de ti, en este minuto, para decirte que el Señor puede recoger los pedazos de tu vasija rota para darte de nuevo la victoria, para traerte de vuelta el sueño perdido, el sueño arruinado y echado a perder. Y lo que Dios repara, queda bien reparado. Lo que Dios restaura i queda mejor que si fuese nuevo!

¿Sabes cuál es uno de los mayores halagos que he recibido? Lo recibí en Panamá. Me lo expresó una dama colombiana, casada con un brasileño. Después de haber yo

predicado, me dijo:

—Pastor, sólo tengo una interrogante con su mensaje —yo había compartido detalladamente parte de las tragedias que viví en mi infancia y adolescencia— ¿Por qué a usted no se le nota en absoluto nada de esos traumatismos psicológicos y emocionales que vivió?

Le respondí:

—Por una razón, si yo lo hubiera reparado estuvieran las marcas visibles y mal cicatrizadas por todos lados, como cosa mal reparada; pero lo reparó el Señor.

—Y lo que repara el Señor —continué— ¡queda aún mejor que si fuese nuevo!

Y esta palabra también es para ti:

—Lo que repara el Señor, queda mejor que si fuese nuevo.

Es mejor que lo repare el Señor, a que tú intentes conseguirlo de nuevo. Puede ser que logres conseguirlo de nuevo, pero te aseguro que no quedará tan bien como lo que el Señor restaura y repara. Ésta es tu esperanza en medio de la pérdida, la tragedia y el fracaso.

Por ello, en lo que el diablo ha “hecho fiesta” contigo y tus fracasos —en lo que el diablo ha declarado inservible en tu persona y en tu vida, o en aquello en que te ha dicho:

—¡Qué estúpida has sido tú, mujer!

—¡Qué idiota has sido tú, hombre!

En todos esos episodios fallidos y frustrados que Satanás utiliza para avergonzarte, atormentarte, afligirte y perturbarte, permite que el Espíritu de Dios pueda recoger los pedazos de tu vida, para restaurarla en el gran taller de reparación de Dios: El taller del Alfarero.

Aquella vasija se arruinó, se echó a perder, se estropeó, fue demolida y fue quebrantada y violada en su constitución, por la acción accidentada que se precipitó sobre ella.

Entonces, te pregunto:

—¿Qué cosas en tu vida necesitan restauración de todas estas pérdidas, deterioros y destrucciones?

—¿Qué decayó? ¿Qué se arruinó? ¿Qué se perdió? ¿Qué fue derribado? ¿Qué fue estropeado? ¿Qué fue demolido?

¿Qué fue violado? ¿Qué fue derramado como agua en tu vida?

—He escrito aproximadamente unos 18 libros. Y la que considero mi obra maestra, será el libro en donde voy a vaciar toda mi experiencia de vida. Es un libro que todavía no tiene fecha para escribirse; tendrá que ser en el tiempo de Dios. No obstante, ya tengo el título conmigo, le llamo “El niño herido”, y en sus páginas voy a contar mi historia de vida al mayor detalle. Y algo que quiero destacar en esa obra es precisamente eso: Que Dios tiene en Su mano el poder, los medios y la dirección para restaurar lo que se ha dañado en una vida.

Algo que celebro todos los días es que nada de lo que me pasó me impide celebrar la vida; y es, precisamente, por la imagen de una vasija echada a perder en la mano del alfarero, que me acompaña y me acompañará por siempre.

Piénsalo, imagínalo: ¡Qué imagen más maravillosa! Una palma extendida indicando PODER, RECURSOS Y DIRECCIÓN. Allí está todo lo que tú y yo necesitamos para ser reparados. Allí está todo lo que necesitas para que se rectifique lo torcido, lo que se necesita para que Dios vuelva a hacerlo aún mejor que al principio. Se arruinó aquella vasija, pero fue en la mano de Dios, mano de poder, mano de recursos, mano que imparte dirección.

¿Cómo se lleva a cabo el “Plan B” de Dios?

Dios deja que se agote tu “Plan A”

Dios deja que se agote, que se acabe, que se arruine, que se despedace tu “Plan A”. Esto quiere decir que con un “Plan A” vigente, no hay posibilidad de que surja un “Plan B”.

Tú no puedes decir como dice el tramposo:

—Voy a tener esta carta guardada bajo la manga, en caso de...

No puedes decirlo; de hacerlo, de todas maneras no funcionará. Tiene que haberse arruinado y acabado tu “Plan A” para que el “Plan B” de Dios emerja en tu vida.

Hace 17 años, una vez más, vi mi “Plan A” perderse. Quedé en la ruina, totalmente empobrecido, quedé sin amigos y prácticamente sin ministerio. Sucedió a causa de esas diferencias en las cúpulas de liderazgo eclesial, típicas de las denominaciones evangélicas. Han pasado diez y siete años y hoy, después de haber visto echarse a perder mi “Plan A”, estoy administrando diez veces más de lo que perdí.

¿Sabes por qué? Porque sencillamente era necesario que el “Plan A” mío se arruinara. Mi esposa me lo dijo de esta manera:

—René, yo doy gracias a Dios por todo lo que te pasó en esa etapa de ministerio, porque ahora eres mejor esposo para mí, nuestros hijos tienen un mejor padre, y la iglesia tiene un mejor pastor. Eres un mejor hombre.

De mi parte, lo digo e insisto:

—Todo eso pasó porque el “Plan A” mío tenía que acabarse, tenía que echarse a perder, para que el “Plan B”

de Dios pudiera aparecer en mi vida y ministerio.

Así es que con tu permiso y con el debido respeto, me voy a alegrar de una cosa, me voy a alegrar si tu “Plan A” está arruinándose. Me voy a alegrar, no porque deseo tu mal o me alegre tu aflicción, sino porque en la medida en que tu “Plan A” fracasa, en esa misma medida el “Plan B” de Dios comenzará a levantarse.

Hoy, con fe pido que el “Plan B” de Dios aparezca en tu vida; pido que se rectifique todo lo malo en tu vida, para que el siguiente capítulo sea de restauración y total rehabilitación, sea un capítulo extraordinario, ¡mejor! Que sea un capítulo de cosas nuevas, ya no con base en el plan tuyo o el plan que has promovido e intentado establecer por años, sin éxito, sino que el “Plan B” de Dios sea el que se instaure en tu vida, en tus circunstancias e historia.

Dios usará los residuos de tus fracasos

Se deshizo la vasija. Pero aquella mano recogió lo que quedaba de ella y volvió a usarlo de nuevo, y comenzó a amasar para hacer —con la misma masa— una nueva vasija.

—¿Sabes qué es maravilloso para mí? Que Dios me dé la oportunidad de contar mi historia.

—¿Sabes a qué me dedico?

Mi especialidad, a estas alturas de mi ministerio, es trabajar con dos tipos de personas: la gente traspasada por dolores y la que ha visto fracasar sus intentos. Y me dedico a decirle a esta gente como NO hacer las cosas. Hablo a pastores, a líderes, a familias, a la gente en general, y la esencia de mi mensaje es “cómo no hacer las cosas”.

¿Por qué hablo de esto? Porque pienso que la mayoría de los humanos tenemos un problema: Escondemos nuestros fracasos y dolores.

A este respecto te diré:

—Entre más escondas tu fracaso, menos te va a servir.

¿Sabes dónde aprendí esto? En la consejería pastoral se le llama quedar con un sentido de inadecuación, como

resultado de guardar y disimular los fracasos vividos.

¿De dónde proviene o se origina esta proclividad y condición? Las heredamos del hombre Adán. Cuando éste pecó y desobedeció a Dios, sintió la vergüenza de su desnudez y fue a esconderse. Dios lo buscó y Adán le dijo: *“Estoy escondido, porque me siento desnudo (inadecuado), siento vergüenza y tengo miedo”*. Desde entonces los humanos somos proclives a esconder nuestros fracasos y a evadir nuestra realidad, con la subsecuente condición de inadecuación, de sentirnos no aptos, no adecuados.

Bien se dice: *“Caras vemos, corazones no sabemos”*. Por ejemplo ¿Cómo es la forma cotidiana y usual de saludarnos? Nos preguntan:

—¿Cómo está usted?

—Muy bien— respondemos, y de inmediato preguntamos:

— ¿Y usted qué tal?

De esta manera guardamos de inmediato la respuesta que corresponde, y le ponemos candado a lo que verdaderamente llevamos por dentro.

Pero también he encontrado en la práctica pastoral, que no debemos avergonzarnos por nada malo de lo que haya pasado en nuestra vida, porque si cayó en las manos de Dios, se revertirá y se le dará un nuevo propósito.

Si algún asunto terminó mal en tu vida, el Señor tiene la capacidad y el poder para revertirlo y transformarlo para abonar el árbol de tu vida. ¿Sabes de qué se fabrica el abono? Seguro que sí. De estiércol y desechos mal olientes que nosotros no querríamos tener cerca. Por eso es que en los viveros y sitios en donde se venden plantas y tierra para abonar jardines, es necesario taparse la nariz por el mal olor que el lugar despidе. ¡Lo mismo hace Dios con los desechos de tu vida! Eso que huele tan mal, es el nutriente que Dios usa para beneficio de las plantas y jardines de tu vida. Dios los utiliza para reconvertirlos en beneficio tuyo y para cumplimiento de sus propósitos redentores y transformadores.

Por lo anterior, te doy un consejo:

—No escondas tus fracasos. No escondas los pedazos y residuos que quedan de la vasija de tu vida, tus planes y tus intentos.

Los pedazos de la vasija, en todo caso, sólo indican una cosa: Que somos frágiles criaturas, nada más. Es decir, somos humanos. No intentes, entonces, ser quien no eres; no intentes ir más allá de donde puedes llegar, y no intentes hacer más de lo que puedes realmente hacer.

¿Sabes qué dijo San Pablo a este respecto? *“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros”* (2 Corintios 4:7).

Que no te quepa duda: Entre más orgulloso te sientas de tu vasija, más rápido se hará pedazos. Pero cuando se rompa, no escondas los pedazos hipócritamente.

¿Sabes qué me dijo el Señor en cierta ocasión sobre esto? Me dijo:

—René, yo no quiero sólo tus aciertos, ni sólo las cosas buenas que has hecho. Yo te quiero a ti por entero. Lo que realmente me importa eres tú. René, no te preocupes por los pedazos que quedan de todos tus errores; Yo voy a juntarlos, y volveré a usarlos. Al final, todo va a estar bien.

Así que, ¡no hay que esconder los errores y fracasos! No es necesario. Dios no lo pide.

Dios utiliza el mismo escenario

Hay quienes piensan que debido al efecto destructivo experimentado en su “Plan A”, Dios tendrá que llevarles a otro y diferente escenario para poder restaurarles y bendecirles. Por cambio de escenario me refiero a cambio de circunstancias, de relaciones, o de lugar geográfico. A veces Dios lo hace así porque conviene a Sus propósitos; pero otras, Dios trae Su “Plan B” exactamente al mismo escenario de relaciones, circunstancias y lugar en que se llevaba a cabo el “Plan A”.

Eso es lo grandioso de nuestro Dios, que de los residuos y cenizas se crean de nuevo las condiciones para que la vida

vuelva a funcionar y a tener sentido otra vez. ¡Sólo nuestro Dios hace tales milagros!

¿Qué quiero decirte con esto? Que no tienes que salir huyendo. Cuando tuve ese rompimiento ministerial hace diez y siete años, le dije a mi esposa:

—Soy amigo de muchos pastores de las iglesias más importantes y destacadas del continente, cualquiera me recibirá y me pagará muy bien. Cualquiera de ellos me recibirá como una bendición para su iglesia, vayámonos a una iglesia en otro país.

—René —respondió— mi consejo es que nos quedemos en nuestro país, enfrentemos la crisis, pasemos la tormenta, encaremos este asunto. Y una vez que hayamos enfrentado esta adversidad, me dices si todavía quieres irte.

Enfrenté aquella adversidad y aquella pérdida con valentía y con la mayor serenidad que pude. Han pasado diez y siete años; ¿Pregúntame dónde vivo? Vivo en el mismo país, en la misma ciudad, en el mismo escenario de vida, y tengo un fructífero y bendecido ministerio.

¡No tienes que huir! El mal que derribó y echó a perder tus planes bien puede volver a activarse más tarde en otro sitio. Si vas a moverte, tiene que ser por razones de Dios, no por razones de dolor, resentimiento, interés o conveniencia.

Hay ocasiones en que debes moverte por razones de Dios, pero en esos casos y circunstancias, lo que suele suceder es que Dios mismo es quien te mueve. Y resulta curioso que cuando tú no quieres moverte, cuando dices “aquí me quedo”, más rápidamente Dios te mueve; y cuando dices “¡ya no aguanto, Dios, sácame de aquí!”, es cuando Dios no te moverá.

Sí, así sucede. Cuando clamas:

—¡Dios, por favor, no necesito un “Plan B”, lo que quiero desesperadamente es que se cumpla mi “Plan A”!

Es entonces cuando más rato te deja el Señor en esa situación y escenario.

Tenlo presente, puede ser que Dios utilice el mismo escenario en que tu “Plan A” se arruinó para traer su “Plan

B". Puede ser que exactamente en el mismo escenario en donde tu vasija se rompió, justo en ese escenario, Dios proceda a repararla. No es una regla, pero es una gran posibilidad.

Dios hará que aprendas de lo vivido

Por supuesto que hay gente que tropieza mil veces en la misma piedra; tropieza, y sigue tropezando. Sin embargo, ¡cuán importante es aprender de lo vivido! Le digo todas las mañanas a Jesús, que no me deje tropezar en la piedra en que ya tropecé; que no me deje cometer otra vez los mismos errores que en el pasado cometí. Y le ruego, cada mañana, que no me deje volver a ser lo que antes fui, en términos de cometer equivocaciones de vida.

Hago mía la oración del salmista: *"Señor, ayúdame a contar mis días, de tal manera que traiga a mi corazón sabiduría"* (Salmo 90:12).

Verdaderamente, uno tiene que aprender de lo que le pasa. Si no aprendemos de lo que nos pasa, no aprenderemos jamás. Dijo el proverbista bíblico: *"El oído que escucha las amonestaciones de la vida, entre los sabios morará"* (Proverbios 15:31). De ahí que, sabiduría es usar bien lo que nos pasó!

Hay quienes dicen:

—Como a mí me sucedió esto tan malo y tan doloroso, nunca más permitiré que nadie me lo vuelva a hacer.

Eso no es sabiduría.

Otros dicen:

—La próxima vez que me encuentre en esta situación, no voy a ser tan tonto.

Eso no es sabiduría.

Otros replican:

—La próxima vez que me pase lo mismo, les voy a demostrar con quien se han metido.

Eso no es sabiduría.

También están los que dicen:

—Yo perdono, pero nunca olvido.

Eso no es sabiduría. Sabiduría es aprender de lo que te pasó. Pero aprender para bien, no para mal. Aprender, es lo que Dios te permitirá como parte de su “Plan B”.

Dios utilizará la experiencia que tienes

Una cosa es aprender de lo que has pasado y vivido, lo cual tiene que ver con lecciones aprendidas; y otra, tu experiencia, la que se constituye en la huella de madurez que queda marcada en ti.

Lo explico de esta manera:

—Hace diez y siete años, después de 25 años de exitosa y fructífera carrera pastoral, cuando me tocó esa ruptura ministerial que se desencadenó en circunstancias totalmente desfavorables para mí, dejándome como resultado pérdidas en todas las áreas; perdí amigos, casa y todo lo que había logrado en términos de recursos materiales y estabilidad financiera. En medio de esa confusa situación y del desastre sucedió algo que no olvido; fue la palabra de un colega, amigo de verdad, quien me dijo:

—René, a diferencia de la época en que comenzaste tu ministerio hace 25 años, tu ventaja ahora es que tienes algo que en aquel entonces no tenías: experiencia. Ahora, aunque te toca empezar de nuevo, ya sabes qué funciona y qué no funciona, qué hacer y qué no hacer. Eso se llama experiencia, y te llevará en corto tiempo y con menor esfuerzo al éxito nuevamente. Tu camino, por consiguiente, no será tan largo ni dificultoso.

¡Fue exactamente lo que sucedió! Han transcurrido diez y siete años desde esa dura prueba, y de esa conversación, y en ese período de tiempo Dios me permitió alcanzar mucho más de lo que perdí. Básicamente, por lo que te estoy proponiendo: Que Dios utilizará la experiencia que tienes y que has logrado resumir en los fracasos en tu vida.

¿Cómo calificas la experiencia que tienes? Es importante que sepas valorarla y que no permitas que la nube oscura

del desánimo ponga en tinieblas tu discernimiento y eso te lleve a no saber ver ni calificar correctamente lo que has aprendido y lo que has obtenido de tus experiencias de vida.

La experiencia puede definirse como la práctica prolongada que proporciona conocimiento o habilidad para hacer algo. Eso es precisamente lo que sucederá contigo. De todo lo bueno y malo que has vivido, has obtenido habilidades que te capacitan para reiniciar el libro de tu vida a partir del capítulo aflictivo; sólo que esta vez con mayor potencialidad para que las cosas te salgan bien y logres los resultados anhelados.

Dios utilizará los recursos y relaciones que te quedan

Ante las pérdidas experimentadas hace diez y siete años y el camino exitoso y fructífero recorrido a partir de esas fechas, mi esposa suele decirme:

—René, una de las razones por las cuales te ha ido tan bien, a diferencia de otros que lo intentaron por segunda vez sin buenos resultados, es que tú no estuviste solo. Tuviste personas alrededor que creyeron fielmente en lo que Dios te llamaba a hacer y lo que había puesto en tu corazón como nueva visión ministerial.

Ese es exactamente el punto: Dios utilizará aquellos recursos que te quedan, porque Dios nunca permite que te quedes absolutamente en cero ni en completa soledad. Él siempre guarda una suficiente provisión de recursos y un remanente de gente dispuesta a actuar con fidelidad comprometida.

Por lo anterior, creo que es de suma importancia saber discernir y valorar ese valioso recurso que es la gente alrededor nuestro. Y lo destaco, porque hay demasiadas personas, que abrumadas por la adversidad y los malos resultados en alguna etapa de su vida, dejan de ver y valorar a quienes tienen cerca.

O peor aún, muchos, sin advertirlo, descargan sobre

la gente fiel que quedó a su lado, la rabia, frustración y resentimiento resultantes, con lo que terminan alejando y perdiendo el valioso recurso del acompañamiento de gente fiel con actitud comprometida.

Dios te llevará de la pérdida a tu nueva oportunidad

Las pérdidas y fracasos no tienen que ser el último y definitivo capítulo de la vida. Siempre es posible levantarse y —con nuevas fuerzas— volver a escribir nuevos y mejores capítulos de vida.

Mi propio caso te lo testimonia. He podido encarnar, después de varias tragedias a lo largo de mi vida, aquello que escribió el proverbista bíblico: *“Siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse”* (Proverbios 24:16).

Y he vivido lo que el salmista también escribió: *“Él levanta del polvo al pobre y saca del muladar al necesitado; los hace sentarse con príncipes, con los príncipes de su pueblo. A la mujer estéril le da un hogar y le concede la dicha de ser madre”* (Salmo 113:7-9).

No sé exactamente cómo Dios lo hace. Pero Él se especializa en utilizar los restos y cenizas de nuestras circunstancias para crear la nueva oportunidad. Ésta parece ser la norma en los procesos divinos de restauración. Esto es lo que comunica el pasaje en el libro de Jeremías que se refiere a la vasija, que habiéndose estropeado en las manos del alfarero, éste procedió a hacer con la misma arcilla otra vasija que resultó mejor.



7 maneras de entrar en
el plan B de Dios

1.- Volver a examinarlo todo y revalorar aquello a lo que le restaste importancia

San Pablo, en 1 de Tesalonicenses 5:21, aconseja: *“Sométanlo todo a prueba, aférrense a lo bueno”*.

“Someter a prueba” — o *“examinar”*, como traduce la versión Reina Valera 1960 de la Biblia — viene como traducción al español, partiendo del griego *“dokimazo”*, vocablo que significa probar (por implicación aprobar), poner a prueba, distinguir, comprobar.

Este vocablo nos habla muy bien de lo que debemos hacer, sobre todo cuando se trata de volver a intentar que las cosas se enderecen y marchen bien. Debemos saber distinguir y comprobar si lo que pensamos es correcto, si las decisiones adoptadas fueron las más sabias y convenientes, si las actitudes fueron las mejores, etc.

En ocasiones es necesario pasar por un duro período de prueba para darnos cuenta y comprobar, que no todo lo que decíamos correcto lo era en verdad, que no todas nuestras elecciones fueron las mejores, y que no todas nuestras perspectivas de vida estaban bien enfocadas. Claro que con el período de prueba viene también la ocasión y la oportunidad de comprobación. Eso, al final, nos lleva a encontrar los elementos necesarios para volver a intentarlo con mejores posibilidades.

2.- Ofrecer arrepentimiento por los errores y pecados cometidos

“Por tanto, para que sean borrados sus pecados, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios, a fin de que vengan tiempos de descanso (refrigerio, RV-1960), de parte del Señor”, se lee en Hechos 3:19.

Lo que se tradujo en este pasaje como *“tiempos de descanso”*, literalmente en el griego significa *“enfriar”*, de donde resultan las siguientes acepciones: recuperar el aliento, revivir, tener alivio.

Precisamente esto es lo que trae el arrepentimiento: Aliento, alivio y verdadero refrigerio. Algo totalmente diferente a como concebimos el arrepentimiento los humanos. Por lo general pensamos que el arrepentimiento es algo molesto, doloroso, y hasta humillante. Pero el arrepentimiento es una especie de medicina del Cielo para traer limpieza y condiciones de alivio, restauración y profilaxis.

Por eso es que Dios, por mucho que nos ame, no puede restaurarnos sin el necesario arrepentimiento, que viene a ser como lejía y jabón medicinal, que nos libran de las bacterias y enfermedades que afectan el alma.

Si dentro del cuadro de tus adversidades y pérdidas también cometiste pecados y yerros, trae arrepentimiento a tu corazón, y ve al Señor confesando tus faltas y pecados. Te aseguro que Él es fiel y justo para perdonar tus pecados y limpiarte de toda maldad (1 Juan 1:9).

3.- Asegurar una correcta interpretación de escenario, opciones y decisiones a seguir

San Lucas nos da una clara muestra de esto en su relato sobre el hijo pródigo. En el texto se lee: *“Por fin recapacitó”* —o *“volviendo en sí”*, como aparece en la versión Reina Valera 1960— (Lucas 15:17). Recapacitar, tiene que ver con volver a la plena conciencia de los hechos sucedidos y las circunstancias alrededor.

Lo que aquí se describe y explica no es algo fácil de lograr. Se requiere una dosis completa de sinceridad, de total honestidad, de renuncia a la mentira y al engaño, y saber llamar a las cosas por su nombre, para lograr llegar a la condición de autorreflexión, autoconciencia y cambio, que requiere el volver a la conciencia de sí mismo. Pero de lograrse, las posibilidades de entrar en el “Plan B” de Dios están prácticamente aseguradas.

4. Someter los nuevos planes y diseños a la voluntad de Dios

En el corazón del Padre Nuestro — la oración modelo — se dice: *“Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo”* (Mateo 6:10). Lo que se traduce como “voluntad”, se deriva del vocablo griego “*dsélema*”, el cual tiene las siguientes acepciones: elección, alternativa, inclinación, voluntad.

¿Qué está comunicando este vocablo? Que la elección a tomar, debe ser la elección de Dios para ti. Que la mejor alternativa no es la que se te ocurra, sino la alternativa que Dios te ofrezca en Su Palabra y buena voluntad para ti. Que la inclinación que habrá que tomar en cuenta no es la tuya, sino la Suya. Que la voluntad que hay que buscar hacer y cumplir no es la tuya, sino la de Dios.

¿Te das cuenta? Probablemente muchas de tus equivocaciones tuvieron que ver con que hiciste tu deseo y tu voluntad, y obtuviste pésimos resultados. Ahora te toca hacer la voluntad de Dios. Te aseguro que los resultados serán extraordinarios.

No quiero abandonar este pasaje de las Escrituras, sin comentar la aparentemente sin importancia palabra “hágase” (en la frase “hágase tu voluntad”). Se traduce así del griego “*gínomai*”. Que es una voz media del verbo primario “hacer que sea” (generar).

Por lo anterior, yo te pregunto:

— ¿Quién va a “hacer que sea” en tu vida y circunstancias de aquí en adelante?

— ¿El “*gínomai*” de quién se establecerá en tu vida?

— ¿La voluntad de quién será “*gínomai*” para lo que sigue en tu historia?

Lo mejor será, como respuesta tuya, que el “*gínomai*” divino sea el que tenga cumplimiento y no el tuyo. Eso garantizará buenos resultados de aquí en adelante.

5.- Reconsiderar algo que antes descartaste

El pasaje de Hechos 15:36-39 relata un serio desacuerdo entre el apóstol Pablo y su gran amigo y consiervo Bernabé. El desacuerdo tenía que ver con otra persona, el joven Juan Marcos. Pablo, que no se andaba con “medias tintas” y le decía a cualquiera su opinión sin ningún empacho —y que en una ocasión hasta confrontó severamente a Pedro— en esta oportunidad se niega a llevar con ellos en la siguiente misión al joven Juan Marcos, por haberles desertado en otro lugar donde antes estuvieron. El pasaje dice textualmente que *“se produjo entre ellos un conflicto tan serio que acabaron por separarse”*.

Lo anterior indica que la opinión inflexible de Pablo acerca de este joven tuvo una cara factura que pagar: Su compañerismo con Bernabé. Y es que así suele suceder. En ocasiones estamos tan convencidos de algo, que podemos descartar lo que sea y a quien sea con tal de demostrar que tenemos la razón en lo que decimos y argumentamos.

El caso es que el tiempo pasó. Y como suele también suceder, con el tiempo se modifican los criterios, las opiniones y las actitudes. Así sucedió con Pablo. Tiempo después lo encontramos escribiendo, solicitando se le envíe precisamente a este joven Juan Marcos que antes había desechado (2 Timoteo 4:11). En esa carta, Pablo literalmente dice: *“Sólo Lucas está conmigo. Recoge a Marcos y tráelo contigo, porque me es de ayuda en mi ministerio”*.

Esta reflexión debe dejarnos como lección, que hay momentos y ocasiones en la vida en que vale la pena volver a considerar y a valorar algo que tiempo atrás se había desechado. Implícitamente hay otra enseñanza “entre líneas”: Nunca debemos decir “de esta agua no beberé”, porque puede ser que más tarde tengamos que contradecirnos.

6. Disponerte a entresacar lo precioso de lo vil

Esta frase proviene de una exhortación a uno de los profetas de la antigüedad por parte de Dios mismo, al decirle: “*Y si entresacares lo precioso de lo vil...*” Pasaje que se encuentra en Jeremías 15:19 (Reina Valera 1960).

¿Con qué tiene que ver esto de “*entresacar lo precioso de lo vil*”? Con que, hasta en los asuntos más negativos hay algo que se puede rescatar.

Un ejemplo: Recordemos que el abono se hace del estiércol y de los desechos malolientes. Así mismo sucede en la vida y las situaciones humanas: De las experiencias malas y negativas, de lo que nosotros desecharíamos o de ninguna manera consideraríamos, Dios produce elementos de cambio, restauración y bendición. Pero somos nosotros, más que Dios, los responsables de tener que aprender a entresacar lo precioso de lo vil y a obtener cosas buenas de las cosas malas que suceden.

Piensa es esto:

—¿No es cierto que de tus vivencias más dolorosas y perturbadoras sacaste tus más preciosas lecciones de vida? Seguramente así sucedió. No hay nada, por muy malo que sea, que no traiga algún beneficio consigo. Por eso quizás el dicho popular: “No hay mal que por bien no venga”.

7.- Aprender a abstenerse de toda especie de mal

Fue Pablo quien lo aconsejó. En su carta a los Tesalonicenses lo dice: *“Eviten toda clase de mal”* (2 Tesalonicenses 5:22).

En esto no puede haber confusión alguna. *“Toda clase de mal”* no deja lugar a dudas de ninguna índole. Significa que todas las excusas deben ser puestas a un lado, y que no podemos intentar justificarnos con falsos argumentos sobre cómo y por qué actuamos de manera mala y vengativa.

Simplemente, si queremos entrar en la nueva oportunidad de Dios y restaurar lo que se perdió o arruinó, tenemos que desechar toda forma de mal en nuestra manera de vivir y en nuestras relaciones con quienes nos rodean.

Esto no tiene que ver con que si la gente lo merezca o no. Obedecer el consejo divino debe llevarnos a una conducta en la que no se admita, bajo ningún criterio o circunstancia, devolver el golpe, la mala mirada o la mala expresión. Creo que esto equivale a lo que Jesús dijo: *“Amen a sus enemigos y oren por quienes los persiguen, para que sean hijos de su Padre que está en el cielo. Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos. Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿Qué recompensa recibirán?”* (Mateo 5:44-46).

El poder

del perdón

Porciones de este libro fueron extraídas de
"Lo que usted debe saber sobre el perdón"

INTRODUCCIÓN

Perdonar a alguien que te ha ofendido es algo que te libera de todo aquello negativo que está dentro de tí, hace que se produzca en tí un sentimiento de amor por el prójimo que cambia tu modo de ver a los demás.

No veas el perdón como una reconciliación, porque en la mayor parte de los casos no lo es, debes verlo como forma de liberarte a tí mismo para poder eliminar todo aquello que te causa malos resentimientos y alimenta el odio y el rencor hacia la otra persona, cosa que no lleva a ningún lado. Perdonar es algo que nos puede proporcionar muchos beneficios como tranquilidad y armonía.

Perdonar suele ser algo difícil para muchos y en la mayor parte de los casos toma su tiempo el poder lograr ese perdón emocional que saca de nosotros ese dolor, rabia y negativismo para reemplazarlo por buenos sentimientos positivos, y aunque con ese perdón no generes total conciliación al menos hará que te sientas bien contigo mismo.

El perdón, o la falta de él, afectan todo nuestro ser. Afecta nuestro estado mental, nuestras emociones y aun nuestro estado físico-orgánico se ve afectado por lo que esté pasando en nuestra vida, con relación al perdón.

Los hospitales están llenos de personas que no pueden ser diagnosticadas, porque los médicos y especialistas no saben lo que tienen; es por ello que se ha dado en llamar a los males que dichas personas sufren, enfermedades psicosomáticas, pues tiene que ver con que la persona comienza a “somatizar” sus angustias, sus aflicciones y sus

miedos.

“Soma” es el vocablo griego para referirse a cuerpo; así que, esas personas “somatizan” sus estados mentales y emocionales al transformar problemas psíquicos en síntomas orgánicos de manera involuntaria e inconsciente. Cuando eso sucede, la persona se enferma, y los médicos buscan el origen de su mal, a veces sin resultados.

Todos necesitamos perdonar y que se nos perdone. Vale la pena clarificar que el perdón tiene dos cursos de expresión: Por un lado el recibir perdón, es decir, ser perdonado; y por el otro, el extender perdón, es decir, perdonar a otros.

Todos los seres humanos necesitamos perdón; y no porque seamos santos o pecadores, sino por ser humanos simplemente. A lo largo de la vida, todos necesitamos que nos perdonen en más de una ocasión. Necesitamos ser perdonados, alguna o algunas veces en la vida.

El otro curso de expresión del perdón es que todos, así como necesitamos ser perdonados alguna vez, necesitamos también perdonar a alguien alguna vez. Por nuestro propio bien, por nuestro bienestar, por nuestra seguridad o por nuestra salud, necesitamos perdonar. De estas dos necesidades nadie puede escapar!

Necesitamos recibir perdón, y necesitamos extender perdón a otros. Esto es algo absolutamente inevitable para todo ser humano. Esta afirmación se debe a lo que dice el apóstol Santiago: *“Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo”* (Santiago 3:2 RV-60).

—¿Existirá una persona con la capacidad de refrenar todo su cuerpo, sus apetitos, sus necesidades primarias —o debo decir primitivas—?

—¿Habrá alguien que pueda tener o ejercer tal gobierno tal dominio o tal control de sí mismo?

Esa perfección sólo puede ser apenas una aspiración para nosotros los humanos. Porque lo cierto es lo contrario: Que luchamos con nuestras bajas pasiones, que luchamos con el reclamo y el deseo de nuestros instintos más carnales y más

primitivos.

Entonces, auscultando lo imposible, es que dice este autor: *“Si alguno no ofende en palabra, es varón perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo”*. Eso no es lo real. Lo real es lo primero: Que todos ofendemos muchas veces. Que nos equivocamos. Que afectamos incluso a los que más amamos con nuestros errores. Que hacemos sufrir a aquellos por los que debiéramos luchar y sacrificarnos todos los días. Que traicionamos nuestras más importantes decisiones. Que traicionamos nuestros valores. ¡Eso es lo real! De ahí que, ciertamente, todos ofendemos muchas veces.

Y es por esa causa que necesitamos aprender a lidiar con el perdón: Tanto el perdón que debemos recibir, como el perdón que debemos extender. Esto significa que todos necesitamos ser perdonados y todos necesitamos perdonar. Todos sin excepción. Piense en la persona a la que usted más admira o piense en la persona más santa de la que usted haya sabido jamás; pues bien, todos —incluyendo a esa persona a la que usted profesa su máxima admiración— necesitamos ser perdonados y a la vez necesitamos perdonar.

La manera como recibimos y extendemos perdón determina el efecto sobre nuestra salud y bienestar integral.

¡Preste atención! Esto es crucial con relación al perdón: La manera como recibimos y extendemos perdón, determina el efecto sobre nuestra salud y bienestar integral. Dicho de otra manera: Dependiendo de cómo usted se sienta perdonado o cómo perdone a otros, determinará el producto y resultado final de su salud integral. No lo harán las demás personas, no lo hará la vida ni lo hará la suerte; usted lo determinará con la manera en cómo reciba e internalice el perdón, es decir, con la manera en que sepa perdonar cabalmente a los demás.

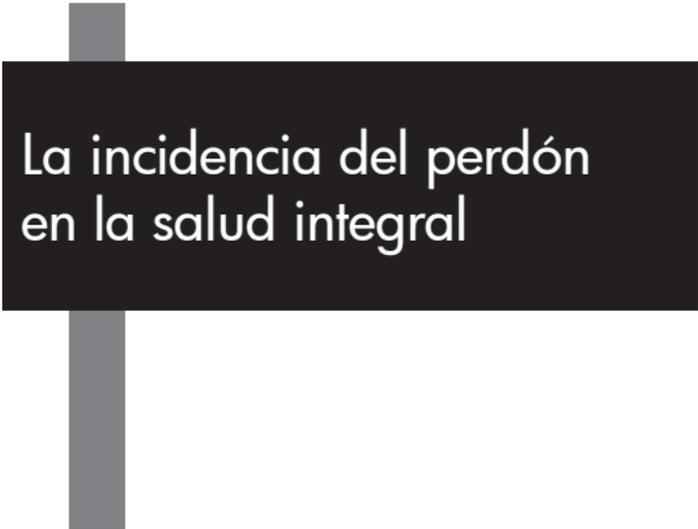
De esa manera, usted determina qué va a pasar con su salud, qué clase de bienestar será el suyo, cómo funcionarán su mente y sus emociones. De ahí que, interactuando sanamente con el factor perdón usted puede evitar que

órganos de su cuerpo se enfermen, ya que con la manera en cómo recibe y extiende perdón, determina su efecto sobre su salud integral y sobre todo lo que tiene que ver con su bienestar.

Así es que, si usted pensaba que éste es un tema espiritual, trillado y sin validez práctica, se equivocó totalmente. Éste es un tema de salud integral. Usted puede tomar todos los medicamentos que quiera, visitar a cuanto especialista encuentre, gastar todo el dinero que tenga u optar por la medicina que crea puede servirle; pero si no sabe interactuar con este factor llamado perdón, por seguro tendrá mayor probabilidad de enfermar que otras personas; tendrá mayor probabilidad de que su sueño no sea reparador, de que sus relaciones no sean saludables, de que su cuerpo no funcione correctamente.

El perdón tiene que ver con higiene mental, tiene que ver con bienestar espiritual, emocional, relacional y, por supuesto, con el bienestar físico. ¡El perdón tiene que ver con todo! Por eso le llamo bienestar integral. E insisto, el factor perdón incide poderosamente en el bienestar integral de todo ser humano.

Por todo esto es que conviene reflexionar detenidamente acerca del perdón; de cómo interviene en este fenómeno de las enfermedades psicosomáticas al desencadenar serios problemas en la salud del individuo, de cómo saber si en verdad se ha perdonado, y conocer los efectos y consecuencias de la negativa a perdonar. De eso trata este libro.



La incidencia del perdón
en la salud integral

Seguramente usted ha experimentado dolores de cabeza, espalda o estómago después de sufrir un gran enojo producto de una acción inesperada por parte de otra persona, así sea la pareja que olvidó el aniversario de bodas, el amigo que faltó a su lealtad, su hijo le mintió o bien, con usted mismo por haber roto la dieta para bajar de peso.

Efectivamente, el estrés producido por los rencores acumulados ha sido motivo de estudio por investigadores médicos, quienes han resuelto que son la causa de disparar o agravar dolores como los señalados con anterioridad u otro tipo de problemas, como úlceras, arrugas y debilitamiento del sistema inmunológico, lo cual nos hace más susceptibles a resfriados y gripes.

Otros estudios asocian la tendencia a permanecer resentido y la incapacidad de perdonar con aumento del riesgo a morir de enfermedad cardíaca o de cáncer.

Visto de esta manera, queda claro que uno de los mejores motivos para perdonar es liberarnos de nocivas emociones, como ansiedad y estrés, causados por el rencor. Para hacer esto es preciso hacer algunos cambios en el tipo de pensamiento.

En realidad, perdonar no significa aceptar cualquier cosa que el otro haya hecho, como el maltrato, la violencia o la deshonestidad. No es humillarse, reprimir el enojo, hacer como si no pasara nada o perdonar porque sentimos lástima. El sentido común indica que tampoco es conveniente hacernos amigos de quien nos ha hecho daño y descuidar nuestra propia seguridad.

Al sufrir un delito, un problema sentimental o alguna frustración en la que uno se siente impotente, es común que se instale el resentimiento o el sentimiento de culpa. En estas instancias muchas veces se necesita perdonarse a sí mismo, porque uno tiende a culparse por lo que se podía haber hecho y no se hizo.

Tal vez, el acto de perdonar no se trate en realidad sólo de un hecho altruista orientado hacia los demás, sino que beneficia física y emocionalmente al que perdona, porque elimina los sentimientos negativos que pueden perjudicarlo.

La Biblia nos ofrece un texto completísimo con relación al perdón. Es un salmo que nos advierte de esta incidencia, nos muestra a la persona en mal estado y seria crisis, y hasta nos indica cómo logra salir de esa situación.

Es el Salmo 32, que en sus primeros versos dice: *“Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones, a quien se le borran sus pecados. Dichoso aquel a quien el Señor no toma en cuenta su maldad y en cuyo espíritu no hay engaño. Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo por mí gemir de todo el día. Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano, porque día y noche tu mano pesaba sobre mí. Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad. Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor», y tú perdonaste mi maldad y mi pecado. Por eso los fieles te invocan en momentos de angustia; caudalosas aguas podrán desbordarse, pero a ellos no los alcanzarán. Tú eres mi refugio; tú me protegerás del peligro y me rodearás con cánticos de liberación”* (32:1-7).

¡Impresionante! ¡Interesante! Este es un cuadro completo. Aquí hay un completo diagnóstico de lo que pasa a la persona cuando se encuentra mal en lo que respecta al perdón.

Cuando hablamos de salud, normalmente pensamos sólo en la salud física, sin darnos cuenta de que ésta depende enormemente de nuestra salud mental. Nuestro cuerpo es el espejo de lo que acontece en nuestra mente, y todos nuestros pensamientos van a incidir en nuestra salud física

manifestándose de alguna manera en malestar o dolencia.

Uno de los fundamentos más importantes para mantenernos sanos, es aprender a perdonar. El no perdonar, o no pedir perdón, es una atadura que llevamos con nosotros allá donde vamos y que llega hasta a corroer nuestro interior.

El perdón es sinónimo de liberación

Investigaciones que se realizaron en la Universidad de Stanford como parte del Proyecto del Perdón, dirigida por el doctor Fred Luskin, demuestran que aprender a perdonar beneficia nuestro bienestar físico y emocional. Según estos estudios, continuar cultivando el rencor en el interior de nosotros mismos obstaculiza nuestro desarrollo personal y profesional, nos lleva a tomar decisiones desacertadas y hace que nuestro cuerpo libere sustancias químicas asociadas con el estrés, que tienen un efecto desfavorable sobre la salud.

A pesar de lo mencionado, muchos de nosotros insistimos en aferrarnos a los agravios y seguir siendo víctimas de quienes en algún momento nos han hecho daño. La falta de perdón acaba por atarnos, nos encadena a las personas, o al pasado, desde la rabia, lo que nos impide vivir en el presente con plenitud y entusiasmo.

Perdonar en absoluto significa que estemos de acuerdo con lo que pasó y dejar de darle importancia a lo que sucedió, ni darle la razón a alguien que nos lastimó. Tampoco significa exculpar la actitud de quienes nos han herido. Simplemente quiere decir que hay que dejar de lado a aquellos pensamientos negativos que aparecen acerca de alguien o algo que en su momento nos causó dolor. Perdonar es aceptar la decisión de desprendernos del pasado para restablecer el presente. Conciliar el pasado con el presente nos permite aceptarnos, pues si no podemos admitir el pasado, que es parte de nosotros, nunca podremos aceptarnos, si odiamos nuestro pasado, nos estamos odiando a nosotros mismos.

Al fin y al cabo perdonar nos conduce paso a paso a tener

una vida más constructiva y armoniosa. ¿Sabías que cuando otorgas el perdón a alguien adquieres grandes beneficios que se reflejan en tu estado emocional, mental y físico? con todo esto nos referimos a un mejor estado de salud interior.

La persona que busca y recibe perdón logra recuperarse de cuatro graves condiciones.

1.- Se recupera de un deterioro en su estado físico

El mal físico no es el primero que se manifiesta y evidencia. Por lo general, es lo último. Sin embargo, curiosamente, es lo primero que nosotros notamos. Y la Biblia, que tiene esa capacidad reveladora, nos trae de inicio este efecto, que es el efecto final en la sintomatología de la falta de perdón.

Cuando su cuerpo activa sus alarmas, cuando tiene que salir corriendo en busca de un médico, cuando tiene que visitar un hospital, cuando tiene que ir a comprar costosos medicamentos, aunque es el primer peligro que usted nota, en realidad no lo es; en realidad es la fase final de un proceso, pero para usted es el primer signo de afección que nota, y que le hace correr a buscar una cura y una solución.

Antes de eso se decía:

—Es que estoy pasando una mala racha, ando algo estresado en esta temporada, es que ando con una molestia por falta de descanso, es que preciso unas buenas vacaciones, es que tengo problemas en el trabajo, es que hay un fulano que me molesta tener a mi lado en el trabajo.

Y es que antes de que su cuerpo se quebrante del todo, usted se dice una y mil razones; pero cuando su cuerpo comienza a ceder y a quebrantarse, con eso ya usted no juega y comienza a buscar las verdaderas razones de lo que le pasa y se dice que debe hacer algo al respecto. Pues, de igual manera, la Biblia comienza por el efecto final —y el primero para nosotros a notar—: Lo que pasa con nuestro cuerpo.

¡Atienda lo que dice el texto bíblico!: “Mientras guardé silencio”; es decir, mientras no quise pensar en ese asunto,

mientras no quise enfrentarlo, mientras no quise resolverlo, mientras evadí ese asunto, mientras me dije una cosa por otra, mientras me auto diagnosticué erróneamente, mientras me di malas respuestas, mientras me dije lo que no era correcto. Mientras tanto, el cuerpo comenzó a enfermarse por la presión.

De allí, la importancia de hablarse uno con la verdad. Porque cuando usted se guarda la verdad y posterga el enfrentar una situación activa el principio de un proceso de deterioro de su estado físico, y pueda que hasta se enferme de algo que le va a matar, que le va a llevar directo a la tumba.

Note qué activa el problema físico: *“Mientras guardé silencio”*. Mientras no quise enfrentar esa situación, *“mis huesos se fueron consumiendo”*. Esto es algo sumamente interesante. Lo que está mostrándonos, es que hay enfermedades vinculantes con la aflicción mental, emocional y espiritual. Hay enfermedades emanadas de la aflicción interior, y particularmente en lo que refiere a este texto bíblico, tienen que ver con la falta de perdón.

Todo esto significa que la falta de perdón —ya sea que necesite recibirlo o que necesite concederlo— puede enfermar su cuerpo. Y no es cierto que sea por el mucho trabajo, ni es cierto que se deba a que hace días no tiene unas buenas vacaciones, como tampoco es cierto que se deba a que sus hijos adolescentes le estén dando problema. ¡Nada de eso es cierto! La verdad es otra. La verdad es que hay algo dentro de usted que necesita por fin confrontar, para salud y bienestar suyos. Guardarlo, callarlo, aprisionarlo o reprimirlo, nunca ha sido y nunca será la solución.

Por ello, cuando usted se siente enfermo —aunque no sea médico de profesión— sabe que algo malo le está pasando, ¿no es cierto? Y sabe que necesitará ir a un médico que le diga qué está pasando con su salud, porque él tiene la capacidad y facultad de interpretar lo que está sintiendo. Y lo cierto es que cuando se siente enfermo, ¡se siente enfermo! No necesita pruebas ni exámenes de laboratorio;

sólo dice:

—Algo me está pasando. Yo siento algo raro en mi cuerpo.

Cuando nos encontramos en esa turbulencia interior por falta de perdón, estamos haciendo un uso máximo de las energías y fuerzas de nuestro cuerpo, estamos haciendo un uso extremo de nuestro cuerpo. Y nuestro cuerpo terminará siendo desechado por causa de ese uso extremo. ¡Vamos a enfermar hasta morir!

Hay personas que no se dan cuenta de que el cuerpo se consume y enferma no sólo por actividad física o por trabajar demasiado, sino también por estar incendiándose por dentro, es decir, por estar consumiéndose por dentro por razones morales y espirituales.

Como pastor atiendo a personas angustiadas; y una de mis metas en las consejerías es tratar de bajar la intensidad emocional y espiritual que las personas aconsejadas están viviendo. Entiendo que si no logro bajar esa intensidad en lo que están sintiendo, esas personas no van a resolver su crisis y van a empeorar. Literalmente, van a ser consumidos por dentro, por razón de un uso máximo y extremo de sus recursos mentales, emocionales y espirituales.

¡Hay gente que se envejece antes de tiempo! El sufrimiento emocional y espiritual, y la agonía mental envejecen a las personas.

Y es que con relación al perdón solemos hacer ciertas tretas, y con cierta astucia decimos:

—¡Oh no! mi problema no tiene que ver con eso, simplemente es estrés acumulado

Pero la pregunta que debemos hacernos es:

—¿Estrés, por qué causa?

Esa forma de evasión y de respuesta escapista no es consciente, sino que la hacemos de manera inconsciente.

Y lo cierto es que esa condición le estará consumiendo, no importa lo que diga. Usted puede decir:

—No, yo a esa página del perdón ya le di la vuelta.

O con una especie de actitud machista decir:

—A mí no me importa lo que pasó o a mí no me importa

esa persona, ese incidente o esa situación. Eso ya lo superé.

Y lo dice en un tono aparentemente convencido, pero la verdad es otra. La verdad es que por dentro usted se está gastando, consumiendo y envejeciendo, atrapado en la experiencia. ¡Y ese proceso no se detendrá mientras no enfrente la verdadera situación!

No es cierto que usted pueda tener guardado el perdón, como metido en un cajón. No es cierto que a fuerza de no hablarlo, a fuerza de no pensar en ello, a fuerza de no decirlo, se resuelve. ¡No es cierto! Entre más lo calle, más se potencia su poder destructivo. Entre más lo evada, más potencia su capacidad invasiva.

2.- Se recupera de un estado de depresión crónica

Usted, salvo por causas y procesos naturales de la vida, se enferma al somatizar condiciones anímicas, psicológicas y espirituales. En esos casos su cuerpo se enferma; pero antes de ello usted comenzó a angustiarse y a deprimirse; ello es causa u origen de muchas enfermedades, y tiene que ver con no saber lidiar con lo que pasa por dentro.

Si usted me pregunta qué es lo que más he aprendido en la vida, le diré que lo que he aprendido es saber cómo interactuar con la angustia. Porque yo fui un niño angustiado, fui un niño demasiado enfermo, demasiado solitario, demasiado carenciado en lo emocional. Viví sin relaciones; no pude socializar, no aprendí a interactuar con otros. Tuve muchas dificultades. Y una de las cosas que más agradezco a la Palabra de Dios es que me reveló algo de los misterios de la emocionalidad humana. En resumen, la Biblia me enseñó a conocer dos misterios: Conocer a Dios, cómo es Él; y conocer cómo soy yo, cómo somos los humanos.

Trabajo en procesos de consejería con personas que me dicen:

—Pastor, a mí nada me alegra; recibo un ascenso y no me alegra, compro algo para mi casa y no me alegra, no hay nada que me alegre.

¿Sabe qué es eso? El epicentro de un gemir en esas personas, un gemir que necesita ser sanado por el poder de Dios; porque eso ocasiona un deterioro generalizado.

Esto yo lo entiendo muy bien. Enfermedades neuropsicológicas desde la infancia, un estado de depresión crónica desde niño. Mi estado normal desde la infancia era estar triste, agónico, consumido en una delgadez extrema producto de algo que me estaba consumiendo por dentro. Ya de joven, mi amada esposa tuvo que acompañar a un muerto en vida por muchos años.

La persona que busca y recibe perdón resolverá su problema de depresión crónica. En mi caso, sigo siendo la misma persona, pero parte de mi buen estado espiritual, anímico y físico, tiene que ver con la experiencia de sentirme perdonado, y a la vez, haberme constituido en un hombre que perdona el pecado de otros en mi contra.

La persona que se resiste a decir: “Necesito perdón”, o la persona que se resiste también a decir: “Necesito perdonar a otros”, hará permanentes esas dolencias mencionadas. Primero, dolencias físicas; su cuerpo y sus huesos se consumirán. Segundo, la dolencia anímica, emocional y espiritual; habrá un gemir, un “¡Ahhhhh! ¡Ya no puedo más!” “Ya no aguanto”

3.- Saldrá de un estancamiento en su capacidad productiva

Si estar enfermo del cuerpo o estar en una depresión crónica, ya es una tragedia; ¡imagínese si se le suma un estancamiento en su capacidad productiva!

Hay personas que me dicen:

—Pastor, literalmente entro a mi oficina y me siento a no hacer nada. Pasa hora tras hora, y no logro hacer nada. No logro cumplir con mi trabajo, no logro cumplir con mis responsabilidades. Me siento como un autómata en mi escritorio. No estoy produciendo nada.

Y no es holgazanería por parte de esas personas, sino que

su condición tiene que ver con un proceso enfermizo que se está activando. Y curiosamente, en muchos casos, tiene que ver con el factor perdón.

Dice el texto que leímos en el Salmo 32: *“Mi fuerza se fue debilitando, como al calor del verano”*. Eso me hace pensar en el pequeño apartamento en donde vivía hasta hace poco, en donde los espacios de luz natural eran altamente apreciados por mi esposa Haydee y yo; por lo que los cuidábamos de manera realmente especial. Contábamos con un pequeño patio, que era como un pozo de luz que iluminaba el área social o principal del apartamento; pues justo allí teníamos un bellissimo jardín. En ese pequeño patio teníamos unas enredaderas y es un lugar en donde nos sentábamos a tomar té por las tardes. Contábamos también con otra fuente de luz natural, que era un pasillo a lo largo del área social; corríamos las puertas que dan a ese pasillo, y nos entraba el baño de los rayos del sol. Teníamos unos laureles allí, enormes. Yo nunca había visto unos laureles crecer tan altos como esos, tenían una altura de varios metros, y se erguían esplendorosos hacia el cielo, como queriendo alcanzar el sol.

Pero, cuando llegaba el verano, ¡cómo sufrían nuestras plantas en esos pequeños jardines! Se decaían, algunas se secaban, y más de alguna se nos murió. Eso es lo que está graficando el pasaje bíblico cuando dice: *“Mi fuerza se fue debilitando, como al calor del verano”*. ¡Un efecto intenso y calcinante cayó sobre su capacidad productiva!

La frase completa dice: *“Mi fuerza se fue debilitando”*. Es un proceso gradual. No es algo que pasa de un minuto al otro, sino *“se fue debilitando”*.

Usted comienza a decirse:

—¿Qué me pasa? Me siento viejo; pero no estoy tan viejo. ¿Qué será lo que me pasa?

Como pastor, me encuentro muchas veces con jóvenes en sus cuarentas, que van por la vida como si todo les pesara. ¡Oh, si tuviera yo cuarenta, vuelvo a empezar! Pero lo que sucede a esas personas es un proceso gradual de

debilitamiento.

Hay personas que tienen alterado o perturbado el orden o el estado de las cosas en sus vidas; incluyendo su estado físico, el que ya denota el proceso de perturbación, de debilitamiento.

Entonces, note que no se está describiendo un dolor cualquiera. No se refiere a un dolorcito de cabeza que le dio porque estuvo contrariado en esos días. No, es un proceso debilitante que termina con sus fuerzas, que le retira sus capacidades, que le revierte todo su potencial; y que además pervierte la capacidad, la fuerza, el orden y el estado de su situación de vida.

Y sucede que usted comienza a visitar doctores, y ellos no le encuentran nada que diagnosticar. ¿Y sabe qué? No le van a encontrar nada, porque usted lo que necesita es ser diagnosticado por la Palabra de Dios. Y usted necesita asegurarse de dos cosas: Una, recibir e internalizar de manera suficiente el perdón en su vida; como cualquier pecador que necesita internalizar el perdón de Dios. Y dos, usted necesita otorgar perdón a otras personas.

4.- Resolverá el deterioro de su condición espiritual y de su relación con Dios

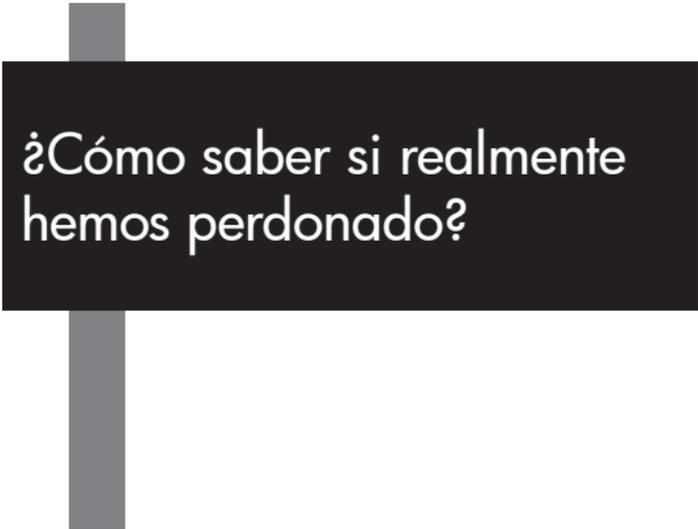
Volvamos a lo que se ha venido diciendo: *“Mientras guardé silencio, mis huesos se fueron consumiendo”*, esto es algo físico. *“En mi gemir de todo el día”*, esto es depresión, algo anímico. *“Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano”*, capacidad productiva mermada. Y a todo esto, el salmista añadió lo siguiente: *“Porque día y noche tu mano pesaba sobre mí”*.

¿A quién se estará refiriendo? Tiene que ser a Dios. Dice: *“Estoy enfermo, estoy deprimido, mi vida está estancada y no estoy produciendo nada, más bien voy en retroceso; y siento que día y noche, Señor, tu mano pesa sobre mí”*.

¡Qué espantoso es llevar un peso espiritual por dentro, que nos comunica la sensación de tener a Dios en contra!

Sentir que ese peso está allí dentro, con el permiso de Dios. Esto es cuando la persona siente que tiene a Dios, más en contra que a favor. Yo no sé de usted, pero yo alguna vez sentí tener a Dios más en contra que a favor. ¡Y fue la más grande agonía y el peso más grande!

Y es que usted puede lidiar con que alguien no le quiera. Usted puede lidiar con que alguien le haya decepcionado. Usted puede lidiar con que alguien profirió una mentira en su contra. Usted puede lidiar con que alguien intrigue en contra suya. Pero hay algo con lo que no puede lidiar: ¡No puede lidiar cuando la mano de Dios pesa sobre usted! Es un peso imposible de sobrellevar.



¿Cómo saber si realmente
hemos perdonado?

No vamos a ser usted y yo quienes vamos a definir qué es perdonar. Usted puede confeccionar su propio diseño de perdón o fabricar su propia concepción del perdón, pero ello no significa que haya perdonado.

Todo el tiempo me encuentro personas que dicen que han perdonado, pero sólo le echaron un poco de tierra encima al asunto o sólo pusieron el evento en un rincón oscuro de su vida. Es importante entender a cabalidad qué es perdonar y qué no lo es, y esa es la intención de esta segunda parte del libro, definir qué es y qué no es perdonar.

Mis primeras palabras al respecto son nada más el hacer eco a lo que muchos dicen, a lo que muchos piensan:

—Yo perdono, pero nunca olvido.

Y es una frase reiterada por nosotros. Con ella sólo estamos evidenciando que no tenemos la plena y cabal comprensión de lo que es perdonar. Usted no puede atreverse a vivir de esa manera, no puede atreverse a pensar tan equívoca y erróneamente. Es un absurdo cuando se trae a la luz de las Sagradas Escrituras.

La Palabra de Dios en el texto de Hebreos 8:12 dice así —es Dios hablando—: *“Yo les perdonaré sus iniquidades, y nunca más me acordaré de sus pecados”*.

Note el total contrasentido a lo que muchos dicen. Muchos dicen “yo perdono, pero nunca olvido”; pero Dios nos dice en este pasaje cómo Él perdona: perdonar tiene que ver con no acordarse más. Dios dice que Él perdona intrínsecamente, que Él perdona desde su interior, lo que tiene que ver con no acordarse más de esos eventos, con no

acordarse más de esas situaciones.

¿Qué está diciendo Dios cuando dice: *“perdonaré sus iniquidades, y nunca más me acordaré de sus pecados”*? Está diciendo que Dios ha decidido no estar recordándolo. Dios ha decidido no estar recolectando todo el tiempo con la intención de retribuir o de castigar.

Entonces, lo que nos está indicando ese texto es lo que perdonar significa en términos generales. Está diciendo que perdonar es la decisión voluntaria de ya no más recolectar las faltas ajenas. Así que, cuando usted todavía está coleccionando faltas, todavía no ha perdonado.

Cuando usted todavía lo vuelve a sacar y se lo restriega en la cara a la otra persona, significa que lo está coleccionando y que en verdad no lo ha perdonado; porque si usted perdona ya no es más un coleccionista de ofensas, ya no está recolectando con la intención de volver a castigar a la persona, ya no se acordará más.

¡Tome la decisión voluntaria! Eso no significa borrar sus recuerdos, no se trata de un lavado de cerebro; tiene que ver con la activación de la voluntad, usted habrá de decidir: “Ya no lo estaré recordando otra vez.” “Ya no lo volveré a sacar a colación cada tres meses, cada seis meses o cada dos años como asunto de conflicto”.

Significa perdonar, renunciar a estar recolectando ese recuerdo, ese mal evento, esa acción con que se le ofendió o se le agravió.

Falsos supuestos sobre el perdón

1.- Perdonar es premiar al ofensor

Muchas veces no perdonamos porque creemos que el perdón contribuye a la injusticia. "Quienes hicieron daño no merecen nuestro perdón", pensamos. Si perdonamos nos volverán a herir, se van a aprovechar de "nuestra nobleza".

El enojo por los daños y ofensas a veces no se ve mermado ni siquiera por el tiempo. Se puede estar enfurecido con los propios padres por sus errores durante la crianza, con quienes abusaron alguna vez de nuestra buena fe, y con esa cuñada que nos dijo "gorda o gordo" en la Navidad de hace diez años.

Guardamos la herida en el alma como un tesoro filoso, la sacamos en el recuerdo de vez en cuando y la miramos absortos como si fuera un álbum de fotos, una joya de exposición. Y, en ese momento, proyectamos otra vez en nuestra mente la película triste del episodio imperdonable y revivimos todo. El enojo del pasado se alimenta con grandes bocados de presente. Eso es el rencor.

Hay gente que me dice:

—¿Qué?! ¿Que yo tengo que perdonar a una persona que me hirió, me ofendió, y me agravió de muchas maneras?!

Déjeme decirle la verdad bíblica acerca de ese falso supuesto: Perdonar no es un premio al ofensor, es, por el contrario, un premio al bienestar de quien otorga el perdón.

Si usted perdona, el perdón será un premio para su propio bienestar. Es usted quién recibirá los beneficios del perdón. Así es que, ¡descarte ese falso supuesto acerca del perdón!

2.- Para perdonar, el ofensor tiene que estar arrepentido

Si usted espera que alguien por ahí en su vida se arrepienta para tener que perdonarle, ¿sabe cuándo le va a perdonar? ¡Nunca!

No es verdad esa idea de que para que usted perdona a alguien esa persona se tiene que arrepentir. ¡No es cierta esa idea! Tener que arrepentirse previo a ser perdonado sólo es aplicable cuando se trata de recibir el perdón divino.

Usted sí tiene que arrepentirse para que Dios le perdona; y si usted no se arrepiente, Dios no tiene porqué perdonarle y, de hecho, no lo va a hacer. Pero si se trata de que usted vaya a perdonar a otra persona, ella no necesariamente tiene que estar arrepentida, usted deberá decidir perdonarle sea que ella se arrepienta o no.

3.- Solo se puede perdonar, si se logra olvidar

—Déjeme Pastor, que pase el tiempo, que yo logre olvidar esto que me hicieron, y cuando lo logre entonces sí podré perdonar, —me dicen—.

Curiosamente es a la inversa, más bien, sólo logramos olvidar cuando estamos dispuestos a perdonar. Si usted pretende hacerlo al revés, no le va a funcionar. Si usted quiere primero olvidar y luego perdonar, no lo podrá lograr. Es a la inversa, se logra olvidar cuando en un acto de fe y en un acto de la voluntad, usted decide perdonar, aunque le molesta aunque le perturbe.

¿Cómo va a olvidar a alguien que le arruinó su vida entera o grandes tramos de ella, alguien que afectó largos años de su historia? No lo va a olvidar; quizás hasta en el día de su muerte lo recuerde. Por ello, para olvidar, el perdón va primero y quizás después se logre olvidar. Porque cuando usted perdona —en un acto de fe y obediencia a la Palabra de Dios—, entonces encuentra que comienza a sanarse por

dentro, y de paso puede olvidar.

4.- No tener que tratar al ofensor, vuelve innecesario perdonarlo

—Con tal de que ya no le vuelva a ver ya no hace falta que le perdone, total, esa persona ya salió de mi vida, ya no es parte de mi escenario cotidiano— piensan algunos.

Sea que ya no lo vuelva a ver, o que se haya ido a otro país, o ya no tenga trato con él. Idea equivocada. Aunque usted no vuelva a ver a esa persona, aunque no vea más a su ofensor, usted lleva ese peso consigo.

En la labor de consejería, enseñamos que en la vida emocional no hay espacio ni tiempo. ¿Qué significa? Que lo que afecta emocionalmente no responde a espacio ni tiempo; es decir, que si alguien le afectó aquí en esta ciudad, y esa persona o usted se van de ella, igual le seguirá doliendo, porque lo que afecta su vida emocional no responde a fronteras ni a espacios.

Si algo le afectó, aunque se vaya al otro lado del mundo le seguirá doliendo y le seguirá perturbando. Tampoco se somete al tiempo, porque si alguien le hirió hace diez años y no ha logrado superarlo, así pasen 20 años más, igual le seguirá doliendo, porque en la vida emocional no hay tiempo.

Por otro lado, es totalmente falso pensar que si esa persona salió de su escenario, ya no necesita perdonarla; deberá hacerlo, porque de lo contrario le seguirá afectando, no importa donde esté esa persona.

5.- Hay un momento en que ya es demasiado tarde para perdonar

Mientras haya vida, todavía hay tiempo para perdonar. He asistido a personas en el momento de su muerte —que dicho sea de paso, para mí traer a un ser humano a la vida o entregarlo a la eternidad son los dos actos más sublimes en

que podemos pensar—; y al asistirles en ese misterioso y a la vez supremamente extraordinario momento de la vida, tuve que ayudarles a perdonar en el último aliento.

A veces esto es característico de una persona en los últimos momentos de su vida; que no puede morir, le cuesta dejar esta vida, y es porque no ha logrado perdonar; y hay que ayudarle a perdonar, e insistirle a que perdone en el último momento de su vida.

¡No espere usted a llegar al momento final de su vida para perdonar! ¿Por qué esperar hasta llegar a ese momento? Al contrario, mientras haya vida siempre podrá y deberá aceptar que todavía es tiempo de perdonar.

6.- Hay ofensas tan graves que no merecen perdón

Hay quienes me han dicho:

—Pastor, se puede perdonar algunas cosas, pero hay otras que son imperdonables.

—Pues ¿sabe qué?, ino es así! Más bien, entre más grave la ofensa más se requiere perdón.

Yo encuentro en la Biblia que sólo hay un pecado imperdonable, uno sólo en toda la Biblia, y quien lo mencionó fue Jesucristo. Para asombro de sus oyentes, dijo que el único pecado que se califica como imperdonable por parte de Dios es la blasfemia contra el Espíritu Santo, que significa específicamente atribuirle al demonio cosas que hace Dios.

Lo dijo en el contexto de un milagro que acababa de realizar, y algunos dijeron que había hecho ese milagro por el poder del demonio, y ahí explicó que el único pecado imperdonable es blasfemar contra el Espíritu Santo. Así que —de paso— le exhorto a que cuide su boca cuando hace referencia a las cosas de Dios: Si no entiende algo, no lo vitupere ni lo denigre ni lo desmerezca; ¿sabe por qué?, porque frente a lo que uno no entiende mejor se calla.

Y en el contexto del perdón entre nosotros —los humanos—, no hay tal cosa como una ofensa grave que no

merezca perdón. Todo lo contrario, entre más grave sea la ofensa más se necesita la medicina, más se necesita el efecto terapéutico, redentor y salvífico del perdón.

7.- Perdonar es una muestra de debilidad

Algunos me dicen:

—Pastor, si yo perdono a esta persona se me van a encaramar —valga esta palabra tan burda—, y le estaré dando muestras de falta de carácter. Pues si yo corro a perdonar, doy muestras de debilidad.

—¿Sabe qué? ese es un pensamiento equivocado también. Perdonar es, por el contrario, una muestra de fortaleza espiritual. Los débiles no pueden perdonar, los enfermos no pueden perdonar, los pusilánimes no pueden perdonar, los que padecen de enanismo moral y espiritual no pueden perdonar. Sólo puede perdonar alguien que logra vencerse a sí mismo, que logra vencer sus dolores, sus corajes, sus resentimientos.

Así que no me diga que si perdona mostrará que tiene poco carácter, al contrario, si usted perdona es porque ha logrado madurar, ha logrado ponerse por encima de las pasiones humanas, ha logrado ponerse por encima de los eventos aflictivos de la vida.

Además de lo anterior, quiero seguir apilando más ideas acerca del perdón; y algo más que me parece muy importante es esclarecer “¿Qué no es perdonar?” y ¿Qué es perdonar?

¿Qué es el perdón?

El perdón tiene dos sentidos bíblicos: cuando Dios perdona a un hombre le levanta el castigo previsto por el pecado cometido. Y cuando un hombre perdona a otro, anula sus malos sentimientos respecto al que le ha ofendido.

Sin embargo, una decepción, una gran vejación o una traición son, a primera vista, difícilmente perdonables. Acto de valentía para algunos o de debilidad para otros, el perdón permite romper la relación de resentimiento y amargura que se había establecido entre nosotros y la persona a la que tanto apreciábamos pero que nos ha herido, voluntaria o involuntariamente.

Saber perdonar es, de este modo, pasar página ante una situación dolorosa, sin resentimiento. El perdón supone también aceptar el error del otro, pero también admitir que en algunos casos podemos tener parte de responsabilidad. En definitiva, ya no podemos odiar a esta persona, echándole la culpa únicamente a ella, y concluimos que sus actos caerán sobre su conciencia.

Saber perdonar requiere estar dotado de una gran tolerancia y una apertura de mente, para poder comprender el error del otro y aceptar que él o ella hayan podido hacernos sufrir.

¿Qué es perdonar desde la perspectiva bíblica?

1.- Perdonar es estar consciente de que hay una deuda

El hecho de que alguien deba ser perdonado, tiene que ver con una deuda que la persona acumuló. En este caso no es una deuda material sino una deuda de carácter moral, pero una deuda a fin de cuentas.

Por ello no funciona justificar, no funciona disculpar, no funciona evadir, no funciona aprobar, no funciona tomar parte de la culpa; no funciona nada de eso, si es que usted va a perdonar. Si usted se dedica a disculpar al otro, a tratar de justificarle, o se dice “voy a tratar de entenderle”, no funcionará.

Usted no tiene que entenderle, sólo estar consciente de que esa persona tiene una deuda con usted. Así que llame las cosas por su nombre; no las llame como no son sólo para tratar de resolver la situación. Se llama una deuda moral, lo que esta persona tiene con usted.

2.- Perdonar es estar consciente de que se trata de una deuda impagable de parte del deudor

Métase en la cabeza y en el corazón esto: Esa persona, así se ponga de rodillas y llore o se dé contra una pared, no le puede pagar. Se llama perdón por eso, porque no es sólo una deuda, es una deuda impagable.

Esto significa que todo el dolor que usted pasó, todo lo que emocionalmente sangró, toda la decepción que vivió, toda la angustia y aflicción que experimentó, es algo que esa

persona no se lo puede pagar. Admítalo, entiéndalo; así esa persona se tire bajo las llantas de un carro, no se lo puede pagar. Si le dice que no lo vuelve a hacer, con eso no se lo puede pagar. Si se humilla y viene a suplicarle que le dé una oportunidad, usted puede darle una oportunidad, pero ello no significa que se lo puede pagar.

Nada de lo que su ofensor haga, ahorrará las lágrimas que alguna vez usted derramó, ni el rompimiento de corazón ni la decepción ni la angustia que experimentó; no importa lo que haga, no lo puede pagar.

El mal que alguien le hizo, sencillamente, es impagable. No hay nada que pueda hacer el ofensor que pueda borrar las marcas de la ofensa; por eso se llama perdonar —a diferencia de justificación, excusa o cualquier otro tratamiento—. Se llama perdón porque se trata de una deuda, y porque se trata de una deuda impagable por parte del deudor.

3.- Perdonar es tratar al deudor con misericordia

No puede haber perdón si no interviene la misericordia; y ya que quien hiere no puede pagar, entonces tiene que intervenir una virtud, un don que procede del Cielo; tiene que intervenir la misericordia.

Usted no perdona a su ofensor porque él le prometió que se portará bien. Usted no le perdona porque él le dijo que va a mejorar. Usted no le perdona porque él se humilló. Le perdona porque “algo” se activa dentro de usted, un “algo” que se llama misericordia.

Me gusta la raíz latina del término misericordia, “miseres” – misericordia, “cardio” – corazón. Significa que cuando usted aplica misericordia a una persona, pone las miserias de ella en su corazón, y se compadece de esa persona.

De ahí que perdonar, es tratar al deudor con misericordia. ¿Qué es la misericordia? La misericordia es el atributo divino en cuya virtud se perdonan las miserias y los pecados humanos. La misericordia es un don que Dios nos da en

un momento de crisis en nuestra vida. La misericordia no es algo que extraemos al hurgar en nuestro corazón, la misericordia es algo que se busca allá arriba, en el Cielo.

Hay algo en usted que se llama justicia. Y usted, en su justicia, siente que alguien que le hizo mal necesita una retribución, necesita un castigo; pero cuando usted supera su propio sentido de justicia y entra en la nueva dimensión de la misericordia, entonces, ese atributo divino le alcanza, se anida en su corazón. Y desde allí, a manera de virtud divina, es posible perdonar los pecados y miserias de aquella persona. Y no importa lo que esa persona le haya hecho, ni cuán agudo haya sido el dolor, usted puede perdonarla.

Y añadiéndole a lo anterior, misericordia es conceder un favor que la otra persona no merece; es conceder un favor inmerecido. Nunca nadie va a merecer el perdón; pero se perdona a pesar de eso, por eso se llama perdón. Se perdona en un acto de misericordia, se perdona en una decisión de la voluntad.

4.- Perdonar es condonar la deuda

¿Sobre qué base condonar una deuda? se preguntará usted. Se perdona o se condona esa deuda moral sobre la base de nuestra propia deuda moral. Y es que usted también debe, usted también tiene deudas. Aquí cito el Padre Nuestro: *“Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”*. El corazón del Padre Nuestro le dice que usted tiene deudas que necesitan ser condonadas, que usted necesita que Dios le perdone errores y pecados que ha cometido; que usted necesita que Dios le perdone deslices, mentiras, engaños, intrigas y cualquier forma de maldad que alguna vez usted practicó.

Usted necesita que Alguien Superior —Dios— le condone sus deudas; y con base en ello y en obediencia a la Palabra, perdonar a aquel que tenga una deuda moral con usted. Sólo un hipócrita diría que no tiene deuda moral. No hay ningún ser humano en todo el planeta, en ninguna época,

cultura o escenario, que no haya acumulado deuda moral con el Cielo.

Todos tenemos deuda moral, y en nombre de nuestra propia, particular e individual deuda moral, perdonamos y condonamos a quien tenga deuda con nosotros.

5.-Perdonar es dejar ir libre al deudor

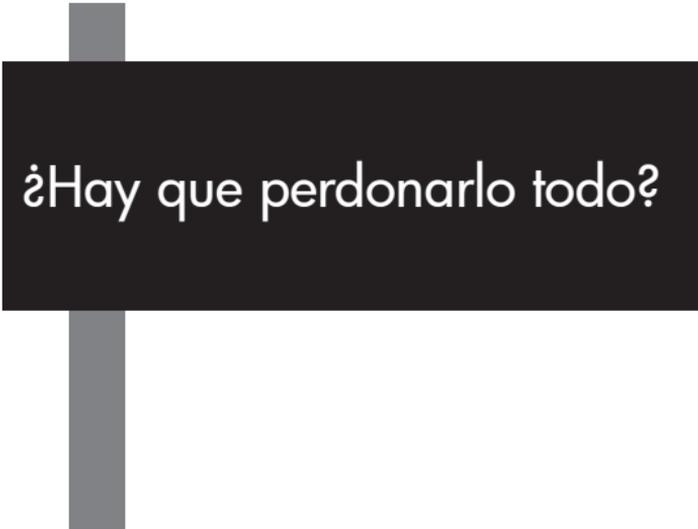
Usted no puede intentar perdonar una deuda moral con alguien sin implicar esto último, soltarlo, dejarlo en libertad, dejarlo ir. Y eso sólo lo conseguirá sobre sus rodillas; eso no lo conseguirá sacando un pañuelo para secar sus lágrimas, eso sólo lo conseguirá luchando con usted mismo.

Cuando yo, por fin logré dejar ir a personas que me hicieron daño alguna vez, lo hice después de clamar, de gemir, de llorar; después de decirle a Dios que era injusto, que lo que sentía era coraje, que lo que sentía era rencor. Pero cuando fui venciendo y conquistando todo esos reclamos del alma, entonces llegó el momento en que dije:

—Señor, yo dejo ir libre a esta persona, en mi corazón.

Usted sabe que ha logrado soltarle, cuando esa persona pasa por enfrente y la puede saludar como si nada hubiese pasado. Cuando alguien le habla de esa persona, ya no la critica ni habla en contra de ella. Eso es señal de que ya logró soltarle, que ya le dejó en completa libertad, en su corazón.

Así que, ¡ya deje de regar la plantita de la falta de perdón! Todo el coraje que tiene contra esa persona, y toda la crítica que hace a esa persona en su corazón, ¡ya déjelos morir!



¿Hay que perdonarlo todo?

La noción del perdón no depende forzosamente del acto. No se trata aquí de decir lo que hay que perdonar o no, sino de entender lo que se es capaz de perdonar. Todo es una cuestión de la percepción que se tenga de la realidad y de nuestra propia definición de perdón.

La Biblia recuerda sin cesar que hay que aprender a perdonar, sin negar, sin embargo, la dificultad de este acto.

Hay ocasiones en que uno dice no a perdonar, porque la molestia es tan grande, ¿no es cierto? Hay veces que uno dice no, porque el dolor de la ofensa todavía es muy intenso y la lastimadura está viva aún. Y cuando la experiencia sigue perturbando, cuando algo todavía dentro nuestro está demasiado sensible, es difícil perdonar.

Entonces entramos en esa negativa a perdonar, que en algunos casos es una negativa directa, la persona dice:

—No lo voy a hacer.

Pero en otros casos es una negativa tácita o implícita, no es que la persona diga no perdonar, pero, igual, no está perdonando.

La Carta de Santiago dice así: *“La oración de fe sanará al enfermo y el Señor lo levantará. Y si ha pecado, su pecado se le perdonará. Por eso, confiésense unos a otros sus pecados, y oren unos por otros, para que sean sanados. La oración del justo es poderosa y eficaz”* (5:15-16, NVI).

Note usted que se habla de enfermedad, se habla de salud y de ser levantado de la enfermedad, y se involucra el perdón; y se insiste en que habrá perdón, habrá sanidad, en que la persona será levantada, y aun su pecado —si lo

hubiere cometido— le será perdonando.

Note que hay una estrecha conexión entre el perdón, la enfermedad y la salud. Este texto dice que la oración puede sanar a un enfermo; y que si se ora por los enfermos, el Señor —porque sólo Él puede hacer una sanidad milagrosa— le levantará. Note también la conexión existente: Dice que si hubiese el componente “pecado”, que hace que la gente esté en condición de “enfermedad”; y si a la persona se le administra y recibe “perdón”, entonces habrá “sanidad”.

Es una estrecha conexión con la enfermedad o con la salud dependiendo de cómo se esté administrando ese perdón. Dicho de otra manera, lo que el texto nos dice es que el perdón libera un poder maravilloso que provoca sanidad en nuestros cuerpos. El perdón es como un botón que activa procesos de sanidad. ¡Cuántas personas enfermas he atendido yo! Y se ora por ellos, se ayuna, se reprende al maligno y no se sanan.

¿Por qué algunos no reciben sanidad?

Pueda que éste sea un denominador común de personas que no se sanan: todavía hay algo que no está bien en sus corazones, todavía no superan ciertas experiencias, ciertos hechos acontecidos, aún no superan ciertas relaciones que les causaron dolor y trauma; y al no poder superar esas condiciones por medio del perdón, están provocando que su mal dure indefinidamente. Puede ser que nunca se sanen, puede ser que les entierren de esa condición, y será porque no lograron nunca establecer un correcto y saludable vínculo con el perdón.

El perdón, entonces, no es un tema novelesco, es una necesidad absoluta de todos los seres humanos. En esto del perdón, no se trata de quién es santo o quién es pecador, sino de que todos los seres humanos necesitamos perdonar, y perdonamos para que venga un efecto de beneficio para nuestras mentes, para nuestros cuerpos, para nuestras emociones y para nuestro espíritu. Incluso, hay suficiente base en las Escrituras para afirmar que hay personas que tendrán una pobreza constante y no lograrán el éxito en la

vida, precisamente porque están atadas todavía con la falta de perdón.

¿Por qué perdonar?

¿Qué pasa cuando —por una razón u otra o por una explicación u otra— no estamos dispuestos a activar el perdón en nuestra vida? La respuesta a esta interrogante es lo que nos ocupará en el resto de este libro: los efectos y las consecuencias de la negativa a perdonar.

Pues bien, comencemos leyendo una porción de las Escrituras en el evangelio según San Mateo: *“Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!”, le exigió. Su compañero se postró delante de él. “Ten paciencia conmigo —le rogó—, y te lo pagaré”. Pero él se negó. Más bien fue y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! —le increpó—. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía. Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano”* (Mateo 18:28-35, NVI).

Note usted esta faceta de Dios —que muchas veces resistimos porque acuñamos ideas erróneas acerca de Él— Y es que nos gusta pensar en un Dios como un viejecillo de barba blanca, un viejecillo que ya no se disgusta y que es

total paciencia; nos gusta pensar en un Dios a manera de “Santa Claus”, que solamente se relaciona con nosotros para traernos regalos en fechas especiales.

Note usted esa faceta del Padre Celestial con relación al perdón: *“Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano”*. Debemos darnos cuenta, entonces, de que Dios interviene para tratar nuestra vida cuando no honramos su Palabra, cuando no acatamos sus mandamientos.

¿Qué nos muestra el pasaje de las Escrituras como efectos y consecuencias de la negativa o resistencia a perdonar?

Veamos lo que produce resistirse a perdonar:

Exige un alto precio de aflicción y tormento

Si usted se niega a perdonar —y puede dar las razones que quiera, y puede hablar de la injusticia y maldad de la otra persona, y puede decir todo lo que quiera como forma de justificar su negativa a perdonar—, eso le traerá un alto precio de aflicción y tormento.

El pasaje dice que el señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran. La versión Reina Valera dice que lo entregó a los “verdugos”.

Note lo que le pasa a la persona que se niega a perdonar: va a pagar un precio de aflicción, de tormento, de dolor.

Hay personas en un estado crónico de fatiga se preguntan: —¿Qué es lo que me pasa?

Dicen:

—Me siento enfermo, voy a los médicos y no me encuentran nada, me dicen que sólo se trata de un estrés que se ha agravado en mi persona.

Y es que no habrá diagnóstico de enfermedad, porque la causa no es física ni mental, es espiritual. Somos una entidad tridimensional o tripartita; el ser humano es espíritu, alma y cuerpo, y no se puede establecer una dicotomía o separación entre estas tres dimensiones. De ahí que, su mente afecta su cuerpo y su espíritu, porque usted es una sola entidad; su

cuerpo y su alma tienen la facultad de beneficiarse de un estado mental correcto, pero también trabaja a la inversa.

Entonces, cuando hablamos de falta de perdón nos referimos a una causa predominantemente espiritual que tiene un efecto físico, emocional y psicológico en la persona.

Y ese proceso de fatiga, de aflicción y —literalmente— de tortura, ¿será que alguien se lo provoca? ¡Nadie! Usted se lo causa a sí mismo cuando se niega a perdonar, cuando dice:

—¡No!, no estoy dispuesto a perdonar. Es que lo que me han hecho es muy grave.

Con ello, lo que usted hace es dictarle sentencia a su propia condición, a su cuerpo, a su mente, al estado de su persona integral: Aflicción y tormento. Y todo lo suyo se verá afectado por ello.

Pregunto,

—¿Sugiere algún tipo de actividad demoníaca como resultado, la negativa a perdonar?

—Parece que sí.

El texto bíblico no dice que usted se va a sentir un poco mal, no dice que tendrá algún problema de orden cotidiano; dice que si usted no perdona, será entregado a los torturadores y que el proceso de angustia, de tormento, de aflicción y de fatiga se activará con su negativa a perdonar.

Yo miré a mi madre consumirse en su falta de perdón para con mi padre; y ella vivió así por largos años, y sus enfermedades estaban a la orden del día. Durante años ella acumuló un gran resentimiento contra mi padre, él falleció y ella quedó todavía angustiada porque estaba sumamente resentida. Le tomó muchos años aprender a perdonar con la ayuda de Dios. Pero lo hizo. Ahora ella tiene un estado de salud extraordinario, conversa de lo que sea, tiene una lucidez y una capacidad intelectual extraordinarias; ahora tiene un estado de salud inmejorable; tiene noventa y tantos años, y tiene una condición de salud superior a cuando ella estaba en sus treintas. Pero ese estado de salud ella lo activó en el camino, cuando estuvo dispuesta a perdonar.

No sé si notó en la lectura del pasaje, que dice que su señor

“lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía”. O sea que usted, al negarse a perdonar a su ofensor es entregado a una verdadera tortura que le exige devolver todo lo que usted le debe a Dios.

¿Es negocio no perdonar? ¡Claro que no lo es!; no es inteligente, no es aconsejable, es más bien un auto-sabotaje.

¡Decídase a perdonar!; ya deje de hacerle un monumento a lo que pasó, deje de hacerle un gran altar a lo que le hicieron. ¡Perdone!; porque de lo contrario ese proceso va a revertirse sobre usted, se va a descargar sobre usted y terminará pagando una penosa y alta factura de aflicción y tormento.

Y volviendo a la frase *“hasta que pagara todo lo que debía”*, ¿sabe qué significa? Significa que la cuenta que ya había sido condonada se volvió a activar; la cuenta que a él ya le había sido perdonada se volvió a actualizar. Al siervo del relato bíblico ya le habían perdonado una deuda, pero cuando le tocó el turno de perdonar a alguien y no estuvo dispuesto, entonces su señor mandó que le hicieran un cargo a su saldo, y su deuda volvió a activarse. Se lo habían condonado, se lo habían perdonado, pero quedó otra vez en deuda. Y tendrá que pagarla con aflicción y tormento enormes.

Agravia al Espíritu Santo y corrompe la vida interior de la persona

O sea, que cuando usted se resiste a perdonar comienza a meterse con Dios. Su pleito entra en la esfera del pleito con Dios, al agravio a Dios; y no sólo eso, además se activa un proceso de corrupción en su mundo espiritual, un proceso de desarreglo donde su vida interior se va corrompiendo.

Acompáñeme en la lectura un pasaje en la Carta a los Efesios. Es Pablo quien exhorta diciendo: *“No agravien al Espíritu Santo de Dios, con el cual fueron sellados para el día de la redención. Abandonen toda amargura, ira y enojo, gritos y calumnias, y toda forma de malicia. Más bien, sean*

bondadosos y compasivos unos con otros, y perdónense mutuamente, así como Dios los perdonó a ustedes en Cristo” (Efesios 4:30-32).

Básicamente hay tres niveles en este pasaje. Primero, habla de un agravio al Espíritu de Dios; segundo, describe un proceso de descomposición interna, la persona amargándose, dejándose llevar cada vez más por la ira y el enojo cae en desgobierno de su conducta —grita, calumnia, cae en celotipias y sospechas—; y tercero, habla del tema del perdón.

Note la interconexión que hay entre el agravio al Espíritu de Dios y el proceso de deterioro espiritual de la persona. Es decir, que usted comienza a ser “otra persona”, su ser integral comienza a arruinarse; antes no era una persona amargada, ahora sí; antes no se enojaba tanto, ahora se enoja por todo; ahora hasta grita, le habla mal a la gente y hasta puede calumniar a otros diciendo algo que no es verdad; ahora cae en formas de malicia y celotipias, todo ello por causa de la falta de perdón.

De ahí que, de la manera cómo usted responda a la admonición bíblica de ser bondadoso y compasivo con otros y de perdonar a los demás, tiene una incidencia sobre su relación con el Espíritu Santo, sobre cómo el Espíritu Santo ve su vida y valora sus actos; tiene una incidencia sobre su condición espiritual, sobre mi condición interior de mente y alma.

Usted agravia al Espíritu Santo, y cae en amargura y en deterioro espiritual. ¿Y cómo lo resuelve? ¿Cómo evita meterse con Dios, cómo evita ofender o agraviar al Espíritu Santo? ¿Cómo evita un proceso de corrupción en su persona? El perdón es el factor determinante en resolverlo.

No se usted, pero yo no quisiera meterme con Dios, yo no quisiera armar una bronca con el Señor. Yo no sé cómo interpreta usted su historia de vida —sus hechos, sus actitudes—, pero yo procuro hacerlo a la luz de la verdad de la Palabra.

Alguna vez Dios estuvo enojado conmigo, y sentí la

censura superlativa y mayúscula por parte del Espíritu Santo para con mi persona. Y, ¿sabe qué?, no se lo deseo a nadie. Prefiero batallar contra el maligno, prefiero batallas de otra índole, prefiero luchas intestinas con mi persona interior, prefiero pelear contra las circunstancias de la vida; pero alterar la paz con Dios, afectar mi relación con Dios, ofender a mi Señor, agraviar al Espíritu Santo de Dios ¡No se lo deseo a nadie!

Mi consejo para usted a la luz de este pasaje, es el siguiente: Debe notar la vinculación entre el perdón, el agraviar al Espíritu Santo y la descomposición interior manifestada en amargura, ira gritería, maledicencia y malicia.

Debe notar también, cuán cerca están esos aspectos unos de otros y cuán estrecha es la interacción entre ellos. Y nunca debe olvidar que la negativa a perdonar va a determinar el agravio al Espíritu Santo y el deterioro espiritual de su vida.

Abre las puertas al control de Satanás

Cuando usted se resiste a perdonar le entrega la llave de su vida a Satanás, y él va a abrir la puerta y va a entrar y a salir tantas veces como quiera. En su carta de los corintios San Pablo nos advierte acerca de este peligro. Dice así: *“A quien ustedes perdonen, yo también lo perdono. De hecho, si había algo que perdonar, lo he perdonado por consideración a ustedes en presencia de Cristo, para que Satanás no se aproveche de nosotros, pues no ignoramos sus artimañas”*(2 Corintios 2:10-11, NVI).

De nuevo note en este texto la conexión entre el perdón y el hecho de que Satanás tenga o no entrada a nuestra vida; la conexión entre el perdón y el hecho de que Satanás gane oportunidad para introducirse en nuestra vida y en nuestros asuntos.

El perdón le cierra la puerta a Satanás; y ante la negativa a perdonar se le abre la puerta de par en par, y él va a entrar y comenzará a actuar en todas las áreas de nuestra vida. Se va a meter en nuestra vida familiar, afectará nuestra

paz y tranquilidad, le hará un agujero a la bolsa de nuestro dinero, y pasarán muchas cosas más que tienen que ver con la actividad del maligno contra nuestra vida.

El texto está diciendo, entonces, que cada negativa a perdonar es una oportunidad que se le concede a Satanás para que controle nuestra vida. De ahí que, usted le está diciendo un sí a Satanás cuando se niega a perdonar, y esa puede ser la peor decisión que usted puede tomar con relación a la ofensa que alguien cometió contra usted.

San Pablo también nos aclara que cuando decidimos perdonar, lo hacemos porque no ignoramos las artimañas de Satanás. ¡Qué interesante! Si usted ignora sus artimañas, se niega a perdonar; pero si no ignora sus artimañas, ¡corre a perdonar!, porque sabe que así no le da ninguna oportunidad a Satanás de sacar provecho en contra nuestra.

Preguntemonos: ¿Alguno de nosotros querrá la maquinaria de Satanás obrando en su vida? No tiene sentido dejar que él introduzca toda su artillería, toda su maquinaria, todos sus artefactos para hacernos daño. No creo que ni usted ni yo queremos los artefactos de Satanás, las maquinarias del maligno, operando en nuestros asuntos. Y como no queremos nada de eso, entonces hay que perdonar, ¡así de simple!

Por eso, perdonar no es regalarle algo al que nos ha hecho mal, perdonar es regalarnos algo a nosotros mismos. El regalo no es para el que es perdonado, es para el que perdona; y parte de su regalo es cerrar la puerta con llave para que Satanás no logre entrar.

Bloquea la relación con Dios

No importa cuánto ore usted ni cuán sinceramente lo haga, ante la negativa a perdonar se bloquea su relación con Dios. Quiero citar para usted las palabras de Jesucristo tomadas de la oración modelo, el Padre Nuestro. Dice San Mateo: *“Porque si perdonan a otros sus ofensas, también los perdonará a ustedes su Padre celestial. Pero si no perdonan a*

otros sus ofensas, tampoco su Padre les perdonará a ustedes las suyas” (Mateo 6:14-15, NVI).

¡Qué interesante! Usted puede atar a Dios. Él le puede perdonar, Él le quiere perdonar, pero dice que no lo hará. Y es que la negativa a perdonar bloquea su relación con Dios; es como si Le atara, y Él no puede hacer nada a favor suyo. Hay personas que dicen:

—Yo no sé qué pasa, oro y no siento nada. Comienzo a orar y siento que Dios está distante. Siento que mis oraciones no pasan del techo; siento que Dios no me habla, no me contesta.

¿Será que hay algún vínculo entre esto y el hecho de no adoptar el perdón como un estilo de vida?

Buenas razones para perdonar:

Saber perdonar puede ser un acto muy egoísta, que se hace por uno mismo, para sentirse más tranquilo y feliz. Es de sobra sabido que el odio o la voluntad de venganza ejercen sobre la mente un rechazo sobre los recuerdos y, por ello a la larga, una cierta fatiga moral.

Saber perdonar, también es perdonarse a uno mismo y salir de una especie de crispación para afrontar tu destino. Perdonar permite aliviar el corazón, volver a un estado de libertad y a una especie de autonomía con respecto al pasado.

En algunos casos, el perdón puede conducir a ciertas reconciliaciones. A veces es posible restablecer los vínculos, cuando los acontecimientos se juzgan con un poco de perspectiva. Cuando se trata de amor y de engaños, a veces se puede perdonar, pero es más difícil la reconciliación. El perdón nos ayuda a tomar conciencia de que no sirve de nada reprochar a un ex las causas del fracaso de la relación, y lo más conveniente es actuar para pasar cuanto antes a otra cosa.

Una última palabra con relación al perdón

El perdón no debe ser un acto en un momento de crisis en su vida, el perdón debe ser su manera de vivir, su estilo de vida.

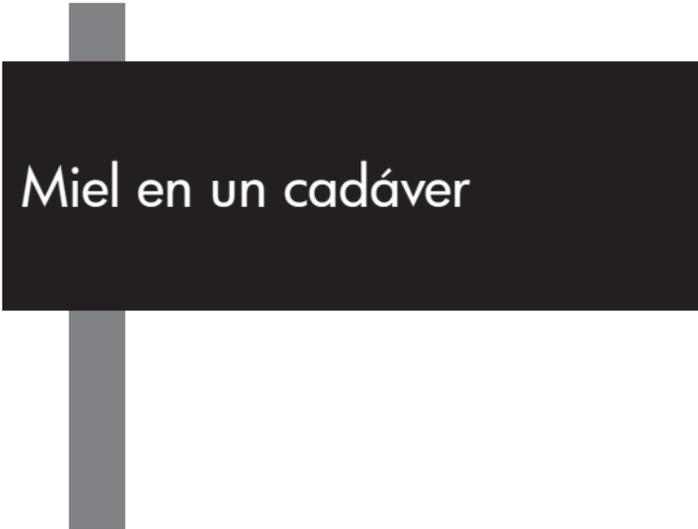
Nunca olvide que todos ofendemos todo el tiempo y todos somos ofendidos de una u otra manera, incluido usted. De ahí que usted necesitará perdonar todos los días; desde el perdón al desconocido que se metió con su automóvil de manera irrespetuosa generando riesgos para usted y su vehículo, hasta el perdón por una ofensa de mayor significancia y magnitud.

Así que, ¡adapte el perdón como una manera de vivir, como un estilo de vida! Perdona a todo el que le ofenda y reciba el perdón que otros le otorgan. Que ésta sea su actitud de vida, que sea su manera de resolver diferencias y ofensas.

Cinco

extrañas

lecciones



Miel en un cadáver

Con la lectura de un pasaje en el libro de Jueces, quiero comenzar una reflexión en la cual pretendo conducirlo a lo largo de este capítulo.

En Jueces 14: 5-9; se lee: *“Y Sansón descendió con su padre y con su madre a Timnat; y cuando llegaron a las viñas de Timnat, he aquí un león joven que venía rugiendo hacia él. Y el Espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano; y no declaró ni a su padre ni a su madre lo que había hecho... Y volviendo después de algunos días, se apartó del camino para ver el cuerpo muerto del león; y he aquí que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas, y un panal de miel. Y tomándolo en sus manos, se fue comiéndolo por el camino; y cuando alcanzó a su padre y a su madre, les dio también a ellos que comiesen”*.

Reitero de esta lectura la porción: *“...y he aquí que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas, y un panal de miel...”* Nada más contradictorio que encontrar en un cuerpo muerto, y ya descompuesto, la porción de algo que puede más bien alegrar y sostener la vida: Un panal de miel.

Pero así es la vida en Dios, un misterio. Y muchas veces, del cadáver mal oliente y putrefacto de nuestras peores situaciones o experiencias, Dios se encarga de ofrecernos esa miel que procede de Su maravilloso corazón.

Piense por un momento en las circunstancias más dolorosas por las cuales le está tocando pasar; quizá situaciones penosas en el contexto de su familia, en el trabajo, en las finanzas, o en cualquier otro ámbito de su vida; algo

que quizá duela mucho. Pero, permítame comunicarle esperanza a través de la lectura de este capítulo. Quiero animarle a creer lo que la Biblia enseña en este pasaje: ¡Que sí es posible encontrar miel en un cadáver!

Porque, ciertamente, sí es posible encontrar miel en algo que está destruido; es posible encontrar miel en lo que aparentemente ya no tiene esperanza; es posible encontrarla en una situación que trae no sólo pena, sino también vergüenza; o encontrarla en la peor derrota o el peor fracaso.

Y de la misma manera en que Dios sustentó a Sansón, llevándole de vuelta al león muerto, para que viera el enjambre y el panal de miel, y metiera su mano en el cadáver, y tomara miel para comer él y sus padres; así también, Dios puede llevarle a encontrar miel, en el cadáver de aquello que ha perdido o le ha salido mal.

¿Qué hay en un cadáver? Hedor, putrefacción, gusanos; algo que a la vista resultaría grotesco; provocaría quizás el vómito al más templado. Pero Sansón mete su mano en aquellos despojos mal olientes y repugnantes, y encuentra la exquisita provisión de Dios. ¡Y come del panal que encuentra! Come de aquella miel deliciosa; y alcanza a su padre y a su madre, y da a ellos una parte.

Dios había dado la provisión; no sólo para él, sino también para sus padres. El padre y la madre, son siempre figura de seres muy queridos... ¡Pues también para sustento de nuestros seres queridos, Dios permitirá que vayamos, y saquemos miel del cadáver!

Y es porque Dios es bueno; suficientemente bueno y fiel para con sus hijos, al grado, de no sólo proveer para ellos, sino también para quienes son parte de sus afectos. Esto me recuerda la promesa, así de incluyente, que dice: *“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”* (Hechos 16:31).

Quiero presentarle un ejemplo en la Biblia, de alguien que encontró, y se atrevió a sacar miel de un cadáver. Se trata de José.

En Génesis 39, se lee lo siguiente: *“Llevado, pues, José a Egipto, Potifar oficial de Faraón, capitán de la guardia, varón egipcio, lo compró de los ismaelitas que lo habían llevado allá. Más Jehová estaba con José, y fue varón próspero; y estaba en la casa de su amo el egipcio. Y vio su amo que Jehová estaba con él, y que todo lo que él hacía, Jehová lo hacía prosperar en su mano. Así halló José gracia en sus ojos, y le servía; y él le hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía”.*

“Y aconteció que desde cuando le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, así en casa como en el campo. Y dejó todo lo que tenía en mano de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía. Y era José de hermoso semblante y bella presencia”.

“Aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y dijo: Duerme conmigo. Y él no quiso, y dijo a la mujer de su amo: He aquí que mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mi mano todo lo que tiene. No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer; ¿cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios? Hablando ella a José cada día, y no escuchándola él para acostarse al lado de ella, para estar con ella, aconteció que entró él un día en casa para hacer su oficio, y no había nadie de los de la casa allí. Y ella lo asió por su ropa, diciendo: Duerme conmigo. Entonces, él dejó su ropa en las manos de ella, y huyó y salió. Cuando vio ella que le había dejado su ropa en sus manos, y había huido fuera, llamó a los de casa, y les habló diciendo: Mirad, nos ha traído un hebreo para que hiciese burla de nosotros. Vino él a mí para dormir conmigo, y yo di grandes voces; y viendo que yo alzaba la voz y gritaba, dejó junto a mí su ropa, y huyó y salió. Y ella puso junto a sí la ropa de José, hasta que vino su señor a su casa. Entonces le habló ella las mismas palabras, diciendo: El siervo hebreo que nos trajiste, vino a mí para

deshonrarme. Y cuando yo alcé mi voz y grité, el dejó su ropa junto a mí y huyó fuera. Y sucedió que cuando oyó el amo de José las palabras que su mujer le hablaba, diciendo: Así me ha tratado tu siervo, se encendió su furor. Y tomó su amo a José, y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey, y estuvo allí en la cárcel”.

“Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel. Y el jefe de la cárcel entregó en mano de José el cuidado de todos los presos que había en aquella prisión; todo lo que se hacía allí, él lo hacía. No necesitaba atender el jefe de la cárcel cosa alguna de las que estaban al cuidado de José, porque Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba”.

¿Sabe qué ejemplo es éste? El ejemplo de alguien que encuentra miel en un cadáver.

José llega a Egipto. Dios lo bendice, le da un buen trabajo. Pasa, de ser esclavo, a ser el hombre de confianza en la casa de Potifar. Sin embargo, luego de aquel aparente éxito, al haberse convertido en mayordomo de la casa, cayó en desgracia. La situación no fue fácil; se le hacen serias acusaciones; de éstas que deshonran la espiritualidad, la moralidad, la decencia y la integridad de una persona. Todo, desde su nombre hasta lo que hacía, desde la cabeza hasta los pies, todo fue deshonrado. Y no tuvo cómo probar que las acusaciones eran falsas; porque en su huida, sus mismas ropas quedaron como pruebas falsas, de lo que en su contra se decía... Y fue a parar a la cárcel.

Así es la vida. Y así sucede con nosotros. Dios no ha suscrito con los seres humanos un contrato en el cual se compromete a solamente darnos experiencias gratas. Si la vida cristiana consistiera en que “todo nos salga bien”; entonces, no cabrían las personas en los templos.

Pero no; la vida cristiana no consiste sólo de experiencias gratas. Y no se trata de quién tenga la culpa o sea responsable de lo que nos pasa; sino, que en esta vida, hay ese vaivén; esos altibajos, en los cuales las circunstancias que hoy nos sonrían, mañana, pueden ser adversas. No en vano dijo

Jesucristo: *“En el mundo tendréis aflicción...”* (Juan 16:33b).

Volvamos al pasaje que sirve de base a esta reflexión, y pongamos nuestra atención en la reacción de José: En primer lugar, José no se quejó de Dios ni de su suerte. Cualquiera, en una situación similar, reniega de Dios; cualquiera, en tales circunstancias, se hastía de la vida, y acaba renegando de su suerte. Pero no así José, quien tipifica a Jesucristo con su conducta, pues al igual que el Señor ante sus acusadores, *“enmudeció y no abrió su boca”*. José no se defendió, ni justificó en absoluto; no se quejó de Dios ni de su suerte, y fue a dar a la cárcel. Pareció, de momento, que todo se acababa para él.

En segundo lugar, José no permitió que el resentimiento y la amargura dominaran su corazón. Por lo general, cuando las cosas nos salen mal, “algo” comienza a descomponerse en nuestro corazón, así como surgen los gusanos en la putrefacción, aparecen el resentimiento y la amargura; y acaban por contaminar totalmente a la persona, haciéndola enfermarse por dentro hasta acabarla. Pero José no permitió que el resentimiento y la amargura se albergaran en su corazón o llegaran a dominarlo.

Y en tercer lugar, José no se permitió endurecer su corazón. Cuando a algunas personas les toca sufrir o se enfrentan a la adversidad, con facilidad acaban diciendo:

—Ahora ya no creo en nada ni en nadie, de ahora en adelante me volveré un hombre malo, insensible, y no me dejaré conmovir por nada.

—A partir de ahora me haré una mujer dura, para que nunca, nadie, me vuelva a hacer daño, Ahora no creo en las iglesias, ni en los hermanos.

Es la natural reacción humana; sin embargo, José no se permitió tornarse un hombre malo por lo que le había sucedido. Usted, al igual que José, cuando algo le salga mal, cuando algo se rompa ante sus ojos y se acabe, no se permita convertirse en una persona dura y mala por causa de lo malo que le haya sucedido.

Recordemos siempre el ejemplo maravilloso de José en

Egipto, como el ejemplo de alguien que encontró miel en el cadáver de su fracaso personal. Y que a pesar de todo el sufrimiento y la adversidad que le sobrevino, no se quejó de Dios ni de su suerte, no se permitió amargura y resentimiento en su corazón, ni se tornó en un hombre malo y vengativo, por razón de todo el mal que le había acontecido.

Ahora bien, ya no hablemos de José, ahora hablemos de ti y de mí. ¿Cómo podemos nosotros hoy, al igual que Sansón y José hace tantos años, encontrar miel en el cadáver de nuestras malas experiencias de vida?

¿Cómo extraer miel de un cadáver?

En las enseñanzas de Pablo, encontramos respuesta a esta interrogante. En la Primera Carta a los Tesalonicenses, 5: 15 se lee : *“Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos. Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal”*.

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará”.

¡Maravillosa porción de las Escrituras en la cual encontramos respuesta a la pregunta que nos hemos hecho! Veamos entonces, ¿cómo podemos extraer miel del cadáver de nuestro fracaso, dolor o desdicha?

1.- Pablo nos dice: **“No deben devolver el mal recibido, sino, seguir lo bueno para con todos”**

Nunca se devuelve la piedra; ¡nunca! Nunca se devuelve la mala expresión, nunca se devuelve la palabra de crítica, nunca se devuelve la palabra de acusación.

Dice Pablo: *“Mirad que ninguno pague a otro mal por mal”*.

Y yo le digo:

—La palabra “ninguno” no deja lugar a escapatorias.

Además, a veces queremos justificarnos en nuestro dolor, y argumentamos:

—Es que me hicieron daño, me hirieron, me afectaron, me dañaron. Es que me están acusando.

Sin embargo, el apóstol es categórico cuando dice: *“ninguno pague mal por mal”*; es un imperativo que no admite argumento, justificación, ni excusa; y es lo que debemos hacer.

Esto significa que no hay ninguna persona a la cual Dios va a permitir devolver mal por mal; sencillamente, no tenemos esa “libertad” en Dios, no tenemos ese “derecho” en Dios... ¡No importa cuán mal nos hayan tratado o cuánto daño nos hayan hecho!

2.- Pablo nos dice *“Estén siempre gozosos”*

Se lee en Primera de Tesalonicenses 16:5: *“Estad siempre gozosos”*... Estar siempre gozosos, ¡no es cosa fácil! Yo diría: Solamente por fe es posible estar siempre en el gozo del Señor.

En algunos momentos de mi vida, mi esposa Haydee ha tenido que luchar conmigo, recordándome este mandamiento para levantarme el ánimo. Yo soy un hombre fuerte, créeme; soy templado, así me hicieron desde niño. Pero en algunos momentos, he llorado hasta acabarse las lágrimas; y en varias ocasiones, por las noches, como ave nocturna he estado con los ojos abiertos preguntándole a Dios tantas cosas.

Y pienso que de verdad, no es fácil estar *“siempre gozoso”*; pero si Dios dice que lo hagamos, es porque es posible. Fácil no es, pero sí es posible; ya que Él mismo ofrece esta capacidad al decir: *“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena*

voluntad" (Filipenses 2:13).

¿Podrá estar siempre gozoso? No le será fácil; pero sí es posible. Este entendimiento es clave, si quiere encontrar miel en el cadáver de sus fracasos y frustraciones. Si quiere sacar miel, tendrá que estar siempre gozoso, así sea "por pura fe".

Recuerdo una etapa difícil en mi vida ministerial. Luego de haber disfrutado la comodidad de una espaciosa oficina, en la cual plácidamente podía buscar a Dios para adorarle, ya no me encontraba allí. Ahora estaba en un pequeño cuartito en un rincón de mi casa. Llevé mi guitarra, la limpié, la afiné, y comencé a alabar y adorar al Señor. Le aseguro que cantaba, no porque mis emociones así me impulsaban a hacerlo, sino, simplemente, porque la Palabra de Dios me decía que esa era una forma de meter la mano en el cadáver, y sacar un poco de miel para sustento y bendición de mi vida, y también para la de los míos.

Y no dude usted, de que a todos nos toca en más de una ocasión, pasar etapas así; en las cuales practicar el gozo del Señor es más un acto de fe y obediencia, que un deleite personal. Pero también, es seguro que al hacerlo, encontraremos una fortaleza y poder cayendo sobre nosotros, que nos impulsará a continuar hasta llegar a la victoria. ¡Siempre es así!

3.- Pablo nos dice "Oren sin cesar"

Hay situaciones de nuestra vida, cuando vemos la oración como una buena alternativa; pero hay otras, en las que la oración es la única posibilidad y la única tabla de salvación.

Son esos momentos cuando, si no oramos, morimos; si no oramos, nos desmoronamos y acabamos. Así sucede para venir a comprobar, por un lado que somos vasos de barro, frágiles y vulnerables en verdad (2 Corintios 4:7); y por el otro, que dependemos del Señor mucho más de lo que pensamos.

En etapas duras de mi servicio en el ministerio, ha habido

ocasiones en las que he considerado volver a la vida seglar; sí, lo he considerado seriamente, y le he dicho a mi esposa:

—Me retiro del pastorado, voy a ser un seglar cualquiera.

Pero luego, me voy a un rincón a orar; y siento que Dios me toma, y me dice: “¡Cuidado!, mira que lo peor no te ha pasado; lo peor sería caer en mis manos si abandonas el santo llamado!” Y allí, en la oración, considerándola como mi única posibilidad, he podido escuchar la voz de Dios, animándome y exhortándome a meter mi mano en el cadáver, y a sacar un poco de miel que me sustente para seguir adelante.

Testifico esto para que usted pueda aplicarlo a sus propias circunstancias de vida: En lugar de claudicar, usted itiene que orar sin cesar! Cuando las cosas andan bien, seguro aparta un poco de tiempo a la oración por aquí, y otro por allá.

Pero habrá veces en que el “Titanic” de su vida parecerá estar hundiéndose, y no tendrá otra opción que aferrarse a la tabla de la oración. Sí, aférrese a ella en todo tiempo, porque en ella está su seguridad y su salvación. Y procure hacerlo en todo tiempo, y no sólo cuando su situación de vida se vea mal en extremo.

4.- Pablo nos dice “Den gracias en todo”

Y yo añadiría, desde la perspectiva de mi propia experiencia: “Dar gracias en todo, aun en lo que no entendemos”.

Propongo esto, porque a veces uno no entiende cómo se puede dar gracias por situaciones que, por ejemplo, han sido dolorosas o frustrantes. Sin embargo, Pablo nos dice que lo hagamos; y nos da la mejor razón cuando dice: “*porque esa es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús*”. Eso es lo que Dios quiere: Que demos gracias en toda situación o circunstancia de nuestra vida, ya que ésta es su estrategia para nuestra liberación y salvación.

Por eso, cuando ocurran en su vida situaciones que no

puede entender, en las cuales se pregunte:

—¿Cómo es posible que esto me haya pasado a mí? ¿Cómo es posible que yo haya tenido que pasar por esta situación?

Dele gracias al Señor; dígale:

—Señor, esto no lo entiendo; esto es como un confuso laberinto, en el cual a medida que me interno, más me pierdo; pero Te doy gracias por lo que está sucediendo, Te doy gracias por Tus cuidados en medio de esta situación. ¡Bendito seas, Señor!

Estoy completamente seguro de que al hacer esto en fe, confianza y obediencia a Dios y Su Palabra, al final resultará en su liberación; y que al renunciar a su instinto de auto-conservación, permitirá que sea Dios quien le cuide, guíe y proteja en medio de las batallas de la vida, simplemente, porque de Él es la salvación.

Entonces, valdrá la pena hacer lo que nos enseña el salmista en el Salmo 46:10: *“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios”*.

5.- Pablo nos dice “No apaguen al Espíritu”

Soy un predicador desde hace ya muchos años. He predicado el Evangelio desde que era un jovencito; comencé a hacerlo en el colegio, en mis días de estudiante. Y rara vez me pongo nervioso cuando tengo que predicar, pues lo he estado haciendo toda la vida; pero ha habido momentos en que sí he tenido miedo.

Sin embargo, recuerdo una ocasión cuando tuve mucho miedo de pararme a predicar; fue una oportunidad cuando estaba siendo confrontado precisamente por estas palabras que nos dice San Pablo en el pasaje que estamos leyendo: *“No apaguéis al Espíritu...”*.

En esa época, estaba buscando confirmación de Dios para hacer algunos cambios en mi ministerio; y temía que mis actitudes y actuaciones apagaran el mover de Dios y me apartaran de la compañía del Espíritu Santo; por eso mi

oración a Dios fue:

—Señor, voy a ir a la iglesia a buscar una confirmación de tu acompañamiento; y Señor, quiero encontrar a tu Santo Espíritu en ese lugar, quiero ver ese lugar convertido en un verdadero Santuario por causa de tu Espíritu Santo.

Fui esa tarde. Y el Espíritu Santo nos honró con Su presencia en forma grande y extraordinaria. Y por la exhortación de esa palabra: *“No apaguéis al Espíritu”*, decidí en ese entonces, y he continuado orando, porque mi ministerio siempre esté a los pies de Jesucristo, y nunca pretenda convertirlo en una “torre de Babel” o en un “becerro de oro”.

Esa tarde entendí que debía procurar siempre estar bajo la autoridad de Jesucristo, para no apagar al Espíritu Santo. Por ello, con frecuencia tomo tiempo para animar y recordar a mi congregación, lo importante que es no apagar al Espíritu con nuestras actitudes, para que aun en las épocas de desconcierto y turbación, podamos extender nuestra mano, y tomar de la miel que simboliza la fiel presencia y guianza del Espíritu en nuestras vidas.

6.- Pablo nos dice “Examínenlo todo, y retengan lo bueno”

¿Sabes qué es esto? Saber discernir lo que nos sucede, y aprender de ello.

Yo agradezco a Dios, la participación de mi esposa Haydee, en mi vida y ministerio. Ella es una persona que no habla mucho; pero cuando lo hace, por lo general, tiene la razón.

En una ocasión la escuché hablar por teléfono con una persona que nos había llamado para darnos una palabra de ánimo, luego de una situación muy dolorosa que nos tocó experimentar en el ministerio. Mi esposa le contestó:

—Mire, le voy a decir algo, el René Peñalba que usted va a ver ahora, es totalmente distinto al anterior. ¿Sabe por qué? Porque con todo lo que nos ha sucedido, Dios ha tratado con mi esposo, él ha aprendido, y jamás volverá a

ser el mismo.

Yo agradecí esas palabras; porque me hicieron entender que del dolor que yo había experimentado, a raíz de esa desgarradora experiencia por la que pasamos, yo podía aprender valiosas lecciones en Dios.

De esa situación aprendí, por ejemplo, que nunca lo malo que nos pasa, es enteramente malo; que aun en las peores circunstancias, Dios hace *“que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayuden a bien”* (Romanos 8:28), y que en toda situación *“el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”* (Romanos 8:26)... Y sobre todo que: *“el oído que escucha las amonestaciones de la vida, entre los sabios morará”* (Proverbios 15:31).

Fue en esa época de trato de Dios para mi vida, que Él permitió que mi ego quedara hecho pedazos. En ese entonces, el Reverendo Enrique Peñalba, pilar de la iglesia evangélica en Honduras, con 50 o más años de servir al Señor, me dijo:

—René, nuestro nombre no vale nada; el Nombre de Jesús es el único que tiene valor.

Encontré consuelo en sus palabras; aprendí de ellas; y aún ahora, cuando oigo aquí y allá críticas que llevan mi nombre, me repito las palabras de don Enrique, y me digo:

—René, tu nombre no vale nada, es el Nombre de Jesús el único que vale.

Y no crea que fue fácil para mí atravesar esa experiencia. Sufrí, y aún hoy sufro. Sin embargo, Dios trató conmigo; fui golpeado y deshecho; pero aprendí de esa situación a examinarlo todo, y a retener lo bueno que siempre se encuentra en lo que nos pasa.

Hoy, como resultado de esa situación, soy un mejor esposo, un mejor padre, un mejor pastor; y me he propuesto, con la ayuda de Dios, ser todavía mejor. Y no me importa si tengo que volver al cadáver de mis malas experiencias pasadas o futuras, pues sé que al meter mi mano habré de sacar miel para el sustento, no solamente mío, sino también de los míos.

7.- Pablo nos dice “Absténganse de toda especie de mal”

Esta palabra nos exhorta a renunciar a participar en “toda especie de mal”; incluyendo esa “especie de mal” que nosotros consideramos a veces un tanto aceptable e inofensivo. Ese mal, por ejemplo, de soltar por allí una palabra mal intencionada, lanzar una crítica velada, etc.

Debemos saber decir no a toda especie de mal, pues de ello depende que el Espíritu Santo nos acompañe en nuestro caminar diario. Así se trate de un mal que consideremos minúsculo e insignificante, abstengámonos de él.

Hermano, hermana, si hace todo esto: si no devuelve el mal recibido, y sigue lo bueno para con todos; si busca fortalecerse en el gozo del Señor; si se mantiene orando sin cesar; si aprende a dar gracias, hasta por lo que no entiende; si se cuida de no apagar al Espíritu Santo con malas actitudes; si procura discernir lo que le suceda, y decide aprender de ello; y, si se abstiene de toda especie de mal, sin duda alguna, podrá volver al cadáver de sus desdichas, errores e imperfecciones, para buscar y extraer de él, la miel que habrá de sustentarle en el Señor, de ahora en adelante.

Una reflexión final

—¿Habrá algo que pueda impedirle encontrar “miel en un cadáver”?

—¿Habrá algo que pueda impedirle encontrar la provisión de Dios en medio de las adversidades y vicisitudes de la vida?

—¿Habrá algo que le impida seguir los pasos y ejemplo de José, tal como hemos leído? ¿Habrá algo que le impida practicar los consejos de Pablo en su carta a los Tesalonicenses?

— Sí. Definitivamente, sí hay algo que puede impedirselo: La actitud de su corazón. Por lo cual, le animo a que luche contra las resistencias y argumentos de su corazón; y para

ello le ofrezco el consejo que nos brinda la Palabra: *“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”* (Proverbios 4:23).

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:4-5).

“Por lo cual te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti... Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:6-7).

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros... y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones” (Santiago 4:8).

“Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios” (1 Juan 3:20-21).



Los cuervos de Dios

El pasaje en I Reyes: 17: 2-6 será la introducción a este capítulo. En este pasaje encontramos el relato de una extraña experiencia del profeta Elías, de la cual podremos sacar un aleccionador mensaje para nuestra vida.

Se lee en el pasaje en mención: *“Y vino a él palabra de Jehová, diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete en el Arroyo de Querit, que está frente al Jordán. Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer...”* ¡Vaya instrucción tan extraña, de parte Dios!

Sigue la lectura del pasaje: *“Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová; pues se fue y vivió junto al Arroyo de Querit, que está frente al Jordán...”* Y mucha atención al versículo 6: *“Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde; y bebía del arroyo”*.

Insólita experiencia en realidad. Digo esto, ya que por lo general, uno asocia la figura o el aspecto de un cuervo con lo extraño, con lo misterioso. Un cuadro alegre y refrescante, quizás por la mañana, sería el de unos pajarillos con su dulce y hermoso cantar. Sin embargo, los cuervos, con su extraña figura y color negro, nos hacen sospechar más bien de algo relacionado con alguna clase de misterio, o alguna inexplicable situación.

Así como el profeta de Dios, Elías, fue sostenido y guardado por esas extrañas aves, así Dios se vale de misteriosas circunstancias para cumplir Sus propósitos en nuestra vida. Y de la misma manera en que Dios mandó cuervos para el cuidado y sustento del profeta, y les hacía

traer pan y carne en la mañana y en la tarde, así Dios hace con nosotros.

No creamos entonces, que Dios se vale únicamente de lo que nos gusta o es grato, o sólo de aquellas circunstancias que nos resultan enteramente favorable. No es así.

En lo personal, muchas de mis mayores bendiciones vinieron después de que los cuervos de Dios estuvieron cerca. Vinieron después de que circunstancias difíciles de interpretar o aceptar, se hicieron presentes en mi vida. Y cual si fuesen cuervos, esas extrañas situaciones y circunstancias, sirvieron para traerme pan y carne, y sustentarme hasta el momento final en que Dios me bendeciría en gran manera.

Por eso mi interés en escribir acerca de **LOS CUERVOS DE DIOS**, y ofrecer un poco de entendimiento acerca de ese extraño mover de Dios.

A lo largo de este capítulo, leeremos varios pasajes de la Biblia que nos traerán ejemplo, de cómo “los cuervos de Dios”, manifestados en extrañas y difíciles circunstancias, resultaron en medios para llevar gran bendición.

Así que, ¡cuidado! ¡Cuidado con juzgar mal lo que le acontece! ¡Cuidado con interpretar mal sus circunstancias! No sea que se trate de un cuervo de Dios que está allí para sustentarle; y tal vez usted esté diciendo:

—No es lo que yo esperaba, no es lo que yo quiero, no es lo que me agrada”.

Quizás no sea lo que usted esperaba; pero más adelante será de bendición para usted.

Algunos ejemplos bíblicos de cómo se presentan los cuervos de Dios

Veamos algunos pasajes de la Biblia que nos ofrecen ejemplos de esas extrañas situaciones que acontecen al ser humano, y que al final, resultan en beneficio y provecho, para él mismo y aun para los demás.

José

José es el célebre personaje de la historia antiguo-testamentaria, cuya vida se relata en las lecturas del Génesis. José, se ve atrapado en una cadena de adversidades, que tienen como propósito final salvar a su pueblo de una hambruna que vendría sobre la tierra.

Cuando José era un adolescente, y se vestía con la túnica de varios colores que su padre le había hecho, nunca imaginó lo que le habría de sobrevenir; y menos, que ello serviría para sustentar al pueblo hebreo. Tampoco imaginó que a través de todo lo que le acontecería, llegaría a alcanzar poder en Egipto; y menos aún, que se lograría el propósito final del Señor: La preservación del Pueblo de Israel.

Así aconteció: La preservación del Pueblo de Dios, vino mediante una cadena de adversidades que le sucedieron a una sola persona.

¿Cómo es posible que esto me acontezca?, ¿Cómo puede ser justo que yo esté viviendo esta situación?, son preguntas que uno se hace. Sin embargo, así sucede muchas veces en nuestra vida: Dios se vale de una serie de circunstancias que una a una se van desencadenando. Son situaciones de adversidad, de dolor, de sufrimiento, de angustia; difíciles de sobrellevar, pero que al final resultan en medios para traer la bendición del Señor.

Sin duda alguna, las personas que dejan huellas preciosas e inolvidables, son quienes, en más de una ocasión, pasaron por esas extrañas y difíciles circunstancias de la vida, en las cuales tuvieron que ser sustentadas por los cuervos de Dios.

Vayamos a la Biblia. Leamos un pasaje que en pocas palabras resume la historia de José, el Salmo 105. A partir del versículo 16, se lee así: *“Trajo hambre sobre la tierra, y quebrantó todo sustento de pan”*. Este pasaje manifiesta como Dios obra soberanamente; como hace lo que a Él Le parece.

Luego, imire qué curioso el versículo 17! Dios ya había hecho la provisión, se lee: *“Envió un varón delante de ellos;*

a José...” Pero, ¿no es interesante la forma cómo lo envió? La lectura a continuación, describe la manera cómo Dios envió a José: A través de una larga cadena de adversidades: *“Fue vendido por siervo... Afligieron sus pies con grillos... En cárcel fue puesta su persona...”* ¡Y atención a los versículos 19-22 Se lee: *“Hasta la hora que se cumplió su palabra, el dicho de Jehová le probó. Envío el rey, y le soltó; El señor de los pueblos, y le dejó ir libre. Lo puso por señor de su casa, y por gobernador de todas sus posesiones, para que reprimiera a sus grandes como él quisiese, y a sus ancianos enseñara sabiduría”*. Luego, el versículo 23, describe el resultado final: El cumplimiento del propósito de Dios. *“Después...”*

Después... ¿de qué? Después de que José fue vendido como esclavo; que sus pies fueron apresados con grillos; de haber estado en la cárcel. Fue después de todo esto, que el rey de Egipto, el faraón, le pone en una posición alta, muy elevada, por sobre todo aquel poderío, a la cabeza de aquel gran imperio. ¿Para qué? ¿Con qué propósito?

Encontramos la respuesta en los versículos 23 y 24: *“Después entró Israel en Egipto, y Jacob moró en la tierra de Cam. Y multiplicó su pueblo en gran manera, y lo hizo más fuerte que sus enemigos”*. Y con ello, se cumplió el propósito de Dios: Sustentar y librar a su Pueblo.

Tal vez ahora, usted esté como el profeta Elías en esa oportunidad junto al arroyo de Querit. Quizás esté viendo su situación desde un oscuro y penoso rincón; viéndola sin poder interpretar correctamente todo lo que le acontece. Con el alma afligida por no lograr entender lo que le está sucediendo.

Y es que, isi hay situación que aflige el alma, es cuando no se logra interpretar lo que está sucediendo! Es cuando uno comienza a cuestionar:

—¿Por qué yo?, ¿por qué a mí? Si hay gente peor que yo, ¿por qué me sucede esto a mí?

Sin embargo, piense por un instante, que quizás esas circunstancias sean los cuervos de Dios. Puede que esas extrañas y difíciles situaciones que el Señor le permite

pasar, tales como: experiencias adversas que afligen su alma, momentos cuando le parece que no habrá salida ni respuesta, sean sólo los cuervos de Dios.

Por tanto, anímese pensando que durarán sólo lo necesario; y que a través de ellos el Señor traerá una extraordinaria y maravillosa bendición a su vida.

Anímese pensando que le sucederá lo que a José; quien estuvo atrapado en una cadena de adversidades que lo llevaron a una posición de poder en Egipto, lo que le permitió salvar al pueblo hebreo de una terrible hambruna; para que, al final, fuese preservado el pueblo de Dios.

Ahora bien, ¿qué aplicación práctica podemos dar a esta verdad que nos enseña la Palabra? Pasemos a un plano muy particular de nuestra vida: el de padres; siendo que el contexto familiar es de trascendental importancia para todos. Y apliquemos esta verdad en lo que nos toca vivir como padres; porque, ¿cuántas cosas nos toca experimentar, con la sola esperanza de que nuestros hijos no tengan que pasar las mismas situaciones difíciles que vivimos nosotros?

Creamos entonces, que de alguna manera, el sufrimiento y las luchas de nuestros hijos, tienen significado; pues al final, cualquier problema que haya que enfrentar, será como esos “cuervos de Dios” y resultará en bendición y provecho espiritual para nuestros hijos.

Un hombre enfermo de nacimiento

Se lee en el Evangelio según San Juan 9:1 en adelante: *“Al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”*

¿Qué encontramos aquí? Veamos cómo es la gente: Sólo quiere el espectáculo; sólo busca el escándalo y la vergüenza; sólo gusta hacer escarnio del que sufre, sin importarles lo trágico que esa situación podría ser para los padres de aquel ciego. ¡Cómo debe haberse roto en mil pedazos el corazón de la madre, viendo a su hijo ciego desde que

era un bebé! Pero a la gente no le importa la tragedia que viven esos padres; y con toda frialdad preguntan al Señor: *“Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”*.

Infelizmente, así es el género humano: Frente al sufrimiento de los demás, hacemos toda clase de especulaciones; algunas de ellas, hasta absurdas. No hay el menor interés para observar con compasión el sufrimiento de otros, y menos para entenderlo. Y en el caso de este relato, son los mismos discípulos quienes preguntan a Jesús: *“Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?”*

¡Vaya pregunta más descarnada! Una interrogante que surge luego que los discípulos se han dedicado a observar con frialdad a alguien que sufre; y comienzan a elaborar teorías: Bueno Señor, ¿qué estará pagando éste? ¿Será que pecó él, o será que pecaron sus padres?

Así, muchas veces reducimos el sufrimiento a meras especulaciones; sin ser capaces de entender y aceptar la sencilla palabra que Jesús una vez nos dijo: *“En el mundo tendréis aflicción”*. Es Jesús, el varón de dolores y experimentado en quebranto, quien nos habla de la pena y el dolor; sin embargo, nosotros, con una ligereza que debiera avergonzarnos, nos atrevemos a opinar acerca del dolor humano.

Al igual que los discípulos, quienes hacen una cátedra del dolor y sufrimiento de un pobre hombre ciego desde nacimiento, sin una pizca de sensibilidad, y sin siquiera conmoverse en sus corazones. Así lo muestra el relato bíblico: Nadie se interesa de cómo pudo haber sido cada veinticuatro horas de la vida de ese pobre muchacho. ¡No!. Lo que los discípulos proponen es: Hagamos un foro de discusión al respecto: *“¿Quién pecó, éste, o sus padres?”*

Ahora enfoquemos nuestra atención hacia otro punto; miremos la respuesta del Señor. En la lectura del pasaje, en los versículos 3, 6 y 7 encontramos: *“Respondió Jesús: No es que pecó este, ni sus padres, sino para que las obras de Dios*

se manifiesten en él... Dicho esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, untó con el lodo los ojos del ciego, y le dijo: Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, enviado). Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo”.

Un hombre nace con una terrible ceguera; y Jesús, en lugar de considerar su condición como un estigma de maldición o de pecado, la presenta como una oportunidad para que las obras de Dios se manifiesten.

Conozco a una mujer, a quien admiro mucho; es una extraordinaria mujer. Ella y su esposo sufrieron verdaderas persecuciones cuando vinieron al Evangelio. Perdieron amigos, relaciones familiares significativas; el esposo fue expulsado del colegio religioso donde había trabajado por muchos años. Todo esto les aconteció, sólo porque habían adoptado la fe bíblica.

Pasaron los años, y a esa mujer le nació su último hijo, Cuando en el hospital le entregan la pequeña criatura, también le dan pronósticos devastadores: Su hijo había nacido enfermo; con un sin número de complicaciones; no iba a sobrevivir. Sin embargo, vi a esa mujer, día tras día, luchar yendo de aquí para allá, de hospital en hospital, con el propósito de que le trataran a su hijito. Movida por el amor, esa mujer no se conformó; decidió luchar, no importando cuánto habría de sacrificarse.

Muchas veces, al ver a ese pequeño en los brazos de su mamá, pude entender lo poderoso que es el amor de madre; al hacerla tomar la determinación de luchar una y otra vez, incansablemente, por la vida de su pequeño hijo.

¿Y qué hemos de pensar en una situación así? ¿Por qué no atrevernos a verlas como una de esas extrañas y difíciles situaciones de la vida, que surgen, no producto de nuestro pecado o el de nuestros padres, sino, como nos lo enseña la porción bíblica leída: Para que las obras de Dios se manifestasen en formas realmente desafiantes para el escaso entendimiento humano?

—Puede ser que usted esté sufriendo cualquier clase de quebranto; o puede que tenga cargas terribles en su

corazón, de las cuales ha pedido por redención una y muchas veces. Sin embargo, sobre sus espaldas continúa el quebranto, y sobre sus espaldas sigue la cruz con su peso enorme y terrible.

Pero, ¿sabe?, habrá un día en que esa circunstancia será utilizada por Dios para manifestar Su gloria. Dios se especializa en vaciar Su gloria en la ignominia del ser humano; Dios se especializa en vaciar su gloria en el quebranto, en el fracaso, en la tristeza. Pareciera, incluso, que la vasija que Dios anhela, es la del quebranto, para depositar en ella Su fidelidad.

¿Cómo, entonces, pueden venir la fe y la esperanza a nuestra vida? A través de los problemas mismos. La fe no existiría, si no existieran necesidades; la fe no tendría razón de ser, si no existiese una problemática humana de fondo. Son los problemas los que pueden levantar al gigante espiritual que hay dentro de ti; son los problemas los que te hacen conocer a Dios, experimentar Su poder, y recibir Su sustento.

Y yo le digo:

—Si usted confía en Dios, no importa lo que esté pasando, Él enviará a los mismos cuervos de las circunstancias adversas, para sostenerle. Y ellos le sostendrán por la mañana, por la tarde, y aun por la noche.

La mujer cananea

Este caso que quiero presentarle, es duro en verdad. Al leer el relato bíblico, éste pareciera dar la idea de que Dios no se interesa por esa mujer. La respuesta de Jesús suena dura; es una respuesta un tanto negativa, y además, cortante. El caso trata del rechazo flagrante que recibe una mujer. ¿De parte de quién? De Jesucristo mismo.

Pero esa respuesta dura y negativa de Jesús, ¿qué produce en la mujer? La lleva a perseverar, a insistir y a persistir, hasta obtener el ansiado milagro.

Este caso lo encontramos en Mateo 15:21 en adelante;

se lee: *“Saliendo Jesús de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón. Y he aquí una mujer cananea que había salido de aquella región clamaba, diciéndoles: ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí!”*

Y mire cómo, mucho de nuestro sufrimiento está relacionado con los seres queridos; continúa la lectura: *“Mi hija...”* Dos palabras que no dicen nada a los indiferentes; dos palabras que no dicen nada a los duros de corazón. Pero a quienes sí saben lo que es llorar y sufrir por un hijo, las palabras *“mi hija”* son suficiente razón, como para quebrantar el corazón.

Al pensar en los hijos, ya sean pequeños o adolescentes; esos hijos que cada mañana se entregan a la escuela, al colegio, a la universidad, o al trabajo, sin tener la certeza de si habrán de volver. Al escuchar uno las palabras *“mi hija”*, es suficiente como para comprender el esfuerzo de una madre o un padre, al enfrentar cualquier clase de lucha por causa de su hijo; pues por los hijos, un verdadero padre estaría dispuesto a ser humillado y maltratado una y mil veces.

Volviendo al relato, dice esta mujer: *“¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí. Mi hija es gravemente atormentada por un demonio”*. Y mire el extraño proceder del Señor: *“Pero Jesús no le respondió palabra...”* Y como agravante -digo yo- se acercan los discípulos, y hasta le ruegan a Jesús, pidiéndole: *“Despídela, pues da voces tras nosotros”*.

Aquí encontramos dos frases para comparar. Por un lado, una madre: *“Señor... mi hija es gravemente atormentada...”*; y por otro, los indiferentes: *“Despídela, pues da voces contra nosotros”*.

Así es la vida: Un choque constante de contradicciones; donde lo que a uno duele, a otro no le importa; donde lo que a una persona lacera, a otro le es motivo de estorbo o molestia. Mientras esa mujer quebrantada y con su corazón deshecho clama: *“Señor, mi hija...”*, los demás, sintiéndose incómodos y perturbados por los gritos de ella, reclaman: *“Despídela”*.

Ante el clamor de ella, *“Jesús no le respondió palabra”*.

Pero no corramos a juzgar mal la forma como Él responde. Se lee en el versículo 24: *“Él respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”*. La respuesta es tal, por cuanto aquella mujer no era de Israel, sino una extranjera. Note la reacción de esa mujer en la lectura que sigue, en el versículo 25: *“Entonces ella vino y se postró ante él, diciendo: ¡Señor, socórreme!”*

Repasemos: Jesús le dice, explicándole: *“No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”*. Pero ella no se conforma; viene a Él, se postra, y clama: *“¡Señor, socórreme!”* Es un imperativo: *“¡Señor, socórreme!”*; está determinada; sabe que si Dios no la ayuda, nadie la ayudará; sabe que si Jesús no es su respuesta, nadie más lo será; por eso, con toda determinación, va, y se abraza a sus pies, y clama: *“¡Señor, socórreme!”*.

Y sigue el relato en el versículo 26, donde encontramos una de las respuestas más duras que uno podría recibir; se lee: *“Respondiendo él (Jesús), dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos”*. Ante una respuesta así, cualquiera da la vuelta y no vuelve más; cualquiera diría:

—No hay amor en esa iglesia, me voy, ese pastor no tiene amor, buscaré otro.

Esta segunda respuesta de Jesús, parece más dura y hasta humillante: *“No está bien tomar el pan de los hijos (refiriéndose al pueblo de Israel) y echarlo a los perrillos” (los gentiles)*.

Pero, ¿qué hace esta mujer? Se lee en el versículo 27: *“Y ella dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”*. ¿Perrillos, Señor? Sí, pero quiero decirte que en cualquier lugar, hasta los perros comen de lo que cae de la mesa.

Y el versículo final: ¡Admirable! Se lee en el 28: *“Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora”*. Esa mujer provocó la admiración del corazón de Jesús: *“Oh mujer, grande es tu fe...”*

Pero no olvidemos lo que antes tuvo que pasar: La extraña

llegada de los cuervos: *“Señor, despídela... No soy enviado sino a las ovejas de Israel... No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos...”* Eso nos hará recordar siempre la decidida insistencia de esta mujer: *“Sí Señor, pero hasta los perros comen, idame!”*.

Esa mujer provocó la admiración en el corazón de Jesús, y todavía hoy provoca la admiración de muchos. Esa mujer debiera ser pastora de pastores; esa mujer debiera ser consejera de gobernantes; esa mujer debiera ser maestra de generaciones.

—¡Yo quiero ser como ella!

Esa mujer es como usted y yo juntos; esa mujer tiene una fortaleza que ninguno de nosotros podría exhibir. ¡Yo quiero ser como esa mujer! Frente a mis dificultades, frente a mis luchas, frente a las aparentes negativas del cielo a mis peticiones. ¡Yo quiero ser como esa mujer!

El ejemplo de esta mujer puede enseñarle lo que usted debe hacer, cuando la dificultad y las situaciones adversas y negativas le impidan alcanzar las bendiciones deseadas; y al igual que ella, deberá perseverar, e insistir, y persistir... hasta alcanzar el ansiado milagro.

Hay quienes, a la semana de una situación conflictiva, se desmoronan. Oran por una semana por un asunto, y se vienen abajo porque la respuesta no les llega en el tiempo esperado; y llegan, precipitadamente, a la conclusión de que Dios no les ama, que Dios no está con ellos.

Pero la vida cristiana tiene sus misterios. De tapa a tapa encuentro en la Biblia que los héroes de la fe, los hombres y mujeres que sirvieron a Dios, fueron como Jesucristo, experimentados en quebranto. Y así ha sido siempre: Las vidas más ilustres, las que mostraron mayor cercanía a Dios, fueron, en muchos casos, los que tuvieron que pasar circunstancias difíciles; de tal naturaleza, que nosotros, con la décima parte de ellas estaríamos hechos añicos.

La vida tiene forcejeos, la vida tiene lucha; la bendición tiene pleito, tiene contienda. Y usted debe saber que si en medio de la dificultad, extiende su mano, y toma sustento,

precisamente de esas difíciles circunstancias que esté viviendo, al igual que el profeta recibió sustento de pan y carne, por la mañana y por la tarde, por medio de los cuervos de Dios, usted también lo recibirá.

Pablo

El relato lo encontramos en el libro de los Hechos: Se trata de Pablo, quien queda ciego por tres días; profundamente abatido, sin comer ni beber, ciego, hasta el momento en que Dios le prepararía, para ser fiel instrumento.

Veamos el pasaje Hechos 9:1 en adelante. Se lee: *“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. El, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”.*

“Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, más sin ver a nadie. Entonces Saulo se levantó de tierra, y abriendo los ojos, no veía a nadie; así que, llevándole por la mano, le metieron en Damasco, donde estuvo tres días sin ver, y no comió ni bebió”.

Veamos la situación de Saulo: Viaja a Damasco para castigar y matar a los discípulos del Señor; lleva el respaldo y la seguridad de que le brindan las cartas del sumo sacerdote. De repente, tras un extraño encuentro con el Señor, que le hace temblar atemorizado, acaba por someterse al mandato de Dios, diciéndole: *“Señor, ¿qué quieres que yo haga?”*

El pasaje indica en los versículos siguientes, más

dificultades para Pablo: Abre los ojos, y no ve a nadie; está ciego, no sabe adónde ir; ahora son otros quienes habrán de conducirlo. ¿A quién estamos viendo? ¿Es acaso el mismo Saulo? Sí, es el mismo; es el prepotente Saulo; el que arrastraba a los cristianos a las cárceles; el que consintió la muerte de Esteban, el primer mártir cristiano. Pero ahora lo vemos allí; ciego y abatido, vulnerable, y sin saber adónde ir; sin comer ni beber; esperando se le diga lo que habrá de hacer.

¿Qué podría haber pensado Pablo en medio de esa dramática y súbita situación? ¿Pensaría acaso, se acabó todo, nunca más volveré a ver? estoy aniquilado.

“Porque he aquí, él ora...” Es la respuesta de Pablo que provoca una nueva intervención de Dios. La encontramos en la continuación del relato, a partir del versículo 10 *“Había entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor le dijo en visión: Ananías. Y él respondió: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista”*.

“Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de los reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (v.10-16).

Así es el mover de Dios en muchas ocasiones: Cual si fuesen cuervos andando por aquí y allá, extrañas situaciones comienzan a ocurrir. Pero es Dios obrando; es Dios diciendo: Ananías, ve a la calle derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo. Ya ha padecido bastante; llévale pan y carne para su sustento. Pon las manos sobre él para que pueda ver, pues está ciego. Dile que le daré de

mi Espíritu; dile que estoy tratando con su vida; dile que le estoy preparando como instrumento para la salvación de muchos.

¡Así se hacen las grandes obras de Dios! A veces nos equivocamos pensando que las obras de Dios se hacen como por arte de magia; pero no, al igual que con Pablo, el gran teólogo neo-testamentario, fue necesario que cayera y se levantara, que temblara y temiera, y quedara ciego para ser forjado como hombre de Dios, y recibiera la unción del Espíritu Santo, que le capacitaría para ir a predicar a los gentiles.

Así se forjan los hombres y mujeres de Dios: En la prueba de fuego; en la prueba de la dificultad. No se hacen en medio de gratas experiencias o bonitas circunstancias. El hombre y la mujer de Dios, los verdaderos discípulos, han experimentado el ser alimentados y sustentados por los cuervos de Dios, a fin de poder seguir adelante.

¿Cómo, entonces, se preguntará usted, puedo ser instrumento en las manos de Dios? Créame, no será sentado cómodamente en el mejor sillón de su casa. ¿Quiere saber, realmente, cómo ser instrumento de Dios? Es mediante Su trato; es permitiendo que le tome en Sus manos.

Permita, entonces, ser alimentado por los cuervos de Dios, esas extrañas y difíciles circunstancias que no querría vivir. Y no olvide que cuando eso suceda, quizás se esté convirtiendo en lo que usted debe ser, según el propósito de Dios para su vida.

Usted

Sin duda alguna, a lo largo de esta lectura, ha podido identificar algunas circunstancias extrañas, misteriosas o negativas que le han acontecido. Situaciones que en otro tiempo vio simplemente como “injusticias que Dios permite” o “abandono de Dios para con usted”, pero que con la ayuda de este capítulo, y sobre todo por efecto del Espíritu Santo, ahora logra usted interpretar de otro modo.

También, y por la gracia divina, ha podido identificar a los cuervos de Dios, viniendo en diferentes tiempos y situaciones, a tratar con su vida; no para desanimarle o afectarle, sino con el propósito de atraerle a Dios, y al cumplimiento de Su plan para su vida.

Siempre será así; y seguramente así continuará pasando. Los humanos, por lo visto, tenemos una rara particularidad: Nos volvemos a Dios y tenemos comunión con Él, sólo mediante las pruebas y adversidades.

Casi por regla, Dios se ve en la necesidad de enviar a sus cuervos para sustentarnos a través de circunstancias que jamás escogeríamos por nuestra voluntad; pero que sin ellas, sería imposible avanzar en el conocimiento de Dios y Su propósito para nuestra vida.

Por lo anterior, entonces, le conviene comenzar a dar gracias, por lo que antes se quejaba; comenzar a orar por discernimiento, para interpretar a la manera de Dios lo que le pasa; comenzar a aceptar como de parte del Señor, lo que hasta aquí ha rechazado, y por lo cual ha dicho ¡basta!, al igual que el profeta Elías.

Comience a asegurarse si con su actitud quizás más bien esté ahuyentando a los cuervos que Dios ha enviado para sustentarle en medio de la prueba, y para llevarle de vuelta a la dependencia en Él.

Atrévase a terminar este capítulo con una sección personal, y escriba de las páginas de su historia personal una expresión de agradecimiento por la lucha que le lleva a Dios, por la cruz que le hace parecerse a Cristo, por la adversidad que fortalece y purifica su fe... y por los cuervos de Dios, que aunque le asusten un tanto, traen consigo el sustento divino.

Sí, atrévase a escribir la parte final de este capítulo, que hable de usted y los cuervos de Dios sustentándole en los pasajes más oscuros de su vida, en su peregrinar rumbo a la eternidad.



Quando Dios duerme

Quizás se pregunte:

—¿Cómo, y es que acaso Dios duerme?

Y por seguro añadirá de inmediato, y plenamente convencido:

—Dios no duerme.

Sin embargo, permítame usar el título “Cuando Dios duerme” en este capítulo; acompáñeme en su lectura, y le aseguro que al final usted estará de acuerdo conmigo.

En Mateo 8: 23 en adelante, se lee así: *“Y entrando él en la barca, sus discípulos le siguieron. Y he aquí que se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas cubrían la barca; pero él dormía. Y vinieron sus discípulos y le despertaron, diciendo: ¡Señor, sálvanos, que perecemos! Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza”*.

Destaco en el pasaje las palabras de donde saco el título para este capítulo: “pero él dormía” Y pretendo, escudriñando la Palabra de Dios, hacer relación con aquellas ocasiones y circunstancias, en las cuales, Dios parece no estar presente, junto a nosotros. Estoy seguro de que usted se identificará con ello.

Hay momentos en la vida –circunstancias diversas– en los cuales Dios parece no estar consciente de lo que nos está sucediendo; es cuando Dios parece estar lejos de lo que nosotros estamos experimentando. Y al igual que en el relato bíblico que recién leímos, donde les parecía a los discípulos que Jesús dormía, mientras ellos estaban a punto

de perecer, igual sucede con nosotros.

Sentimos así, y es típicamente humano. De hecho, el mayor debate de nosotros los creyentes, precisamente radica en la lucha constante de la fe; la lucha por asegurarnos el acompañamiento de Dios en nuestro diario vivir. Porque, por mucho que tengamos con y alrededor nuestro, cosas que nos dan algo de seguridad, cuando nos parece que Dios no está cerca; la incertidumbre se apodera de nosotros, aparece el temor de haber sido abandonados por Él, y es cuando nos parece que Dios duerme.

El cuadro que describe el pasaje bíblico que recién leímos, luce contradictorio: ¡Quién más sensitivo a la necesidad humana que Jesucristo; y sin embargo, los discípulos están allí, asustados, sintiéndose desprotegidos y desprovistos de Su Presencia!

La pequeña barca está siendo movida con fuerza por las olas de la gran tempestad, y Jesús duerme apacible, como si no le importase que ellos estén a punto de perecer.

Igual sucede conmigo. En mi frágil y vulnerable humanidad, le digo:

—Señor ¿qué pasa? Mi barca zozobra, y Tú pareces no darte por enterado. ¿Acaso no te das por aludido con mis oraciones? ¿No te das cuenta que te necesito?

Así lo he visto en más de una ocasión: La barca de mi vida se mece de un lado a otro en el inmenso mar de mis circunstancias. Yo, presa de la incertidumbre y el temor y Dios, parece que duerme.

Por eso creo importante reflexionar acerca de cuándo Dios duerme. De cuando nos parece que Dios no está cerca de nosotros. Y sobre esto, a continuación, una interrogante que nos permitirá profundizar en el tema:

—¿Qué se propone Dios, cuando parece que duerme y no está pendiente de nosotros?

Porque, sin duda alguna, Dios se propone algo. ¡Seguro que se propone algo! El relato del pasaje bíblico que leímos antes, no es un hecho incidental; todo lo contrario, evidencia cómo Dios trabaja en su propósito para la vida del creyente.

De hecho, cuando Jesús se levanta y reprende a la tempestad, les da una lección de fe. “*Hombres de poca fe*” –los califica–; para luego explicarles: **“Aunque yo esté dormido, no deben preocuparse. ¡Cómo creen que les puede pasar algo, si estoy aquí al lado de ustedes!”**.

Por eso, siempre que Dios parece dormir, parece tardarse, o parece no estar presente ¡es porque algo se propone!

¿Qué se propone Dios cuando parece que duerme?

1.- Se propone que se manifieste nuestra fragilidad y verdadera condición interior

Repase el cuadro: Allí estaban todos los discípulos. Allí estaba Pedro, el mismo que en otros pasajes de la Biblia se nos presenta con el perfil de un hombre a quien si le hace falta sacar la espada, lo hace; el mismo que en una ocasión dijo al Señor, que aunque todos esos cobardes de sus condiscípulos lo negaran, él estaría a su lado.

Pues, allí están ahora todos los discípulos en la barca; con sus distintas personalidades y temperamentos. Quizás, es allí el lugar y situación que Dios ha escogido, para enseñarles que es necesario se den cuenta de que ellos no son lo que creen ser, que se den cuenta de lo vulnerables y frágiles que son.

El rey David, en uno de sus salmos más dramáticos, irrumpe en una exclamación, y dice: “*¡Sepa yo cuán débil soy!*”. Y esto es necesario para el creyente: Que Dios nos permita vivir ciertas circunstancias, pasar por determinados momentos de la vida, para que podamos darnos cuenta de quiénes somos, y se manifieste quiénes somos en verdad.

En tiempo bonancible, cuando todo sale “a pedir de boca” y tal como lo queremos, allí somos los mejores creyentes: amamos a Dios, servimos al Señor. Pero muy diferente es, cuando nos alcanza el fuego de la prueba, o cuando las aguas de la adversidad comienzan a golpear la frágil barca de nuestra vida. ¡Allí es cuando se sabe quién es cada cual!

La mejor forma de saber cómo es una persona, no es cuando todo le está saliendo bien, sino todo lo contrario. Observe a las personas cuando algo les ha salido mal; es entonces cuando aparecerá su verdadero yo.

—¿Quiere, entonces, saber cómo realmente es una persona?

Obsérvele cuando le sobreviene una prueba; observe que hace y cómo actúa. ¡Esa es la verdadera persona! Quizás la vea usted desmoronarse, quizás comience a hablar palabras soeces, o comience a destruir y a tirar todo a su alrededor, ¡esa es la verdadera persona!

Estar en el mar de las complejidades de la vida, y pensar que Jesús está dormido, que parece no estar presente, que parece no estar consciente de nuestras necesidades, eso le quita la careta y el disfraz al mejor actor, y acaba por descubrir quién y cómo es en verdad.

Pero volvamos a Pedro, y mirémosle detenidamente en otra escena y momento diferentes. En Mateo 26:69, se lee así: *“Pedro estaba sentado fuera del patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo”*. Trate de comprender el sentido e interiorizar la profundidad de este pasaje: Pedro estaba sentado afuera, en el patio, calentándose junto a una hoguera. Obviamente está solo, confundido. No sabe qué ha pasado; no sabe cómo de todas aquellas multitudes que antes querían ir tras Jesús, de la noche a la mañana sólo ha quedado un pequeño grupo, al cual ahora persiguen. Unos cuantos hombres que se esconden con miedo de que a ellos también los vayan a crucificar, o por lo menos, a meter en la cárcel.

Es un cambio de circunstancias dramático y rotundo en verdad. Antes, ellos eran las estrellas, el centro de atención; las ciudades se agolpaban para oír a Jesús y a los discípulos. Antes, todos los discípulos querían decir:

—Yo soy uno de los asistentes de Jesús.

Pero no en este momento; para estos instantes ha habido un cambio total en las circunstancias: *“Pedro estaba sentado fuera del patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú*

también estabas con Jesús el galileo”.

Ahora preste cuidado a la progresión de las respuestas de Pedro: *“Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices”. “Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno”.*

Advierta la progresión en su respuesta, ahora con juramento: *“Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre”.* Jurar, según enseña la Biblia, es pisar terreno peligroso. Jesús nos exhorta a no jurar, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por Jerusalén, ni siquiera por un cabello nuestro; pero en las épocas anteriores a Jesucristo, y en el contexto de la religiosidad hebrea, jurar era válido y muy importante; y negar con juramento, entonces, era realmente un asunto muy delicado. Y es, precisamente, lo que Pedro ha hecho.

En los versículos 73 al 75, continúa la lectura: *“Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar”.* Vea la progresión nuevamente: primero niega, luego niega con juramento, y al final niega con juramento y maldiciones.

Finaliza la lectura: *“Y en seguida cantó el gallo. Entonces Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había dicho: Antes que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo fuera, lloró amargamente”.*

Algo se rompió en la vida de Pedro en ese momento. Está solo y confundido en aquel patio, mientras allá dentro están juzgando a Jesucristo; se acercan algunos y lo confrontan: *“Tú andabas con él”* Pedro se acobarda, niega a Jesús, lo maldice. La confusión se acrecienta, y prefiere escapar saliendo del lugar. Entonces se acuerda que Jesús le había advertido que esa fragilidad suya se iba a manifestar, y rompe en llanto. Aquel temerario discípulo, rompió a llorar.

¿Qué se propone Dios cuando duerme? Cuando parece no estar cerca de nosotros, dejándonos sumidos en la confusión, el fracaso o el conflicto, ¿qué se propone?

Dios lo hace procurando que se manifieste nuestra fragilidad y verdadera condición interior. Insisto en este punto: Sólo podemos conocer quiénes somos verdaderamente, hasta que nos encontramos en medio del conflicto. Allí se sabe quién es quién; allí se conoce la verdadera condición interior de cada persona.

Los creyentes necesitamos hacer ese descubrimiento; porque decimos ser de un modo, pero sólo cuando enfrentamos el conflicto mostramos cómo somos en verdad.

2.- Dios se propone que salgamos del ámbito de nuestra capacidad y pasemos al de la capacidad divina

Quizás le haya sucedido que luego de intentar una y otra vez hacer algo, siente que se acaba su capacidad. Insiste, e intenta hacerlo de otra forma, pero no resulta; lo intenta nuevamente, y otra vez más, hasta agotar por completo su capacidad.

Y comienza la desesperación y la desesperanza, porque cuando en materia de solución de problemas se acaba la capacidad, surgen la desesperanza y la frustración; pero también, es entonces cuando se tiene la posibilidad de pasar a otro ámbito: se acabó la capacidad humana, entonces puede optarse por la capacidad divina.

En la Carta a los Hebreos 13: 20 y 21; se lee así: *“Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo”*.

Para el creyente, llegar a esta condición no es fácil; es entrar en aguas profundas que no conoce. Las aguas a las cuales está acostumbrado son otras, son superficiales; son las de:

—Yo le voy a demostrar a ese quién soy.

O las de:

—Ya verá cómo voy a resolver ese problema.

Esa es la manera que frecuentemente usa para afrontar sus conflictos y dificultades.

Pero la dimensión que propone la Escritura es otra: “Haciendo él en vosotros”. Sin embargo, para llegar a ese nivel, es necesario haber tenido que probar el fracaso una y otra vez. Haber tenido que pegarse de frente con la pared en más de una ocasión, para entonces poder llegar a una sola conclusión: Si Dios no me ayuda en esta situación, nada me va a salvar. Si Dios no me da una respuesta, nadie más la dará. Y sólo entonces, cuando admitimos que es mejor optar por la capacidad divina, es cuando Dios interviene a nuestro favor.

Para que Dios comience a actuar, tenemos que haber terminado nosotros. Hasta que usted diga:

—Yo no puedo.

Es cuando Dios comenzará a actuar. Reconocer que ya no puede, será para usted principio de soluciones y de redención; porque mientras todavía se sienta en la capacidad de poder llegar adonde quiere y hacer lo que quiere, y siga probando opciones para alcanzarlo, simplemente, Dios no podrá intervenir.

Es hasta cuando se acaban sus posibilidades, cuando comienza la multiforme gracia de Dios a operar las promesas sobre su vida en forma maravillosa.

Pero insisto, para que Dios entre al escenario de sus circunstancias, es necesario que usted haya salido de él; porque allí sólo cabe uno, no caben dos. O está Dios manejando su vida, o está haciéndolo usted.

Esto es como conducir un automóvil; sólo hay un timón, y sólo puede haber un conductor. De igual manera en el automóvil de su vida, sólo cabe un conductor, el cual es Dios; pero para que Él se sienta en el lado correcto, antes usted debe pasarse al lado del pasajero. Esto es necesario.

Ahora bien, ¿cómo lograrlo, si apenas Dios nos deja solos un rato, corremos a probar que podemos manejar nuestra vida?

Por supuesto que Dios quiere enseñarnos a manejar nuestra vida, pero quiere enseñarnos a hacerlo correctamente; y para esto tiene que hacernos a un lado, indicándonos apartarnos para no estorbar, recordándonos que sólo somos aprendices, y que aunque creamos que “nos la sabemos todas”, estamos en riesgo de acabar colisionando nuestra vida en una peligrosa curva del camino, si no optamos por aprender a manejar nuestra vida en forma correcta.

Así es que, aunque pareciera que Dios nos deja solos a ratos, no es así. Quizás parezca que Él no está con nosotros; o que está dormido, y parece no tener conciencia de cómo nos hundimos en los peligros de los problemas de la vida. Pero no es así, simplemente Dios se propone que salgamos del ámbito de nuestra capacidad, y pasemos al de la capacidad divina.

3.- Dios se propone que desarrollemos una genuina dependencia en Él

Dios se propone lograr en nosotros, que desarrollemos una genuina dependencia en Él. En 2 Corintios: 1, 8 y 9, se lee: *“Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos”.*

Algunos creyentes piensan que la mejor señal de que uno anda bien, es no tener problemas. Pero no es así, la señal de que uno anda bien, puede ser por el contrario, que tengamos problemas.

No olvido la vieja historia de un predicador que tuvo una visión espiritual sobre una congregación. Cuenta que en la visión llegó a la iglesia, participó del servicio, y encontró con que todo estaba en orden; una cosa tras la otra en el programa, todo parecía en su lugar, todo aparentemente

tranquilo. Entonces, el predicador dijo:

—Esta sí es una buena iglesia, todo está tranquilo.

Luego el Señor le dio otra visión, diferente por cierto: De una iglesia donde había un gran choque de fuerzas espirituales. En la visión miraba demonios colgando del artesón del techo, acechando a la gente, mientras ellos se debatían en oración, reflejando en sus rostros el quebranto y la lucha.

Y dijo el predicador para sí:

—Esta iglesia sí que está en problemas, sí que está en opresión.

Pero Jesús le respondió: “Estás equivocado, en la primera iglesia, simplemente nada está pasando, allí todo está muerto, todo está perdido; pero en la visión donde está el conflicto, y los demonios tratando de alcanzar a la gente, esa es la iglesia donde mi Espíritu se está moviendo. Esa gente que está en batalla espiritual, está luchando por salir adelante”. ¡Esa es la visión de la verdadera vida cristiana!

El hombre o la mujer que camina con Dios, están en constante conflicto. Lo dice Pablo: “...*No queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas...*” (2 Corintios 1:8).

—¡Cuántos creyentes han sido abrumados más allá de sus fuerzas!

Esto sucede en el momento del problema, con todo a punto de estallar, sintiendo ya no aguantar más. Es de esta angustia de la cual que nos habla Pablo en la parte final de este pasaje, cuando explica: “...*Aun perdimos la esperanza de conservar la vida*”. Sin embargo, en el versículo siguiente, corre el telón y pone las cosas en su lugar, en cuanto a la interpretación final de lo que se está relatando: “*Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos*” (2 Corintios 1:9).

¡Un magnífico ejemplo de cómo la adversidad sirve para que aprendamos a depender en forma genuina en Dios!

Por eso, cuando Dios nos deja solos en medio de la tempestad o de la tribulación, debemos recordar que es para desarrollar una genuina y verdadera dependencia en Él.

Uno de mis esfuerzos como ministro es la de formar creyentes genuinos y auténticos en su búsqueda de Dios. Me refiero, a que dejen de ser cristianos de domingo, para quienes todo es celebración; sino que sean cristianos que saben de arrepentimiento, y buscan a Dios de todo corazón.

Creyentes que han aprendido a depender verdaderamente en Dios. Así, aun cuando Dios se aparte de su lado por un rato estarán seguros de que les “recogerá con grandes misericordias”; tal como lo promete por boca del profeta Isaías cuando dijo: *“Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias”* (Isaías 54:7).

4.- Dios se propone que la calidad de nuestra fe sea mejorada

Hubo una época en la que apareció el concepto de “calidad total”, y todos hablaban de ello; más o menos por ese tiempo, se comenzó también a utilizar el término “reingeniería”. Así, han venido surgiendo diferentes conceptos relacionados con miras al mejoramiento de la actividad humana productiva.

Pues bien, quiero tomar estos conceptos de la administración moderna, para aplicarlos a la fe; porque, verdaderamente, se requiere de calidad total en la fe; y algunos creyentes necesitan además, una reingeniería en su vida espiritual, todo con el fin de mejorar su calidad de vida.

Hay quienes profesan una fe raída y descolorida, que no hace honor ni dignifica al cristianismo y al Cristo que se predica. No son vidas ejemplares, no es gente a quien se quisiera de alguna manera imitar. ¿Razón? Exhiben una fe, que da más pena y lástima que admiración; es una calidad de fe que requiere sea mejorada.

Dios quiere sacar de nosotros la mejor calidad, de tal

manera que sea imitable en verdad por nuestros hijos y cercanos, y esto tiene que ver con mejorar la calidad de nuestra fe.

Ahora bien, esa calidad total de la fe se obtiene –muchas veces– sufriendo. Sí, sufriendo.

Leamos un pasaje que nos expone cómo el sufrimiento contribuye en el mejoramiento de la calidad de nuestra fe. En I Pedro 1: 6 y 7, se lee: *“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallado en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”*.

¿Qué está diciendo Pedro? ¿Cómo se mejora la calidad de la fe? Con pruebas, es la sencilla y categórica respuesta.

Y es que la fe no es una prenda que sencillamente se manda a la lavandería, para luego ponerla y lucirla. No, la fe para que luzca, debe tener calidad permanente.

—¿Sabe qué se necesita para alcanzarla?

Hay que sufrir. Por eso, no le tema al sufrimiento. El sufrimiento saca a relucir lo mejor de nuestra vida, luego de haber exprimido lo peor. Porque así es, cuando Dios prueba nuestra fe, lo primero que sale es lo malo, el componente contaminado, lo imperfecto; todo esto sale a la superficie, es quitado, y después lo que queda es la fe probada y purificada, lo bueno de Dios en nuestra vida.

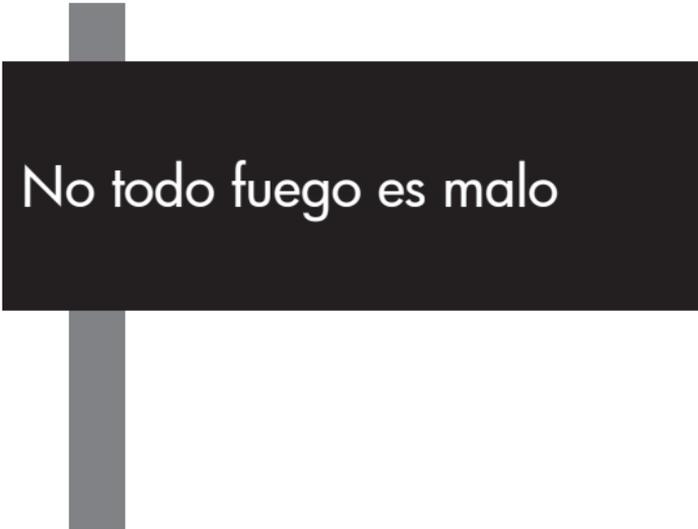
Cuando seamos tentados a decir:

—Señor ¿por qué duermes?

O a reclamarle:

—¡Sálvame, que estoy a punto de parecer!

No olvidemos que cuando nos parece que Dios duerme, es porque se ha propuesto algo bueno y de provecho para con nosotros. Se propone hacer manifiesta nuestra fragilidad y verdadera condición interior, que salgamos del ámbito de nuestra capacidad y pasemos al de la capacidad Suya, que se desarrolle una genuina dependencia en Él, y que la calidad de nuestra fe sea mejorada.

A minimalist graphic design featuring a vertical grey bar that serves as a signpost. A black rectangular sign is attached to the bar, containing the Spanish text "No todo fuego es malo" in white, sans-serif font. The sign is positioned in the middle of the vertical bar, which extends both above and below the sign's boundaries.

No todo fuego es malo

La lectura bíblica en el Salmo 66: 10 al 12, servirá de fundamento para la reflexión y estudio del tema tratado en este capítulo. Se lee así en esta porción: *“Porque tú nos probaste, oh Dios; nos ensayaste como se afina la plata. Nos metiste en la red; pusiste sobre nuestros lomos pesada carga. Hiciste cabalgar hombres sobre nuestra cabeza; pasamos por el fuego y por el agua, y nos sacaste a abundancia”*.

En este pasaje se atribuye a Dios una serie de experiencias dolorosas en la vida del ser humano. Y es importante notar, que dichas experiencias no se le están atribuyendo ni al diablo, ni a las personas que nos adversan, sino a Dios.

En esta porción de las Escrituras se afirma con vehemencia, que Es Dios quien nos prueba y se atribuye a Él, que nos ensaya como se afina la plata. Se atribuye a Él, que nos meta en una red. Se atribuye a Él, poner sobre nuestros hombros pesadas cargas. Se atribuye a Él, permitir que personas cabalguen sobre nuestra cabeza. Se atribuye a Él, permitirnos pasar por el fuego y por el agua. **PERO AL FINAL**, como dándonos a entender que no hay prueba sin razón, ni adversidad sin propósito, concluye esta sentencia, diciendo: **¡Y NOS SACASTE A ABUNDANCIA!**

Esta declaración no parece referirse a nosotros; quienes estamos habituados a pensar que toda experiencia no grata, tiene que ser negativa y sin provecho alguno. Se deriva más bien, de cierta filosofía existencialista; la cual propone que sólo lo grato, lo que nos causa placer o bienestar, es bueno.

Los seres humanos hemos abrazado esta filosofía, pensando usualmente de esta manera:

—Las experiencias difíciles no tienen mayor sentido, y las situaciones duras de enfrentar o sobrellevar, no tienen ninguna vinculación con Dios, y no pueden traernos ninguna clase de bien.

Como parte de esa filosofía —que no es cristiana, sino más bien humanista— basada en la gratificación de los sentidos, y que de paso es la filosofía del momento, creemos que sólo lo grato puede provenir de Dios.

Y con facilidad nos equivocamos, cayendo en un “reduccionismo” simplista, pensando que lo bueno viene de Dios y lo malo del infierno, lo cual es un error, porque no es así de fácil y sencillo, se debe interpretar lo que nos acontece cada día.

Hay ocasiones en que Dios permite el fuego en nuestra vida, para, al final, hacernos a abundancia! Lo cual significa, entonces, que: **NO TODO FUEGO ES MALO.**

No todo fuego es malo. Ésta es una verdad fundamental para el creyente. El hijo de Dios debe saber que no todo lo adverso, es forzosamente malo. Que quizás, la soberanía de Dios le haga pasar por algunas circunstancias que no logre entender cabalmente, o sienta que la prueba que está viviendo impacta fuertemente su vida.

Pero deberá saber, que no necesariamente es malo todo lo que le sucede, ya que Dios utiliza algunas circunstancias adversas, para, a la postre, hacernos bien.

—Sí, Dios utiliza el fuego de la adversidad, para luego, hacernos a abundancia!

Y con relación a esta verdad fundamental para el creyente, de que no todo fuego es malo, se nos hace necesario aprender a discernir, con respecto a la adversidad.

HAY UN FUEGO. Hay un fuego que Dios envía, cuando estamos errando en la construcción de nuestra vida.

Hay un fuego que es el precio o costo impuesto por Dios, para que se cumpla Su Voluntad Perfecta en nosotros.

Hay un fuego de prueba, que sirve para que el poder de Dios, se manifieste en nuestra vida.

Repasemos estos aspectos uno a uno:

1.- Aprender a discernir que hay un fuego que Dios envía, cuando estamos errando en la construcción de nuestra vida.

Es un fuego que sirve para revelar cuando nos estamos equivocando en el proceso de edificación de nuestra vida. La Biblia compara la vida del creyente, con un edificio; y respecto a su construcción, nos dice que podemos estarlo haciendo bien o mal (1 Corintios 3:10-15).

Pero, ¿cómo saber si estamos errando en la construcción de nuestra vida? ¿Cómo darnos cuenta, por ejemplo, que estamos construyendo mal en nuestra vida familiar? ¿Cómo advertir que estamos cometiendo un error en nuestra relación conyugal, o con los hijos? O aun los jóvenes, ¿cómo saber, si se están equivocando en la construcción de su futuro? Dios se vale del fuego de la adversidad, para revelarnos y darnos a conocer la respuesta a estas interrogantes.

En 1 Corintios 3:13, una extraordinaria epístola del Apóstol Pablo, dice lo siguiente: *“La obra de cada uno se hará manifiesta...”*

¡Atención a esta frase!: La obra de cada uno se hará manifiesta. En esto no hay escapatoria; quien quiera que sea usted, cualquiera que sea su nombre, no importando cuál sea su experiencia de vida, se cumplirá en usted esta sentencia: La obra de cada uno se hará manifiesta.

Esto nos señala con toda claridad que Dios no tiene favoritos, no tiene consentidos. Él dice en Su Palabra, en forma determinante, que la obra de cada ser humano, esto es, lo que usted y yo hacemos con nuestra existencia, será manifestado.

Nadie podrá escapar de esta Declaración Divina: No podrán escapar los más jóvenes, ni podrán escapar los adultos; es una sentencia final que será, grata o desdichada, según el caso.

Pero, cuando la obra de cada uno se haga manifiesta,

se revelará de paso, si se estaba construyendo bien, o si por el contrario, se estaba construyendo mal. Los resultados hablarán de su mayordomía como padre, de su comportamiento como cristiano; hablarán de su papel como esposo o esposa, o de su papel como padre o madre. Lo cierto es que habrá un momento, en que se manifestará lo que realmente usted está construyendo.

Lo he visto hasta en líderes y prominentes figuras dentro del Reino de Dios. El ser humano se puede equivocar viendo apenas lo que se aprecia superficialmente en sus vidas; uno puede creer que lo que ellos hacen es extraordinario y valioso; pero al final, es Dios quien se encarga de derribar los castillos edificados en el aire, o las casas construidas con hojarasca.

Si hay algo de lo cual nadie puede escapar, es precisamente de esto: Las obras serán manifiestas. No puedo escapar yo, ni puede escapar tampoco usted de esta verdad: ¡La obra de cada uno se hará manifiesta!

Tal vez sus amigos no saben quién es usted en verdad; quizás en su corazón haya sentimientos que nadie conoce todavía; quizás haya pensamientos que se anidan sutilmente en su interior, pensamientos no correctos en Dios, que nadie sabe están allí. Pero Dios dice que la obra de cada uno se hará manifiesta; y sobre lo que usted es y hace con su vida, llegará el momento cuando el Cielo hará la prueba. Y de esto nadie puede escapar.

Lo reitero, una y otra vez: Quizás los demás le digan, que es usted una gran persona; quizás los que le rodean, se acerquen a profesarle constante admiración. Pero habrá un momento cuando se manifestará verdaderamente, lo que usted es y hace.

La lectura de la porción bíblica, continúa diciendo: “Porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará”.

He podido constatar esto, porque ya he vivido lo suficiente como para darme cuenta de que la forma segura de saber cómo es realmente una persona, de cuáles son sus actitudes

reales, es mediante el fuego de la prueba.

Ante la prueba, no hay teoría; lo que queda, es la verdad de la persona. Cuando estamos en el fuego de la prueba, lo que se manifiesta, es lo real de nuestra vida.

Quizá, hasta este momento, usted haya pensado de si mismo:

—¡Qué gran cristiano, soy yo!

Pero será, al encontrarse en el fuego, que Dios permite o envía, cuando verdaderamente se manifestará cómo está usted construyendo su vida:

—¿Cómo construye su hogar? ¿Cómo construye usted sus relaciones? ¿Cómo construye su liderazgo? ¿Cómo construye su intimidad?

—¡El fuego vendrá, y probará lo que usted hace con su vida!

Con relación a esto, no me dejen impresionar por lo que se ve a simple vista en las personas. Yo percibo que alguien es en realidad un buen cristiano o un creyente maduro, cuando está en el fuego de la prueba.

Ese es el momento de saber verdaderamente, qué clase de persona es, y cómo es en realidad su vida. Por ello, es importante comprender que habrá un fuego, el cual Dios va a permitir con el propósito de revelar, si estamos errando o no, en la construcción de nuestra vida.

Y no debemos olvidar ¡Que Dios lo hace por nuestro bien! Cuando Dios manda fuego para manifestar cómo estamos construyendo nuestra vida, al final quedamos agradecidos; porque ese fuego nos ayuda a descubrir nuestra verdadera condición, para comenzar a aplicar correctivos.

2.- Aprender a discernir que hay un fuego, que es precio impuesto por Dios, para que se cumpla Su Voluntad en nosotros.

Es muy fácil decirle a Dios:

—Cumple Tu Voluntad en mi vida.

Sin embargo, aunque puedan decirse con mucha

facilidad, éstas son palabras de gran calibre, son palabras de mucho peso.

Sí, cuando un creyente dice:

—Dios, cumple Tu Voluntad en mi vida.

Créame, no es una oración sin importancia la que él está haciendo. Esa oración pesa más que un edificio y, en su momento, caerá sobre su vida.

Cuando, por ejemplo, decimos a Dios:

—En mi vida devocional, Dios, haz Tu Voluntad.

No dudemos que esa oración, ese decirle a Dios que haga Su Voluntad, tendrá un precio. Y ese precio es el fuego que habremos de atravesar, para que la Voluntad de Dios se cumpla en nuestra vida; ese fuego, es el precio que habremos de pagar, para que Dios responda a nuestra oración.

Cuántas mujeres he visto, en mi condición de pastor, que dicen al Señor:

—Quiero hacer Tu Voluntad en mi matrimonio.

Pero luego, cuando Dios comienza a actuar en su relación matrimonial, reaccionan en forma negativa, y con ello arruinan y estropean esa Voluntad, por la cual tanto han orado al Padre.

Cuánto cristiano dice a Dios:

—Cumple Tu Voluntad en mi vida.

Y luego, cuando Dios comienza trabajar en ello, quieren más bien salir huyendo, quieren escapar.

—¿Y qué pasó con sus oraciones?

No supieron discernir el fuego, que es el precio o costo impuesto por Dios, para que se cumpliera Su Voluntad Perfecta en sus vidas.

En los años que tengo de ser parte de mi Iglesia, he tenido que pagar el precio de ese fuego; en mi alma están las marcas y señales de ese precio. Para mí, ser forjado por Dios, no ha sido fácil; mantenerme en la Perfecta Voluntad de Dios, no ha sido algo sencillo. Ha habido un costo, un precio altísimo que he tenido que pagar; y las marcas no están necesariamente a vista de todos, sino por dentro, en

mi alma. Allí están las marcas. Allí, el fuego se hizo presente: Un fuego abrasador, un fuego que consume, un fuego que me hizo, en determinado momento, querer escapar.

Si usted quiere que la Voluntad de Dios se cumpla en su vida, no dude que habrá un fuego que Él permitirá venga y le alcance. Y usted no será la excepción; tendrá que pagar el precio para ese cumplimiento de la Perfecta Voluntad de Dios.

—Tendrá que pasar por el fuego. ¡No podrá escapar!

Pero veamos ahora a Jesús, hacer referencia al fuego de la prueba en su propio ministerio; leamos Lucas:12: 49 y 50: *“Fuego vine a echar en la tierra; ¿y qué quiero, si ya se ha encendido? De un bautismo tengo que ser bautizado; y icómo me angustio hasta que se cumpla!”*.

De este pasaje, yo subrayo la palabra “tengo”, porque es un imperativo. “Tengo”, no da lugar a la excusa o el razonamiento escapista. “Tengo”, es cuando la Voluntad de Dios se impone a cualquier voluntad humana. “Tengo”, implica lo imprescindible, lo impostergable, lo insustituible.

Y JESÚS DICE: ¡TENGO QUE PASAR POR EL FUEGO DE ESE BAUTISMO! ¡NO PUEDO ESCAPAR DE ÉL!

Hoy en día, está en boga y es muy popular un cristianismo barato, que busca solamente gratificar los sentidos. En nuestra época, la gente sólo quiere sentirse bien; de tal manera, que ser victorioso en el Siglo 21, es sentirse bien.

Sin embargo, es posible sentirse bien todos los días, y aun así, estar fuera de la voluntad de Dios y la vida cristiana victoriosa. O, por el contrario, estar en la perfecta voluntad de Dios, y sentirse mal y entristecido.

En lo personal, son muchas las ocasiones en que, sintiéndome muy mal en lo humano y anímico, más cerca he estado de la voluntad de Dios; y muchas otras, en que me he sentido muy bien, pero al final, me encontraba totalmente alejado de la voluntad de Dios.

Los creyentes de esta época, debemos divorciarnos de un cristianismo semejante; es decir, de un cristianismo superficial y devaluado; un cristianismo que como prenda

de moda se pone o igual se quita; un cristianismo que no quiere experimentar ni sufrimiento ni dolor.

Porque, quiero advertirle:

—Pretender estar en la Voluntad de Dios y vivir un cristianismo bíblico implica, muchas veces, un bautismo de fuego, ien el cual todos debemos ser bautizados!

Otro pasaje, en que Jesús nos habla de tener que pasar por el fuego, se encuentra, en el Evangelio según San Marcos, capítulo 10. Allí se relata cuando Jacobo y Juan, discípulos de Jesús, vienen a pedirle les conceda que en Su gloria puedan sentarse el uno a la derecha y el otro a la izquierda.

Petición ésta que, por cierto, es muy fácil de hacer; porque realmente es muy sencillo decir que se quiere ocupar una buena y grata posición en el Reino de Dios, ya que todos queremos paz, bendición y tranquilidad, y que todas las cosas marchen bien. Yo quiero todo esto; yo también quiero estar a la izquierda o a la derecha del Señor. ¡Claro que sí!

Esta petición refleja, cómo a los seres humanos nos atrae todo aquello que es bueno y grato para el alma. A todo lo que tiene que ver, con gratificar nuestra vida, le damos la bienvenida: Si gratifica nuestra alma, ¡Aleluya!; si gratifica nuestro ego, ¡Gloria a Dios!; si gratifica nuestros sentidos, ¡Gracias Señor!

Y al igual que nosotros, estos discípulos quieren estar a la derecha y a la izquierda de su Señor. Pero Jesús les contesta, en el versículo 38: *“No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?”*

Este bautismo es del cual también habló el Señor Jesús en el pasaje de San Lucas, que antes leímos: *“De un bautismo tengo que ser bautizado; y cómo me angustio hasta que se cumpla!”*. Es un bautismo que es fuego; un fuego que es el costo, para que se cumpla la Voluntad de Dios en nuestra vida.

3.- Aprendamos a discernir que hay un fuego de prueba que sirve para que el poder de Dios, se manifieste en nuestra vida.

En la vida del creyente hay un fuego que, aunque es un fuego de prueba, es también sólo la “excusa” que Dios utiliza para “filtrar” Su Poder a nuestra vida.

Esto es difícil de asimilar. Nos cuesta entender que las pruebas y los conflictos, son más bien oportunidades para Dios: Son los momentos más apropiados para expresar Su Amor, para mostrar Su Fidelidad, o la ocasión para manifestar Su Misericordia.

Un pasaje clásico que nos habla del fuego de la adversidad, y que aun estando en las mentes de muchos creyentes, no todos lo disciernen cabalmente, está en Daniel 3, cuando aquellos tres jóvenes paladines de la fe, prefirieron ser echados a un horno de fuego ardiente, que negar la fe y convicción que tenían en su Dios.

Se lee en este pasaje, en los versículos 20-30: *“Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo. Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego.*

Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo. Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, y se levantó apresuradamente y dijo a los de su Consejo: ¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.

Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiendo, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego siervos

del Dios Altísimo, salid y venid. Entonces Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey, para mirar a estos varones, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas estaban intactas, y ni siquiera olor de fuego tenían.

Entonces Nabucodonosor dijo: Bendito sea el Dios de ellos, de Sadrac, Mesac y Abed-nego que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, y que no cumplieron el edicto del rey, y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios. Por lo tanto, decreto que todo pueblo, nación o lengua que dijere blasfemia contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego sea descuartizado, y su casa convertida en muladar; por cuanto no hay dios que pueda librar como éste. Entonces el rey engrandeció a Sadrac, Mesac y Abed-nego en la provincia de Babilonia”.

Es evidente en la lectura de este pasaje, y por ello no requiere mayor comentario, que Dios permite el fuego, sólo como una excusa para bendecir. Dios permitió que estos tres jóvenes pasaran por el fuego; pero éste sólo fue la oportunidad para que luego fueran honrados en toda Babilonia.

Dios es así: Nos mete en el fuego; y tal vez hasta entremos atados de pies y manos en el horno de fuego ardiendo. Pero después, y ya estando allí, se verá que hay alguien más con nosotros, ese Alguien es Jesucristo. Él, en Su Fidelidad, estará allí siempre para protegernos.

No todo fuego es malo. Lo hemos verificado a lo largo de este capítulo; y nos anima a que, como creyentes, tenemos la necesidad de aprender a discernir que no toda adversidad es mala.

Es por eso, que en esta corta reflexión he propuesto como necesario para nosotros, saber que hay un fuego que Dios envía cuando estamos errando en la construcción de nuestra vida. Hay un fuego que es precio o costo impuesto por Dios, para que se cumpla Su Voluntad Perfecta en nosotros.

Hay un fuego de prueba que sirve para que el poder de Dios se manifieste en nuestra vida.

Ahora bien, esta reflexión quedará incompleta, si no tiene una valiente respuesta de su parte. Si usted reconoce que ha estado interpretando mal su adversidad, y que en lugar de agradecerle a Dios por el fuego que revela sus equivocaciones, ha vivido renegando por las pruebas.

Si usted ha hecho de la gente que le rodea, enemigos y adversarios, porque no ha entendido el fuego de Dios obrando a través de ellos; si ha estado culpando a otros por el daño sufrido, sin advertir que es Dios, quien trajo ese fuego para tratar con su vida, y purificarla, y cumplir todo propósito.

Si usted no ha entendido que, aun estando en el fuego atado de pies y manos, tiene la compañía de Jesús a su lado; si admite no haber visto el fuego glorioso de las pruebas, acercándole a la Voluntad y a la Presencia de Dios.

Si usted reconoce, haberse equivocado y errado en su actitud frente a la adversidad y a las pruebas.

—¡ahora es un buen momento para cambiar!

Es el Espíritu Santo quien le ha mostrado la perspectiva correcta en Dios, acerca de las pruebas y la adversidad, a través de esta lectura; y es Él quien está cerca para ayudarle a corregir cualquier equivocación en su vida.

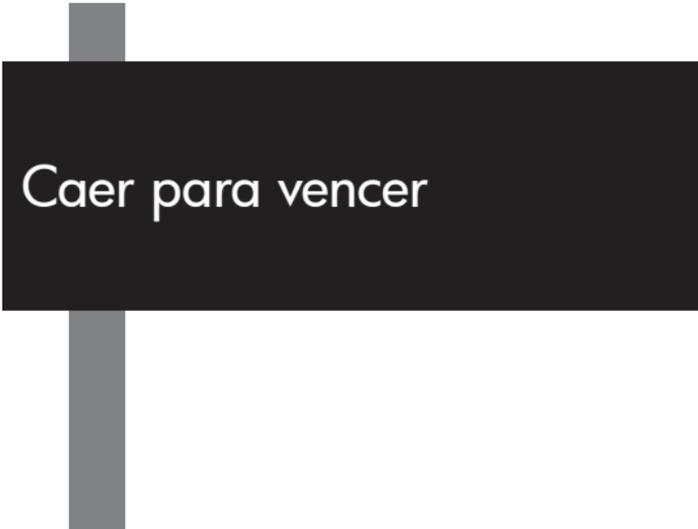
Dios quiere poner en usted un nuevo corazón; Dios quiere poner nuevos pensamientos en su mente; Dios quiere que aprenda a reconocerle muy cerca de usted en los tiempos de adversidad. ¡Dios quiere cambiarle!

—Y usted, ¿quiere cambiar?

Ahora es el momento de venir a Dios, y decirle:

—Quiero rectificar mi postura frente a la vida, frente a las pruebas y la adversidad. Admito haber estado equivocado, al ver enemigos por doquier, e interpretar mal toda situación. Quiero corregir la forma de interpretar mi vida y sus circunstancias.

¡Quiero cambiar!



Caer para vencer

Extraño título, por cierto: “Caer para Vencer”. Extraño por cuanto, generalmente, caer es señal de fracaso.

En el mundo se asume de inmediato que quien cae ha fracasado, pues estamos acostumbrados a pensar que el más listo siempre es el vencedor, y que “quien se deja”, pierde. Esto nos lleva a admitir como correctos los pensamientos: “desquítate de quien te dañe”, “véngate de quien te ofenda”.

Estos son parámetros y criterios con que el mundo juzga; y promueven que para vencer, no hay que dejarse de nadie; que para vencer, no hay que ser ingenuo ni débil o hay que ser el más listo.

Por lo anterior, es muy probable que usted se pregunte:

—¿Es realmente posible caer, y aun así, vencer? ¿Será posible caer, sin que ello signifique haber fracasado? ¿Será posible caer, para vencer? |

—Decididamente, sí. Sí, es posible caer, para vencer.

Sí, es posible, hacer a la inversa de como el mundo le aconseja, cuando dice: “Saca tu espada, y con ella, enfrenta a todos tus oponentes, y no dejes que ninguno tome tu lugar o lo que te pertenece”.

Sí es posible alcanzar la victoria, con un método diferente al que muchos padres enseñan a sus hijos, cuando les dicen:

—Vas para la escuela; allí no debes dejar que nadie te pisotee, más bien, si te es posible, aprende tú a pasar sobre quien sea.

Éste, ha sido un mensaje que ha calado a fondo en el ser humano; y nos enseñó a pensar que la única posibilidad que tenemos de vencer, es cuando adoptamos una actitud

agresiva para con los que nos rodean.

Por ello, nos hemos habituado a creer, que actuar con actitud agresiva, beligerante y vengativa, es la única forma segura de vencer.

Por estas razones, tal vez le parezca raro que en este capítulo se proponga algo distinto a lo que ha oído a lo largo de su vida, que ¡es posible caer para vencer!

En Juan 12:24, se lee lo siguiente: *“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto”*. ¡Qué contradictorio! ¡Caer para morir! ¡Morir para dar fruto! Totalmente distinto a lo que la experiencia de vida nos enseñó: *“Nunca debes caer, porque quien cae, es un fracasado...”* *“Nada debe salir mal, porque eso te aleja del éxito...”* *“Cualquier tipo de pérdida, con seguridad te lleva al fracaso”*.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos dice en este pasaje: *“De cierto, de cierto –esto es doblemente verdad, y sin cuestionamiento alguno- si el grano de trigo no cae en tierra y muere, no puede llevar fruto”*. Es decir: Es necesario caer, si se quiere vencer.

Hay ocasiones en la vida, en que se debe aplicar a nosotros el mismo mensaje que recibió Simón Pedro, quien sacando la espada en el huerto de Getsemaní, corrió a cortar la oreja de un siervo del sumo sacerdote que venía a aprehender a Jesús; mensaje que leemos en Juan 18:11, cuando Jesús le dice: *“...Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?”*

Y así sucede a lo largo de la vida: Muchas victorias se ganan *“cayendo”*, no sacando la espada para continuar la contienda; *“cayendo”*, no poniéndonos los guantes para iniciar la pelea; *“cayendo”*, no sacando los dardos del resentimiento y la amargura. Muchas victorias se ganan cayendo, por eso a veces es necesario... ¡Caer para vencer!

Ahora, con seguridad en su mente surge a este punto la pregunta:

—¿De qué manera es posible caer, para que al final me vaya bien? ¿De qué manera es necesario caer para vencer?

Propongo a continuación, la respuesta a estas interrogantes:

1.- Humíllese bajo la poderosa mano de Dios

Ésta es una forma de caer, para luego vencer: Humillarse bajo la poderosa mano de Dios. La Biblia, en I Pedro 5 y 6, nos manda: *“Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que él os exalte cuando fuere tiempo”*.

De este pasaje, quisiera destacar primeramente, la frase “para que él”, pues me indica que sólo Dios, y nadie más que Él, es quien exalta al hombre, a su debido tiempo. Y es bueno entender esto, porque a veces queremos hacerlo por nuestros propios medios y recursos; otras, nos sentimos tristes cuando las personas que nos rodean no nos exaltan. Sin embargo, en este pasaje no se da importancia a que la gente alrededor nos exalte o no, sino a que es Dios, quien lo hace a su debido tiempo.

Debemos, entonces, tener el cuidado de saber esperar exaltación de Dios, y no del hombre. También, debemos saber diferenciar la exaltación que procede del hombre de la que procede de Dios; a la vez, saber darnos cuenta, cuándo somos exaltados por nuestra propia fuerza, y cuándo somos exaltados por Dios.

Y nunca olvidar, que cuando es Dios quien le levanta, nadie puede derribarle; pero cuando es el hombre quien le levanta, o cuando usted lo hace en sus propias fuerzas o motivado por el orgullo, o utilizando subterfugios o cualquier otra manera humana, y no de Dios tarde o temprano, usted caerá... y no precisamente para vencer!

Piense por unos instantes en las veces en que por su propio esfuerzo construyó una relación, obtuvo un empleo, o recibió algún tipo de premio o galardón. Y pregúntese ¿cuánto tiempo duró? Con seguridad encontrará que lo que obtuvo, producto de su esfuerzo, al margen de Dios, con la relativa facilidad con que vino, así se perdió.

Pero, ¡qué diferente es, cuando es Dios quien le ha

provisto de algo! ¡Nadie puede arrebatarle la bendición de su mano! Y con ello se cumple la Palabra, que dice: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte”.

También considero importante destacar del pasaje que antes leímos, la frase: “cuando fuere tiempo”. Porque no sólo es necesario saber y admitir que Dios es la única fuente de exaltación, sino también, que es Él quien decide el cuándo, el tiempo apropiado para recibirla.

Nuestra tendencia natural es buscar exaltación conforme nuestra propia agenda y calendario. Queremos que las cosas resulten bien, tal como lo hemos planeado y esperamos; y forcejeamos con la vida, intentando abrirnos paso “a codazos y puntapiés”, con tal de lograrlo “en nuestro tiempo”.

Pero, ¡qué importante es adoptar la actitud correcta frente a la vida!, y saber discernir ese “cuando fuere tiempo”. Saber buscar, no nuestro tiempo, sino el tiempo de Dios; no el cumplimiento de nuestro calendario personal, sino el cumplimiento del calendario de Dios; no conforme nuestra agenda, sino conforme la agenda de Dios.

Caer para vencer, significa entonces humillarse bajo la poderosa mano de Dios; significa humillarse y permitir que Dios decida el cómo y el cuándo de nuestra exaltación. Caer para vencer, significa también entender que si no le levanta Dios, mejor que nadie más le levante.

Caer para vencer, requiere aprender a decirle a Dios:

—Señor, o Tú me exaltas en esta situación, o nadie más lo hará, porque no quiero que nadie más lo haga; y, Señor, que esa exaltación sea, no cuando yo lo diga, ni cuando yo quiera, sino cuando Tú lo decidas. Dame la sabiduría de esperar Tu tiempo.

¡Esto es caer para vencer!

Un pasaje más de las Escrituras, relacionado con el humillarse delante de Dios, se encuentra en 2 Samuel 24:10-14. Esta porción bíblica relata la ocasión cuando el rey David cometió el serio error de levantar un censo para saber con cuánto ejército contaba, a fin de medir sus

fuerzas, y encontrar en ellas una supuesta tranquilidad. Se lee en el versículo 10: *“Después que David hubo censado al pueblo, le pesó en su corazón...”* Igual sucede a nosotros cuando nos movemos en nuestras propias fuerzas, tarde o temprano nos pesa haber tomado esa decisión.

¡Ah!, cada vez que he tomado el timón, haciendo a Dios a un lado, en algún asunto crucial de mi vida, de mi familia, o de mi ministerio; cada vez que he enfatizado “lo mío”, dando mayor importancia a “mi” vida, “mi” familia, “mi” ministerio, “mis” bienes, al final, isiempre me ha pesado horriblemente!

En el pasaje de referencia, leemos: *“Dijo David a Jehová: Yo he pecado gravemente por haber hecho esto; mas ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque yo he hecho muy neciamente. Y por la mañana, cuando David se hubo levantado, vino palabra de Jehová al profeta Gad, vidente de David, diciendo: Ve y d a David: Así ha dicho Jehová: Tres cosas te ofrezco; tú escogerás una de ellas, para que yo la haga. Vino, pues, Gad a David, y se lo hizo saber, y le dijo: ¿Quieres que te vengan siete años de hambre en tu tierra? ¿o que huyas tres meses delante de tus enemigos y que ellos te persigan? ¿o que tres días haya peste en tu tierra? Piensa ahora, y mira qué responderé al que me ha enviado”*.

Tres posibilidades tenía el rey David para afrontar. Dios le dijo: ¿Qué prefieres?: ¿siete años de hambre en tu tierra?, ¿o huir durante tres meses?, ¿o tres días peste en tu tierra? Entonces el rey responde al vidente Gad: *“En grande angustia estoy; caigamos ahora en mano de Jehová, porque sus misericordias son muchas, mas no caiga yo en manos de hombres”*.

Con esta Palabra ante su vista, quiero decirle con la más absoluta seriedad que si usted se humilla y cae delante de Dios, no será para destrucción; más bien, se encontrará con las muchas misericordias del Señor. Pero, si por el contrario, usted se niega a caer en humillación delante de Dios, y prefiere luchar contra todo y contra todos, y empieza a

forcejear con Dios y con la vida, y a decir:

—Voy a ir por el camino que quiero, que todos se aparten y hagan a un lado, porque aquí voy yo.

Si usted escoge esta actitud, y decide andar sus propios caminos, y moverse en sus propias fuerzas, y dejarse llevar por la intención de su corazón, sepa que los días de bendición, los días de tranquilidad para usted, ciertamente serán pocos.

Pero si usted dice a Dios:

—Señor, la perspectiva de la vida, a mis ojos, no es fácil; pero, en lugar de iniciar una lucha contra Tu voluntad, o contra las personas que me rodean, o contra las circunstancias que me acontecen, decido humillarme; decido caer para vencer. Señor, voy a someterme bajo Tu mano poderosa, para que Tú me exaltes cuando sea tiempo.

Entonces, usted será testigo de la maravillosa mano de Dios operando a su favor; sus ojos verán a Dios traer días de bendición, días de paz y reposo; y Le verán traer también, el cumplimiento de Su perfecta voluntad a su vida.

2.- En las pruebas y dificultades de la vida, busque la gloria de Dios, no la suya.

Muchas personas que ya forman parte del Pueblo de Dios, aún no han aprendido a hacer esta oración:

—Señor, en medio de mis problemas, de mis dificultades, de mis anhelos y necesidades, quiero ver tu gloria.

—Señor, muéstrame tu gloria en la situación que estoy viviendo.

Generalmente, pedimos al Señor lo opuesto, y decimos: —Dame lo que yo quiero, dame lo que yo pienso, esa es la respuesta a mi problema.

Y muchas veces se cumple en nosotros, lo que el escritor de Romanos dice en el capítulo 8:26: “...*Qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos...*” Porque muchas veces oramos, sin tener la seguridad de estar pidiendo lo correcto. Pero insistimos, diciendo:

—Señor, dame ese empleo.

Sin saber que ese trabajo será nuestra muerte.

—Señor, quiero ir a ese viaje.

Sin saber que ese viaje traerá enormes problemas.

—Señor, voy a poner a mis hijos en esa escuela, porque allí están los hijos de mi vecino.

Cuando en esa escuela hay mil complicaciones esperando a tus hijos. Y así, una y otra vez, insistimos:

—Dios, dame lo que yo quiero. Mira Dios, yo entiendo muy bien lo que está pasando, Tú sólo dame lo que yo pido.

Con oraciones así, sólo nos faltaría agregar:

—Tú no te preocupes, no te necesito de asesor, me basta con que seas mi proveedor, únicamente te necesito para que abras la puerta, y yo pueda pasar.

¡Hacer lo que yo quiero! Ese es el contenido de muchas oraciones. Cuando debiera ser lo contrario; cuando más bien debiéramos decir:

—Señor, ¿será que estoy obstinadamente aferrado a esta idea? ¿Acaso estoy aferrado erróneamente a cierta forma de ver la vida?

Y pedir de Él Su ayuda, y rogarle:

—Dios, como no sé si la solución que estoy pensando, es la mejor para el problema en que estoy inmerso ¿por qué no hacemos un trato?

—Como no quiero equivocarme en el camino a tomar ¿por qué, Señor, no cumples tu Perfecta voluntad y manifiestas Tu gloria en esta situación particular de mi vida? Sí Dios, por favor, manifiesta tu gloria en mi vida.

En Juan: 12: 27 y 28, encontramos un magnífico ejemplo de cómo, en los momentos de prueba y dificultad, el buscar la gloria de Dios, es la manera de caer para vencer.

Se trata del mismo Señor Jesucristo, quien dice: *“Ahora está turbada mi alma; y qué diré? ¿Padre, sálvame de esa hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre”*.

“Ahora está turbada mi alma...” se lee en el pasaje.

—Y usted ¿se ha sentido de esta forma alguna vez?

—Con seguridad, sí.

Cuando estamos emocionalmente turbados, por cualquiera que sea la razón, las opciones positivas de solución a los problemas o las maneras de resolver las dificultades se pierden de vista, y se dejan ver solamente las opciones más dramáticas y negativas.

Cuando la persona está emocionalmente turbada, parece que no puede ver las cosas buenas de la vida. Y de inmediato, comienza más bien a magnificar los problemas, y a decirse:

—¡Mi vida es solamente problemas!

Cuando en realidad debiera decir en tono juicioso:

—Tengo algunos conflictos y dificultades, como sucede a cualquiera, pero aparte de eso hay cosas que marchan muy bien, y otras funcionan de maravilla; eso significa que las aguas de la dificultad no han anegado la totalidad de mi vida. Entonces todavía tengo esperanza!

Pero sucede que cuando está turbada nuestra alma, un sólo problema que tengamos puede inundar completamente nuestra vida. Así, cuando la persona está perturbada no funciona bien en el trabajo, no se relaciona bien con la familia, llega amargado al hogar. Se le complican las amistades y las relaciones interpersonales. No puede cumplir la voluntad de Dios.

Turbación y confusión de alma, es un típico y grave problema de la sociedad actual. Hoy en día, ésta es una de las más serias complicaciones del ser humano. Por eso es que las profesiones relacionadas con los conflictos de la interioridad del individuo, las profesiones que tienen que ver con las necesidades terapéuticas de la psiquis o del alma, se han vuelto muy necesarias.

Y es que hay muchísimas personas turbadas en su alma. A manera de ejemplos: Personas turbadas, que aun amando a sus hijos, les gritan en casa. Profesionistas amables, pero que una vez turbados, se pelean en su oficina con sus compañeros de trabajo. Mujeres turbadas, que aun siendo amadas, sienten que nadie las quiere o se ocupa de ellas.

Jóvenes turbados, que pueden verse rodeados de muchos afectos, y no obstante sentirse solos, abandonados y deprimidos. Esposas turbadas, que sienten que sus maridos no las estiman, y perciben solamente lo malo en ellos. Esposos turbados, que se persuaden a sí mismos de las imperfecciones de sus esposas, aun habiendo muchas cosas buenas que podrían verse, aparte de los defecto.

Y es que, estar turbado, es en realidad tener la vista nublada, y no poder ver con claridad lo que acontece a nuestro alrededor.

“Ahora está turbada mi alma”. De paso, esta expresión nos da esperanza, porque la dice nuestro Señor Jesús; lo cual nos muestra que nuestro Dios, no es un Dios frío, ni lejano a las necesidades humanas. No es un Dios que nos recrimina, diciendo: “¿Qué te pasa, por qué estás turbado por tu futuro?”.

Tampoco es un Dios que se excusa, diciendo: “Yo no sé lo que es estar turbado, por eso no comprendo lo que te pasa”. Ni tampoco nos confronta con tono amenazador: “¿Estás turbado? ¡pues, te voy a castigar por sentirte así!” Ése no es nuestro Dios.

Nuestro Dios bajó a la tierra, para sentir en carne propia lo que usted y yo sentimos y experimentamos. Para eso se hizo hombre y aceptó pasar por lo mismo que usted y yo pasamos; de tal manera, que en un momento crucial de su existencia terrenal, se dijo lo que hoy diríamos usted o yo: ¡No tengo fuerzas... Ahora está turbada mi alma!

Y esta actitud de Jesús, ofrece esperanza para cuando nuestra alma esté turbada. ¿Y qué diremos?

—Padre, sálvame ¿Eso diremos?

—No; porque eso no fue lo que Jesús nos enseñó. El dijo: “Padre para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre”.

Así, en lugar de altercar con Dios, con Su voluntad, con los que nos rodean o con nuestros familiares, en lugar de volcar nuestra turbación, frustración y enojo sobre ellos, habremos de decir:

—Señor, glorifica tu nombre; haz con esta difícil y confusa situación de mi vida, lo que sea bueno para mí y mejor para tu gloria.

Ahora bien, ¿qué sucede si optamos por el otro camino? ¿Qué sucede si escogemos, no la gloria de Dios, sino la nuestra? El pasaje en I Pedro 1:24, nos revela lo que sucederá en ese caso. Leemos: *“Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae”*.

“Toda carne es como hierba”, aquí se está comparando a los seres humanos con la hierba del campo. Y preste atención a lo que sigue: *“y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba”*.

A lo mejor usted piense:

—¡Qué bien! Mi gloria, es tan hermosa como la flor de la hierba.

—Pero, ¡cuidado! la lectura advierte a continuación: *“La hierba se seca, y la flor se cae”*.

Igual sucede con la gloria del hombre ¡Se marchita y cae, como la flor de la hierba! (Esto, en ninguna manera es caer para vencer).

—Entonces, frente a las pruebas y dificultades de la vida ¿Qué hará usted? ¿Escogerá la gloria de Dios o la suya?

Si decide por la gloria de Dios, tal vez al principio no sucederá lo que usted quiere; pero es seguro, que en el tiempo de Dios, la bendición llegará y perdurará.

Si por el contrario, usted escoge su propia gloria, y decide:

—No me voy a dejar de ninguno, a mí, quien me la hace, también me la paga, yo me desquito de quien sea; yo no tengo contemplaciones con nadie.

Porque, bíblicamente hablando, la gloria del hombre, es lo que se refiere a su fuerza; la gloria del hombre, es su intención; la gloria del hombre, es su punto de vista. Todo esto es la gloria del hombre. No dude usted, que al decidirse por ella, su vida en alguna forma se secará, y la gloria suya caerá... ¡Ante sus propios ojos, verá la flor de su gloria, caer! (Y eso, no es caer para vencer).

Algo más: Escoger la gloria de Dios, equivale a tener que humillarnos. Y aunque en el mundo de los hombres, seamos figuras prominentes, de renombre, o de autoridad, será mejor escoger humillarnos delante de Dios; será mejor escoger Su gloria.

Tal vez las situaciones que estemos viviendo, no acaben de agradarnos, no resulten de nuestra conveniencia, o no respondan a nuestros intereses; sin embargo, la Palabra de Dios nos dice que es mejor decidir por Su gloria.

3.- No devuelva mal por mal, bendiga en todo tiempo

Hay personas, que al sentirse humilladas por otras, optan por tomar venganza. Una expresión popular, es aquella que dice:

—La vida da muchas vueltas, y en la próxima esquina, nos veremos.

Esto señala la deliberada intención de aplicar venganza a quien nos debe algo.

—¿Cree que eso es cristiano?

—Pues en verdad, no lo es.

Algunos creyentes, se escudan tras una supuesta expectativa de justicia, que no es más que un simple deseo de desquite y de venganza. Y actuar así, es sólo reflejo de un mal cristianismo. Cuando lo que debemos es ser buenos discípulos de Cristo e instrumentos de bendición de Dios para quienes nos rodean.

No hemos sido llamados a ser instrumentos de venganza; al contrario, hemos sido llamados a bendecir y a perdonar; y a ser imitadores de Dios, como hijos amados. Esto es, bíblicamente, caer para vencer: No devolver mal por mal, ni maldición por maldición.

En I Pedro 3: 9, se lee, *“No devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición.”* Esta Palabra es para usted, que ha sido ofendido,

que ha sido defraudado, que ha sido afectado, que ha sido herido, que ha sido engañado, que ha sido golpeado en alguna manera”.

Esta Palabra es para usted, recíbala, y márkela, no sólo en su Biblia, sino también en su corazón. El llamado que Dios le hace, no es a adoptar la manera de vivir de la mayoría sin Cristo, sino a caminar en sentido contrario al resto de la gente: Ellos maldicen como respuesta a la maldición, pero usted, debe bendecir.

Y aunque nuestro corazón se incline, a veces, a hacer como los demás, debemos caminar con toda decisión, pero en sentido contrario. Podrá sucedernos en cualquier momento; quizás cuando estemos más cansados y frustrados por las dificultades de la vida, y tengamos la tentación de decirnos:

—Me volveré una persona dura y sin ninguna consideración por nadie; de ahora en adelante andaré siempre con mi espada desenvainada.

En ese momento, escojamos lo que nos manda la Biblia en el pasaje que antes leímos, el cual nos exhorta cuando dice: “por el contrario, bendiciendo”. Y no dudemos que, en cada acto de la vida, en cada mala reacción de nuestra parte, el Espíritu Santo, quien es nuestro Ayudador, nos llamará la atención, y nos dirá una y otra vez: “Hijo, hija, no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, porque recuerda que tu herencia, es la bendición”.

Ahora bien, “no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición...” ¿Qué es esto? ¿En qué consiste? En respuesta a estas interrogantes, un ejemplo: Si alguien se siente feliz haciéndole daño a usted, y se empeña con todo esfuerzo en ello... ¿Qué debe hacer usted? Déjelo ser feliz; déjelo incluso “arar sobre sus espaldas”, si eso es lo que quiere.

El Salmista habló de esto, en el Salmo 129: 3: “*Sobre mis espaldas araron los aradores; hicieron largos surcos*”. Cuando esto le suceda, confíe en Dios, y tenga en su corazón la seguridad de que al final, usted vencerá. Y aunque en esos momentos sienta estar cayendo, no dude en que el resultado

final, será victoria. ¡Eso es, caer para vencer!

Otra lectura sumamente oportuna para este tema, se encuentra en Romanos 12: 17-19, se lee: *“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”*.

Aquí se descubre una vieja tendencia del ser humano: Escoger a quiénes hacer bien, y a quiénes no; decidir con quiénes estar en paz, y con quiénes no. Pero la Biblia insiste en señalarnos que la bondad, como forma de vida, no es selectiva, sino debe ser con todos: No devuelvas mal por mal a nadie, bendice a todos en todo tiempo.

También nos enseña este pasaje, que la venganza es permitida en la Biblia, pero sólo con relación a Dios: *“Mía es la venganza”*, dice Él. Esto significa que la única forma de desquite posible para el hombre, es que Dios quiera intervenir en sus asuntos, y decida *“Yo voy a arreglar esa situación”*.

Y si Dios no decide corregir o castigar a aquellas personas que le han herido, dañado, u ofendido, es mejor que usted desista de cualquier actitud o conducta vengativa porque la retribución, es una opción que pertenece sólo a Dios.

Para complementar y dar mayor profundidad a lo anterior, la lectura de los versículos 20-21, en este mismo pasaje, añade: *“Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”*.

Atrévase a caer para vencer. ¿Y de qué maneras puede hacerlo?

—Humíllese bajo la poderosa mano de Dios.

—En las pruebas y dificultades de la vida, busque la gloria de Dios, no la suya.

—No devuelva mal por mal, bendiga en todo tiempo.

Recuerde que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo. Pero si cae y muere, lleva mucho fruto... Entonces, ¡atrévase a caer para vencer!

